

EL GALEOTE DE ARGEL

BARTOLOMÉ
BENNASSAR



Lectulandia

François Cocardon, natural de Six-Fours, Francia, a los 64 años de edad y pensando que va a morir, hace recuento de su vida: viajes, cautiverios, evasiones y peripecias desde que a los 14 años fue capturado por piratas argelinos cuando en el barco de su padre navegaba hacia Alicante con un cargamento de sal, trigo y almendras, hasta verse convertido en un próspero pirata, apodado Mustafá, que asolaba las costas de los reinos cristianos y se enfrentaba a otras naves armadas, robando mercancías y apresando esclavos.

Una magnífica visión del Mediterráneo a finales del siglo XVI que el profesor Bennassar nos ofrece en forma de novela histórica.

Lectulandia

Bartolomé Bennassar

El galeote de Argel

Vida y hechos de Mustafá de Six-Fours

ePub r1.0

karpanta 24.09.13

Título original: *Les tribulations de Mustafa des Six-Fours*

Bartolomé Bennassar, 1995

Traducción: Lluís María Todó Vila

Editor digital: karpanta

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*Para Arnaud de Maurepas,
en homenaje*

Prólogo

«A sabiendas de que la muerte es cosa natural y que mi cuerpo pronto regresará a la tierra en cuyo seno fue formado, encomiendo mi alma a Dios Nuestro Señor que la creó y la redimió con su preciosísima sangre. Moriré en la santísima religión católica y romana, firme en mi fe, perdonados los grandes y horribles pecados que cometí, pues los inquisidores del Santo Oficio de la ciudad de Mallorca tuvieron a bien absolverme en el año de gracia de mil seiscientos siete, cuando me presenté ante ellos sin haber sido llamado, por libre voluntad, y confesé espontáneamente. Pero no alcanzó mi valor hasta el punto de confesar ante aquellos temibles jueces todas mis torpezas por miedo a que no creyeran en la sinceridad de mi arrepentimiento. Puesto que Dios permitió que cayera en la tentación a fin de hacerme comprender mejor el mérito de las verdaderas almas cristianas cuando soportan los sufrimientos que les infligen los infieles y ganan así la corona celeste, entrego esta historia a mis descendientes pues es cosa cierta que más poderosos son ejemplos que razones cuando de convencer se trata».

Relación de los viajes, cautiverios, evasiones y tribulaciones del caballero François Cocardon, alias Mustafá de Six-Fours, desde sus catorce años de edad hasta los sesenta y cuatro, por las tres partes del mundo, a saber en los estados del Gran Señor, en los reinos de Argel, Túnez, Trípoli, Fez y Marruecos, en las islas del Mediterráneo y en las principales provincias de Europa.

Escrito en el año de gracia de mil seiscientos veintiocho, en la villa de Six-Fours.

I

De la infancia de François Cocardon hasta ser capturado por los moros de Argel

Yo nací en el año de mil quinientos sesenta bajo una estrella fúnebre. El rey Enrique^[1] había muerto el año antes por culpa de la torpeza de un capitán de su guardia y el joven Francisco, su hijo, murió pocos meses después de mi venida al mundo, de un mal flujo de oídos. Claro que Enrique, antes de morir, había concertado la paz con el joven rey de las Españas, Felipe, pues el emperador^[2] había entregado su corona y sus reinos para retirarse a lejana soledad. Pero una guerra aún peor asolaba el bello país de Francia, enfrentando a hermanos con hermanos, incluso a esposas con maridos. Los hugonotes conspiraban en diversos lugares del reino, Condé tenía intención de asesinar a los Guisa, y la Florentina^[3] no sabía a quién escoger para que sirviera al trono con mayor fidelidad. Los predicadores recorrían toda Provenza, donde los dos partidos se mataban con perfidia en Tourves, en Barjols, en Mornas. Pero las gentes de Six-Fours no se cuidaban de aquella agitación, conservaban su devoción por Nuestra Señora, cuya protección resulta preciosa para los hombres de la mar. Algunos de nuestro pueblo se fueron a ver pasar al rey Carlos^[4] cuando vino en peregrinación a Sainte-Baume, pero entonces yo estaba en mi primera infancia y no conocí tales cosas sino de oídas, cuando, ya aposentado y canoso, regresé de los estados del Gran Señor de los turcos.

La ciudad de Six-Fours es vecina de la de Tolón, y dista de ella unas tres leguas por el lado de poniente. Y por mucho que esté asentada tierra adentro, amparada por una fortaleza que protege de los piratas, vive del mar, como es de sobra conocido. Muchos paisanos míos eran marineros o pescadores, o ambas cosas, y mi padre también lo era. Tenía una buena barca y comerciaba desde Narbona, Serignan o Martigues hasta Génova e incluso Livorno. Cargaba cajas de sal, que abundan en el país vecino, odres o toneles de vino y jarras de aceite, a veces lavanda y lo más a menudo trigo. Hasta un año, al servicio de Thomas Lenche, fue a buscar coral a Berbería para llevarlo hasta Alejandría de Egipto, cuya flota regresó con gran cargamento de pimienta y drogas y de todas las especias que las caravanas llevan a Egipto desde el lejano Oriente. Fue poco después de este viaje cuando mi padre empezó a llevarme con él los días de mar calma. Yo tenía ocho años, y guardo de ello vivo recuerdo. Pero de ordinario mi madre se ocupaba de enseñarnos las cosas de la vida y los misterios de la religión. Aprendimos las cuatro oraciones que hay que saber, el padrenuestro, el avemaría, el credo y el salve Regina, así como los mandamientos de la ley de Dios; y cuando alcancé los nueve años, fuimos todos

juntos en peregrinación a Sainte-Baume: mi padre, mi madre, mis hermanos, los marineros de mi padre, sus mujeres e hijos, hasta la gruta donde María Magdalena viviera durante años junto con sus compañeras para hacer penitencia, y mi madre nos dijo que Magdalena era para nosotros provechoso ejemplo, pues Nuestro Señor Jesucristo la había perdonado, aunque había cometido grandes pecados, e incluso había llegado a ser santa.

Cuando alcancé los diez años, mi padre empezó a llevarme con él en tiempo de bonanza. Quiso él que aprendiera a leer y a contar, pues decía que para hacer buenos negocios y ganancias es menester conocer las letras y los números, cosa que aprendí con el regente de Six-Fours. Pero mi padre había resuelto igualmente explicarme el mar, me enseñaba a reconocer desde lejos, mediante algún signo particular, las islas y las principales figuras de las costas, los cabos, las penínsulas, las calas. De esta suerte pude reconocer desde todos los puntos y a todas las horas del día el Gaou Grande y el Pequeño, el cabo Sicié, la península de Saint-Mandrier, la punta de Giens y los grandes acantilados de las islas de Porquerolles y del Port-Cros, que dan al Mediodía.

Aquel mismo año de mis diez de edad, mi padre, por mucho que mi madre suplicara con gran llanto, me tomó con él para mi primer viaje largo. Navegamos hasta la isla de Cerdeña para buscar quesos que fuimos a vender a Marsella. Mi padre tenía la intención de aparejar una pequeña tartana, en compañía del hermano de mi madre y unos veinte hombres de tripulación, para extender su comercio, y depositaba su confianza en sus hijos, pues yo tenía dos hermanos menores que, como yo y gracias a la Divina Providencia, habían sobrevivido a las enfermedades, fiebres y cuartanas de la infancia. Y así, durante cuatro años y junto a mi padre, me formé en el oficio de marinero.

Solíamos quedarnos a la vista de las costas para poder acoderarnos detrás de algún islote o cabo si divisábamos en el agua, por lejos que fuera, alguna vela sospechosa. Pues es bien sabido que en aquellos tiempos el Mediterráneo era refugio de bandidos, corsarios o piratas, y mucho me temo que hoy día sea aún peor, pues ahora son de todas las naciones, o casi, y conviene cuidarse lo mismo de los rais de Argel o de Bizerta que de las galeras de España o las de San Esteban^[5], y de los corsarios de Mallorca, que han ido en gran aumento pues de la defensa han pasado al ataque. E incluso los navíos de la religión de Malta^[6] son grandísimos piratas. Mi padre había armado la tartana, pero no teníamos más que una pequeña bombardas, sólo para oponer resistencia y huir contra una fragata o una saetía aislada, íbamos a entregar a Génova el trigo que habíamos cargado en Les Martigues, más raramente cogíamos grano en Narbona y lo llevábamos a Mallorca. Nosotros mismos preparábamos el atún de las vecinas almadrabas, lo salábamos con sal del país, y en Cuaresma íbamos a llevarlo a Barcelona e incluso a Valencia; lo más a menudo comprábamos aceite de oliva en los molinos de Brignoles o de Tourves y toneles de

vino de Bandol, que tenía gran reputación, y lo vendíamos a gentes de calidad; una vez fue al intendente de Nuestro Santo Padre el Papa en persona, y llegamos hasta Civitavecchia. En la época de mis catorce años, mi padre supo que había abundancia de azúcar en Andalucía y nos embarcamos rumbo al puerto de Motril, donde cargamos gran abundancia de cajas de azúcar blanca y barriles de uvas pasas, lo cual procuró a mi padre, a mi tío y a nuestros hombres gran beneficio y no menor contento. En Motril, mi padre cerró tratos con un mercader de Alicante para que yo, durante la temporada de invierno del año siguiente, fuera a instruirme a su casa sobre la manera de llevar los libros de cuentas y otras razones de nuestro oficio, pues éste iba creciendo y mi madre no podía ya bastar a ello, y mucho menos al no saber escribir, y leer con gran trabajo. ¿Cómo iba a adivinar mi padre que, concluyendo tal contrato, y por secreto designio del cielo, acababa de perder al mayor de sus hijos?

Se había convenido que mi padre me conduciría a Les Martigues, donde yo me embarcaría en la nave de Alicante que venía a buscar el grano que el reino de Arles producía en abundancia. En Les Martigues conocí a dos muchachos más jóvenes que yo destinados al mismo aprendizaje, uno de los cuales se llamaba Claude, procedía de las montañas de Sisteron y sólo tenía ocho años y medio. Y si los padres de Claude habían resuelto confiarlo tan joven al mercader de Alicante, se sigue que mi padre no se había equivocado, pues era cosa segura que aquél era un hombre honrado y de una reputación sin mácula alguna. Descendía de cristianos viejos, sin ninguna sangre de raza mala, de judío o de moro, cosa que es muy apreciada en los reinos de España, donde el Santo Oficio ocasiona grandes fastidios a los cristianos nuevos. Pero las fortunas de la mar escapan a cualquier previsión.

Tuvimos que esperar algunos días en Les Martigues, pues soplaban un fuerte viento de mar que nos habría devuelto a la costa. Cuando zarpamos, después de la fiesta de la Candelaria, fuimos primero a la isla de Mallorca, al puerto de Sóller, para dejar allí algunos celemines de trigo y cargar almendras y habas; después pusimos proa a Ibiza, donde descargamos otra parte del trigo y llenamos la bodega de sal. Pero jamás llegamos a abordar en Alicante.

Los corsarios nos esperaban pasado el cabo de La Nao. Dejaron pasar nuestra nave sin dejarse ver, después aparecieron dos galeotas detrás de nosotros y nos dieron caza. La playa de San Juan de Alicante no quedaba lejos, y pensábamos salvarnos en ella, cuando otras dos galeotas escondidas tras el peñón de Ifach vinieron a cortarnos la ruta. El capitán dijo que no podíamos hacer nada y que más valía que nos dejáramos capturar, así nos ahorraríamos heridas y muertes de hombres, y los moros, contentos con haber evitado la batalla, acaso consentirían en aceptar un rescate inmediato, según es costumbre en el mar. Sería una grave pérdida de dinero, pero las vidas no tienen precio y la aseguradora cargaría con parte de la pérdida.

Pronto conocí que aquel capitán era hombre de experiencia y que sabía aun las

cosas que no conviene decir. Los moros subieron a bordo del barco con extremada prudencia, como si temieran alguna encerrona por nuestra parte, y para evitarlo habían dispuesto las galeotas muy cerca de nuestros cordajes. Agruparon a los hombres de la tripulación en el castillo de popa, arriaron las velas de mesana y de trinquete y bajaron el foque grande. Era la primera vez que yo veía moros en vivo, como no fueran esclavos como los de Tolón. Llevaban la cabeza afeitada, excepto un mechón en lo alto del cráneo y unos bigotes negros que les daban aspecto cruel, pues tenían forma de ganchos. No iban vestidos como nosotros los cristianos, sino que llevaban calzones de lona blanca y una especie de chalecos rojos o verdes, y muchos llevaban turbante. Nos tenían bajo la amenaza de los arcabuces y las largas espadas curvas, y además llevaban cuchillos en el cinto de seda roja. Nos miraban con ferocidad, pero ni tan siquiera nos insultaron.

Empezaron a transportar el cargamento a sus galeotas, toda la sal y las almendras y algunas jarras de aceite, pero dejaron el grano, y uno de ellos, sin duda un renegado, que hablaba bien la lengua franca, nos hizo saber que sus naves iban a izar el pabellón del rescate en la vecina playa de Altea, a fin de permitir que se fueran los hombres a quienes alguien tuviera a bien rescatar. Incluso devolvían el buque, pues era demasiado pesado y remolcarlo les habría retrasado y se expondrían a ser alcanzados por las galeras de Cartagena, y puesto que nosotros no habíamos dañado sus galeotas, nos concedían el favor de no incendiar nuestro barco. Pero se quedaban con los niños y los jóvenes. No había ninguna mujer en aquella nave, que si no, tengo para mí que se la habrían quedado para ellos, pues son gentes que gustan mucho de las cristianas para los placeres del lecho o las ventajitas de la servidumbre.

Las cosas se desarrollaron de tal suerte, y por primera vez en mi vida fui testigo del rescate, al que más adelante debería asistir yo mismo en cien ocasiones, pero del cual, por esta vez, quedé apartado. Altea no está lejos de Alicante, y las gentes de Altea conocían a los hombres de nuestra nave, de modo que acabaron poniéndose de acuerdo después de harta palabrería, y se arreglaron entre ellos para pagar el rescate después de que los moros, para ganar tiempo, hubieron suavizado un tanto el rigor de sus exigencias. Después las galeotas se alejaron de la orilla y nosotros perdimos de vista las costas cristianas. Al igual que los cuatro niños y el otro muchacho, yo tenía una bola de metal sujeta al pie, unida al mástil con una cadena de hierro. Yo había cumplido los quince años pero tenía el corazón al borde del llanto. Conocía lo suficiente las historias del mar y las costumbres de los corsarios de Argel para comprender que en adelante debía considerarme un esclavo.

II

Donde François Cocardon es hecho esclavo en Argel

Yo era alto y fuerte para mi edad, hasta el punto de parecer más un hombre que un muchacho. En aquel tiempo medía cinco pies y dos pulgadas, con lo que sacaba ventaja a muchos hombres de la tripulación, aunque tuvieran treinta años o más, y pesaba mucho más de un quintal, acaso cinco cuartos de quintal. Es cierto que no tenía barba, sólo un poco de bozo oscuro en las mejillas y algunos pelos en el mentón. Los moros me pasaron las manos por entre las piernas para palparme los huevos y dedujeron que ya había alcanzado la edad adulta. Lo cierto es que en aquella época yo ya sufría sofocos y sudores cuando veía de cerca a alguna muchacha con semblanza de mujer. El caso es que esta precocidad me salvó de que me cortaran y circuncidaran.

No había en la villa de Six-Fours y alrededores nadie, hombre o mujer, tan ignorante que no supiera nada de las embajadas que mandara el rey Francisco, primero de este nombre, al Gran Señor de los turcos, y de aquellas que él había recibido a cambio, pues el efecto más admirable de la paz que ambos firmaron fue la famosa internada de los turcos de Barbarroja hasta la primavera del año mil quinientos cuarenta y cuatro a las puertas de Tolón, treinta mil soldados y remeros cuyo excelente comportamiento y disciplina causó asombro, hasta el punto de que las buenas gentes comentaron: no hay duda de que la secta de los mahometanos no es tan maldita y perversa como nos decían los predicadores capuchinos o los hermanos de la Merced cuando venían a pedir limosna para el rescate de los cautivos en tierras del infiel. De tal manera que, me cuesta trabajo decirlo, ahora estoy convencido de que el buen moro se salva en su fe y el buen cristiano en la suya. Y no lo digo en modo alguno por Barbarroja, que era un hombre malo, tal como se vio en los días de su partida, sino por otros moros que traté.

Pero yo ni siquiera había nacido cuando los turcos fueron a Tolón, y era demasiado ignorante para saber que los moros de Argel eran súbditos del Gran Señor. Por lo demás, la nave en la que me había embarcado era de España, no de Francia. Habría sido cosa conveniente que los moros liberaran a los hijos de Francia, según los acuerdos que nuestro rey Francisco había firmado antaño con el Gran Señor Solimán^[7] y que más adelante habían sido renovados numerosas veces, pero el renegado se aseguró hábilmente de que yo no conociera mi derecho, y, puesto que los hombres se habían quedado en España, no había razón alguna para que el cónsul de Francia en Argel recibiera información sobre la captura de aquellos niños franceses en una nave española. Para evitar la gestión del cónsul, cosa improbable, los moros decidieron hacer a los niños mahometanos aun antes de llegar a Argel, cosa que no

tenían ninguna necesidad de hacer con los niños españoles, portugueses o italianos, puesto que no tenían tratado alguno con los jefes de dichas naciones. Les obligaron a levantar el dedo índice de la mano derecha y a repetir unas palabras en árabe, que ellos no comprendían en absoluto y cuyo sentido yo no descubrí hasta mucho más tarde; decían: *La ilaha illa Allah Mohammed razul Allah*, que quiere decir: «No hay más Dios que Alá y Mahoma es su enviado». Nosotros no comprendíamos nada de aquellas palabras ni de aquellos gestos, pero un renegado me dijo que para los niños bastaba con la circuncisión y un nombre árabe. Por eso los circuncidaron enseguida y con presteza sin preocuparse de sus llantos: un turco cogía a un niño en sus brazos, otro le agarraba brazos y piernas, un tercero le afeitaba la cabeza excepto un mechón, luego este mismo, después de afilar el cuchillo, le seccionaba el prepucio, lo doblaba sobre el miembro viril y sacaba el glande, enjugaba la sangre y echaba unos polvos blancos sobre la herida. Para calmar los gritos de dolor de los niños, los moros les hacían beber zumo de naranja. Yo no comprendía por qué no hacían lo mismo conmigo, pero me alegraba de ello. Algunos esclavos y renegados me dijeron que los turcos preferían que sus esclavos adultos siguieran siendo cristianos, pues así tenían más valor, tanto si eran rescatados por los religiosos redentores como si eran vendidos a otro dueño musulmán, pero el caíd Abdelkrim, mi segundo amo, me aseguró que los turcos no obligaban jamás a los adultos a circuncidarse, a menos que decidieran voluntariamente hacerse musulmanes.

Dos días más tarde llegamos a Argel. La figura de la ciudad y sus murallas es la de una ballesta, y su cuerda, extendida entre Levante y tramontana, corresponde al puerto. Los costados del arco escalan una pendiente escarpada hasta el centro de la ballesta, que corresponde al punto más alto de la ciudad y que mira a Mediodía. Las casas, en el interior del arco, también escalan la colina y se empinan unas sobre otras, de manera que las de delante no quiten la vista a las que se hallan detrás. Es verdad que la cuerda del mar no es continua ni perfecta, pues hay una punta de tierra, formada por la naturaleza y en forma de espolón, que avanza hacia el mar. La ciudad no es muy grande, aunque yo diría que está muy poblada, pues las casas están muy prietas y las calles son estrechísimas, y acaso contenga unas doce mil casas o más, lo que daría el doble de casas que Marsella en el tiempo en que escribo y tres veces más que en tiempos de mi juventud. La muralla está guarnecida de torres y torreones, y hay por lo menos tres castillos que defienden la ciudad; el último, vecino de la puerta de Babeluete, que es el más fuerte, fue erigido pocos años antes de mi captura, por orden del rey de Argel Ochali, un renegado calabrés. Y también, para responder a los ataques, hay millares de soldados a los que llaman jenízaros, cosa que explica que el emperador Carlos V, a pesar de su poderío, no lograra tomar la ciudad.

Apenas habíamos desembarcado cuando el rais de la escuadra fue a dar cuenta al bajá del botín en mercancías y en cristianos. Antes de tomar nuestra nave, ya habían

capturado una polacra mallorquina y un patache genovés, y las cuatro galeotas traían unos veinte esclavos, piezas de tela, especias, aceite, almendras, sal y otras mercancías. Es sabido que el bajá se queda con un esclavo de cada ocho y con una parte del botín. Esta vez escogió un niño italiano y un carpintero mallorquín. Yo aún no sabía que era con mucho preferible no ir a parar a casa del bajá, pero me lo dijeron al día siguiente en el Batistan, adonde fuimos conducidos para ser vendidos. Porque, durante los pocos días que estuvimos en venta, otros esclavos más antiguos tuvieron la caridad de venir a visitarnos, trayéndonos comida y bebida, sobre todo unos buñuelos deliciosos que nos emocionaron hasta hacernos llorar, y prodigándonos consejos para que supiéramos conformarnos lo mejor posible con el amo que el destino nos deparara.

Durante tres días el pregonero público recorrió el zoco publicando que estábamos en venta. Aseguraba que éramos excelente mercancía, en la plenitud de la edad, sin vicios ocultos ni visibles. Lo hacía por costumbre, no existe pregonero que desprecie lo que tiene que vender, pero no nos faltaron los clientes, que venían con la esperanza de hacer un buen negocio y nos examinaban de todas las maneras. Unos me hacían doblar el codo para comprobar la dureza y el volumen de los músculos del brazo, otros apoyaban la mano sobre mi muslo para asegurarse de la firmeza de mis carnes, algunos me hicieron andar, saltar e incluso correr, para convencerse de que no estaba cojo. Todos me hacían abrir mucho la boca para calibrar mis encías y dientes, que empujaban con el dedo para comprobar que estaban firmes, hasta el punto de que acabé babeando como caracol en agua caliente. Una mujer quiso que cantara y pidió a un mirón que me tocara en un punto preciso para asegurarse de que no estaba capado. Yo estaba furioso de verme tratado como un animal de feria, como si fuera un mulo o una yegua. De modo que sentí un agradecimiento infinito hacia un mercader que me preguntó en lengua franca si por ventura sabía leer y contar, pues fue el único que demostró que no por ser esclavo dejaba yo de ser hombre. Y ante mi respuesta afirmativa, me compró por veinte ducados de España, que era buen precio. Todavía fue necesario llamar al bajá, pues éste tiene derecho a comprar cualquier esclavo por el precio acordado entre vendedor y comprador. Pero el bajá no preguntó por mis talentos y fui adjudicado al mercader.

Era este mercader un renegado veneciano y bien sabía por qué había querido un esclavo que supiera leer y contar. Pues después de haberme puesto a prueba fingiendo por dos veces errores en las sumas y divisiones, para comprobar tanto mis conocimientos como mi honradez, me confió con frecuencia el cuidado de su tienda mientras él se ocupaba de asuntos de importancia. Comerció con mil cosas: telas y damascos, cristalería y jabón blanco que recibía de Venecia o compraba a los piratas; terciopelos y satenes florentinos y valencianos; sedas de Nápoles y de Granada; porcelana de Alemania; drogas y especias de toda la Berbería y de Oriente: pimienta,

canela, clavo de especia, jengibre y no sé cuántas cosas más. No es que fuera mala persona, pero vivía tan sólo para el oro y la plata. Con todo, yo habría bendecido el cielo, a pesar de mis desgracias, por haberme comprado este amo y haber evitado así la suerte atroz, horrible y cruel de los remeros, que son encadenados en las chusmas de las galeras, de no ser porque el veneciano tenía por esposa a una mujer malvada, mucho más avara que él, y en extremo viperina. Claro que yo no podía comparar mi suerte con la de un forzado, y los esclavos que me habían aconsejado cuando estaba en venta me habían avisado contra el orgullo que hubiese podido mostrar hinchando mis músculos, pues jamás se debe tentar a un rais o a un contraamaestre cuando buscan fuerza de brazos. Mi oficio me era asimismo muy útil, pues poseía diversas prácticas y varias lenguas, de manera que en pocos meses conseguí saber algo de turquesco, la lengua de los moros, que es una mixtura de árabe y de morisco, y la lengua franca en la que se mezclan el catalán, el italiano, el provenzal, el francés, el castellano e incluso el portugués, cuyos rudimentos conocía yo por mi padre.

Mi ama, hija de un renegado calabrés, que no tenía mala figura y usaba gran cuidado de su apariencia, en la que consumía unguentos y pócimas misteriosas, ansiaba sorprenderme en algún robo del que pudiera acusarme. Yo estaba ojo avizor, evitaba cualquier gesto sospechoso. Pero no era lo bastante astuto ni tenía costumbres tan disolutas que halagara a mi dueña y le prodigara cumplidos, cosa que acaso deseara ella pues así habría reconocido su poder. De modo que, al perder la esperanza de sorprenderme en flagrante delito de robo, lo inventó. Mis protestas de inocencia surtieron poco efecto, aunque me quedé con la duda sobre la fe que mi señor prestaba a mi latrocinio. Más bien creo que no tenía ningunas ganas de pelearse con su mujer por una razón que él sin duda juzgaba de escasa importancia. Aconteció entonces que los marroquíes habían venido en gran número a Argel para comprar esclavos, de los que andaban faltos desde la guerra española de Granada. Yo había permanecido más de un año en casa del renegado veneciano, que me alimentaba bien, y había aumentado de estatura y de fuerza. Así, mi amo pudo venderme con provecho a un notable de Fez, el caíd Abdelkrim, a quien hizo saber que yo tanto podía llevar las cuentas como cargar con pesados fardos. Así abandoné Argel para ir a Marruecos.

III

De cómo François Cocardon asistió a la famosa batalla de los Tres Reyes y lo que en ella sucedió

Abdelkrim, uno de los dos mejores amos que he tenido, por buena fortuna, pues el esclavo de un señor malvado es el más infeliz de todos los hombres, estaba al servicio del rey de Fez, Mulay Ahmet, cuyo soberano era su propio hermano Mulay Abdelmelech, a quien llamábamos *el Maluc*. Poco después de mi llegada a Fez empezaron a correr rumores de guerra con los portugueses, cuyas razones se desconocían por completo. Mi amo, cuya lengua yo conocía mejor cada día, no se lo acababa de creer, pues aseguraba que el Maluc amaba la paz, e incluso era amigo de los cristianos desde que don Guillem, un barbero de Niza, lo había cuidado y curado de pestilencia cuando estaba en Constantinopla. El Maluc había enviado una embajada al rey Enrique, el cristianísimo rey de Francia, e incluso tenía buen entendimiento con el rey Felipe de España. Se sabía que el Maluc desconfiaba del Gran Señor, que quería reducir el reino de Fez a su soberanía y dependencia, tal como había hecho con los reinos de Argel y Túnez, y para ello cultivaba alianzas con los príncipes cristianos. Pero el portugués, un rey joven y más loco que una cabra, quería arrebatarse al Maluc, de la manera más injusta, el reino que Dios le había dado. Para preservar la paz y ahorrar sangre de inocentes, el Maluc había llegado a ofrecer a don Sebastián trece leguas de espacio, desde la mar hasta la tierra firme, para que pudiera construir las fortalezas que quisiera. Pero don Sebastián no quería oír hablar de ello, acusó de espía a un renegado francés que había ido a hacerle una relación de los numerosos ejércitos que se opondrían a su conquista, no escuchaba los sabios consejos de prudencia que le daba el rey de Castilla, se burlaba de los presagios que anunciaban infaustos acontecimientos.

Mi amo decía que Dios Todopoderoso odia las cosas que no tienen razón y que no podía juzgarse razonable la pretensión de don Sebastián de sostener contra un moro piadoso y justo como era el Maluc, dueño legítimo de su reino, a otro moro, Mulay Mohammed, jerife impío, y que aquello sólo podía ser una falsa apariencia para ocultar algún proyecto injusto de cruzada o de conquista. Sin duda Alá, que penetra en el corazón de los hombres, había cegado a Sebastián para llevarlo a la ruina, pues era loco e injusto. Pronto supe que la guerra era casi segura. Un gran ejército portugués había tomado tierra en el puerto de Arzila y los moros vecinos, viendo que no podían presentar resistencia, habían abandonado sus ciudades, llevando a sus mujeres hasta las montañas. El Maluc había mandado emisarios al rey portugués, ofreciéndole sin combate una ciudad para hacerla plaza fuerte. El portugués no dio respuesta alguna, y lo tuvo por temor y debilidad. Entonces, puesto que era menester

hacer la guerra, el Maluc aconsejó a su hermano Ahmet (que más tarde se convertiría en el glorioso El-Mansur) que reuniera a sus jinetes, a cuyo mando estaba mi señor Abdelkrim, y sus piezas de artillería, fue a las montañas a buscar miles de jinetes árabes, reunió a sus arcabuceros y a una experta tropa de cristianos renegados, y proclamó la guerra santa a sangre y fuego contra los cristianos. Tanto éxito alcanzó su predicación que los moros, que antes se hacían la guerra entre ellos en estas tierras, hicieron las paces para defenderse mejor y vinieron todos a enfrentarse con los cristianos.

Mi señor hizo los preparativos y me advirtió que debía acompañarle para cuidar de sus caballos y de su equipaje. Yo, pobre inocente, apenas salido de las faldas de mi madre, no sabía qué pensar. En lo más íntimo de mi corazón deseaba que la victoria fuera para los cristianos, pues así acaso encontraría yo ocasión para liberarme, pero no tenía ninguna esperanza, porque mi señor no dudaba de la victoria: los portugueses no tenían caballos suficientes, sus capitanes carecían de confianza, pero no se atrevían a contrariar al rey; el ejército de los cristianos estaba entorpecido, cargado de putas, de mujeres y niños. El rey, que no escuchaba jamás los consejos de los más sabios capitanes por miedo a que la reputación le disputara el mérito de la victoria, por imposible que fuera, añadió una nueva locura. En vez de encaminar su ejército a la ciudad de Alarache, que habría tomado sin esfuerzo pues es ciudad con pocas defensas, sin alejarse de la orilla del mar, se adentró en sus tierras. Milagro fue de la sinrazón, pues en estos últimos días de julio el calor viene directamente de los hornos infernales, y exponía sus ejércitos a la sed y a las quemaduras del sol.

Astutamente, el Maluc retrasó el avance de sus soldados, pues a medida que los cristianos se internaban más en la tierra, el sultán los consideraba más perdidos, puesto que a su hermano Ahmet le resultaba facilísimo cortarles el acceso al mar. Sus espías le traían diariamente informes ventajosos: los portugueses eran conducidos por la fuerza y carecían de experiencia, los mercenarios alemanes estaban enfermos, perdían las tripas por el camino, el campamento estaba desordenado, los soldados andaban faltos de víveres, tenían menos de dos libras de galletas por día, un cuarto de libra de queso y unas pocas medidas de vino. El Maluc mandó evacuar los aduares, taponar las fuentes y los pozos, y ordenó incendiar las chozas y las hierbas para que los cristianos no pudieran obtener ayuda alguna del país. El Maluc, por lo que supe más adelante, había llegado a esperar que ganaría sin luchar, jactándose de que vería a los portugueses retirarse, en cuyo caso no habría cuidado de impedirselo, pues no quería derramamiento de sangre y ni siquiera deseaba la muerte de Sebastián.

Pero entonces ocurrió una circunstancia imprevista. El Maluc cayó enfermo y languideció rápidamente. Los consejeros del príncipe revelaron más tarde que Reduan, el caíd de los turcos, enviado por el Gran Señor cerca del Maluc, le había ofrecido un pastel envenenado a fin de hacerlo morir y establecer así la autoridad de

los turcos en la ciudad de Fez, y más tarde en la de Marruecos. De lo cual se conoce que el Maluc había penetrado en las malas intenciones del Gran Señor, pero la perfidia de los hombres desarma todas las prudencias. Cuando sus fuerzas lo abandonaron y supo de su muerte próxima, el Maluc, como príncipe prudente y cuidadoso de su reino, mandó avisar a su hermano Ahmet y guardaron el secreto hasta el día de la batalla e incluso hasta que la suerte estuvo echada, con lo cual los príncipes dieron prueba de gran inteligencia puesto que así supieron engañar a los traidores que esperaban la muerte del Maluc para pasarse a los portugueses y rendir pleitesía a Mulay Mohammed, que estaba de parte del rey Sebastián. El Maluc, a fin de reducir las conspiraciones que hubieran podido urdir, mandó proclamar en todo el campo que los caídos tenían plena libertad para desertar del ejército, cosa que ellos no osaron hacer, afirmando por el contrario su deseo de morir a su servicio.

Con la muerte ya cercana, al no poder realizar su proyecto primero, que requería mucho más tiempo, y no tolerando la idea de morir con la duda sobre la pérdida del reino, el Maluc resolvió, contra su voluntad, librar combate y emprender, contra la razón de guerra, una batalla mortífera.

Yo, con otros esclavos que también gozaban de la confianza de sus amos, permanecí en una colina, cerca de un bosquecillo en el que estaba plantada la tienda del Maluc, y donde vigilábamos los equipajes de la caballería de Ahmet, siendo nosotros vigilados por la guardia personal del sultán. Los cañones habían estado disparando durante dos horas por lo menos, cuando los aventureros portugueses atacaron el centro con tanta furia e ímpetu que hundieron las primeras líneas de los marroquíes y llegaron incluso a volverse contra el ala derecha de los jinetes marroquíes, donde combatía mi señor. La confusión era tan extrema en las filas de los marroquíes, cuyas tropas estaban rotas, que muchos de ellos emprendieron la huida y perdieron las banderas y el sultán creyó tan firmemente en la derrota de su ejército, y fue presa de tan violento furor, que le dio un tembleque y perdió la vida. Para suerte de los moros, sus fieles disimularon su muerte, tal como lo había pedido, en silencio llevándose un dedo a la boca en el momento de morir, y los portugueses no se enteraron de nada. Los jinetes de los Awlad Mota, al servicio del jerife rebelde Mulay Mohammed, lucharon por tomar nuestro campamento, pero fueron rechazados.

Los aventureros portugueses habían conseguido tal ventaja que los demás tercios de cristianos no pudieron seguirles con prontitud. Los andaluces y los renegados que habían venido como refuerzos reforzaron las filas de la infantería de los moros y Mulay Ahmet con su caballería atacó con tal violencia a los cristianos que les causó grandes daños. La suerte de la batalla estuvo largo tiempo indecisa, antes de volverse en desastre para los cristianos, sin que yo sepa cómo fue, de tan grande que era el desorden de la batalla, dividida en centenares de combates separados. Sólo sé, pues mi señor estaba en ello, que el Maluc había mandado en secreto, durante la noche, a

su hermano Ahmet y su caballería a destruir el único puente de piedra que existe sobre el río Mojazin, y los cristianos fugitivos se ahogaron en masa en la marea que subía del mar, y Mulay Mohammed se ahogó con ellos. Es cosa bien conocida que esta famosa batalla fue la última hora de tres reyes, que expiraron en un corto espacio de tiempo, aunque yo he oído decir a algunos cautivos portugueses en Argel que Sebastián no había muerto y que vivía escondido con la esperanza de regresar algún día y recuperar su reino.

Asimismo, esta batalla, en la que yo había depositado una pequeña esperanza de recobrar la libertad, fue por el contrario la causa de mi más grande infortunio, donde se ve que el Todopoderoso dispone de todas las cosas de este mundo y mantiene impenetrables sus designios. Abdelkrim regresó de la batalla maltrecho y roto, con una mala estocada en el vientre que, a pesar de las medicinas, empeoró hasta el punto de hacerle morir, después de tres semanas de grandes sufrimientos y dolores, cuando ya habíamos regresado a Fez, adonde él fue transportado en litera. Aunque yo fuera esclavo suyo y él perteneciera a la secta mahometana (no impía, pero sí extraviada por una falsa creencia), sentía respeto por aquel hombre que era a la vez justo, bueno y leal a su rey.

Habría deseado permanecer en Fez, que es una de las ciudades más hermosas que se puedan ver en tierra de turcos y moros. Parece cubrir las colinas y es una maravilla, cuando las llamas del crepúsculo inflaman el cielo, ver florecer las casas rosas, ocres o blancas, adornadas de porcelanas azules, mientras los tejados de tejas barnizadas de las mezquitas resplandecen en una luz dorada. A la hora del fresco, los hombres y las mujeres vienen a sentarse a las terrazas y diríase que la ciudad entera vive en los tejados como si fuera el puente de un navío, pues la brisa hincha la ropa tendida, que tiene todos los colores. Pero un esclavo sólo es un bien de herencia, como los demás, y yo fui adjudicado al lote de una hermana de mi amo y de su esposo que ya tenían esclavos suficientes y no deseaban conservarme. Confiaron los cuidados de mi venta a un mercader que me llevó a Argel junto con un fuerte contingente de portugueses. Pues había tantos esclavos portugueses en Fez, en Mequinez, en Marruecos y en otras ciudades desde la batalla del *ued* Mojazin, que los precios habían bajado más allá de lo razonable. Y resultaba más ventajoso ofrecernos en el mercado de Argel, donde venían a proveerse los turcos de Túnez, de Trípoli e incluso de Constantinopla.

IV

Donde François Cocardon pasa a ser esclavo de Sinan Rais, y de las razones de su compra

El mercader que nos condujo a Argel era un hombre hábil y no quería que el negocio se eternizara. En cuanto llegamos a la ciudad se apresuró a buscar un pregonero, dotado de una voz tan potente que se le podía oír desde muy lejos y que le acompañaba por las calles y mercados para anunciar a los hombres y niños que tenía en venta. No pasó ni un día sin que nos visitaran mercaderes o particulares que tenían urgente necesidad de esclavos. Mi desgracia fue, o acaso algún designio misterioso de la Divina Providencia para poner a prueba la constancia de mi fe, que hubiese sacado gran provecho de mi año en Fez, pues en la casa de Abdelkrim se comía abundante cordero, excelente cuscús de pollo y aceitunas, pasteles de almendras y buñuelos, y los esclavos tenían su parte, que no era escasa. Así, me había convertido en un mozo muy gallardo para mis diecinueve años, y no podía disimularlo.

El segundo día vino un hombre con turbante, a quien todos mostraban respeto, acompañado de un esclavo temeroso pero de mirada rápida, que enseguida me observó con una especie de compasión que yo no supe comprender. El hombre del turbante mandó que me empujaran bajo una especie de talla, después tomó las medidas de mis brazos y piernas, gritaba cifras, como si ladrara, a un esclavo que las inscribía en un registro. El turco me mandó abrir la boca, después me palpó los brazos, como hacen todos, pero no insistió. Además, apoyó las manos varias veces y con fuerza sobre mis muslos, mandó medir su diámetro y gritó otro número al joven esclavo. Después comprobó la firmeza de mis pantorrillas, se puso detrás de mí y examinó en mi espalda; me hizo doblar el espinazo hasta que tuve la cabeza entre las rodillas, y pasó los dedos por mi espalda, desde los omoplatos hasta la cintura. Entonces se alejó unos pasos con el mercader y les vi discutir con grandes gestos, levantar los brazos, argumentar. El esclavo me dijo muy rápido y entre dientes:

—Es Bairan, el contraamaestre de Sinan Rais. Tienes mala suerte de ser tan fuerte. Va a comprarte.

Y bien vi que tenía razón, pues los dos hombres se pusieron de acuerdo, el turco cogió de su bolsa unas docenas de hermosas monedas de plata, incluso puede que hubiera alguna de oro, se las entregó al mercader y luego me llevó con él. Aquella misma noche dormí en la casa de Bairan, en los altos de Argel, pues me dijo que me presentaría a su señor a la mañana siguiente.

En la ciudad de Argel, las noticias corren a la velocidad de los pájaros, pues hay tantos esclavos, de condiciones tan diversas, de tantos señores y de oficios tan distintos que todos lo saben todo y se transmiten las noticias como para suavizar su

infortunio o prevenir sus efectos cuando ello es posible, o modificar su curso, si está de Dios que así sea. Aquella noche, supe por un cautivo catalán que servía a Bairan, que Sinan Rais era uno de los principales corsarios de Argel, que era turco de nación, cuando la mayoría de los rais son turcos de profesión, ello es cristianos renegados, procedentes de todos los países, tales como genoveses, napolitanos, calabreses, sicilianos, corsos, venecianos, catalanes, mallorquines, portugueses, albaneses, griegos, ingleses, húngaros y otros. Y Sinan poseía una galera de veintidós bancos de remeros, que es casi lo más grande que se fabrica, pues Jafer, el rais húngaro, y Morat *el Grande*, el albanés, eran los únicos que poseían galeras de veinticuatro bancos, a la manera de este siglo, en el que sólo hay un remo por banco, pero muy largo y pesado. Como yo era alto y robusto, con años de juventud por delante, el contraestre había pensado, según opinión del catalán, que yo podría ser un buen bogavante tras algunos años de aprendizaje. La única ventaja del bogavante era la de estar mejor alimentado que los demás remeros, pero el trabajo era duro y cruel. El catalán me dio a entender con medias palabras que Bairan era un contraestre temible.

Sinan, al que fui conducido al día siguiente tal como habían convenido, moraba en un palacio que me dejó mudo de asombro, y más tarde supe que no había en Argel cinco palacios más considerables que el de Sinan, pues los turcos y los moros de Argel, por muy ricos que sean, no cuidan mucho de sus casas ni las adornan, al contrario de los moros de Fez o de Marruecos. Pero Sinan no era como ellos, pues vi grandes salas pavimentadas de mármol, con paredes de estuco ricamente trabajado, fuentes y surtidores en pilas de jaspe o de ónice, y caminé sobre mullidas alfombras entre cofres de cedro o de una madera oscura que yo no conocía. Sinan era hombre de gran estatura y, por lo que pude juzgar, también muy corpulento, pero los turcos visten con ropajes tan holgados que es fácil equivocarse. Llevaba un gran bigote oscuro cuyas puntas se doblaban alrededor de la boca como garras, y tenía los ojos negros pero el pelo gris. Me pareció mayor que mi padre, pasados ya los cincuenta años. Me examinó, intercambió con Bairan algunas frases en turquesco y cuando creyó entender que yo comprendía un poco dicha lengua, me preguntó cuánto tiempo llevaba de esclavo. Le dije que había podido contar más de tres años desde mi captura hasta aquel día. Quiso saber lo que había hecho antes, y pareció muy descontento cuando supo que no había navegado para ningún otro rais y que jamás había estado en la chusma, cosa que comentó con Bairan. Pero cuando le dije que era hijo de marinero y que con mi padre había ido hasta la playa de Roma, a Cerdeña y a las Baleares, mostró cierto alivio. Y cuando supo que procedía de un pueblo cercano a Tolón, se echó a reír y su cara incluso me pareció agradable. Me dijo que en sus años mozos había pasado un invierno entero en Tolón, bajo el mando de Jeir-ed-Din (que es como los turcos llaman a Barbarroja), que era un buen país, donde el aceite y la miel tenían excelente sabor y donde había bellísimas mujeres. Después la sonrisa

desapareció de su rostro y me dijo que me embarcaría en su galera en la próxima luna y que esperaba conseguir un gran botín de esclavos cristianos gracias a sus remeros, que eran casi todos perros cristianos.

Durante las tres semanas siguientes, me alojé en el penal del Rey junto con otros esclavos de Sinan, unos cincuenta o quizá más, que él empleaba como remeros cuando salía de viaje, o en una infinidad de trabajos cuando permanecía en tierra. Me dijeron que Sinan alquilaba el resto de la chusma a tratantes de esclavos y sólo se quedaba con los remeros más reputados, cosa que pensaban ser ellos, y por eso no los extenuaba con gran trabajo ni con golpes. Durante el día llevábamos una pesada cadena de hierro alrededor de la cintura, cerrada con una llave, a fin de significar nuestra condición, y por la noche, el guardián del penal nos ataba una bola de hierro a un pie, cosa en que conocí que había vivido en gran ilusión durante los tres últimos años, pues sólo había sido esclavo a medias, y ahora me tocaba aprender lo que es ser esclavo de veras.

A las primeras horas del alba, un criado de Sinan venía a buscarnos al penal, llevaba en la mano un gran bastón nudoso, cuyo uso era bien evidente, y nos llevaba al trabajo del día: podía ser acarrear en la espalda toneles de agua potable para las mesas de Sinan y sus mujeres, o barriles de agua ordinaria para alimentar las fuentes del palacio cuando los pozos se secaban, o ir a entregar leña para los hornos de las panaderías de Sinan. Estuvimos dos días binando las viñas de nuestro amo, cosa que casi todos los esclavos sabían hacer, pues había entre ellos catalanes, mallorquines, castellanos, calabreses, sicilianos y corsos; otro día escardamos sus jardines y también preparamos la pólvora para los arcabuces y las bombardas, y todo aquello con muy poca comida: pan seco con cebolla o galleta, restos de arroz o de cuscús y agua. El trabajo nos costaba gran esfuerzo, pero podíamos dar cuenta de él.

Lo que me causaba inquietud era encontrarme en las calles de Argel o en el penal a muchos hombres, quizá centenares, jóvenes y ya consumidos, magullados y rotos, algunos de ellos tan reducidos a la piel y los huesos que parecían ser de cristal, y que, estando vivos, ofrecían a la vista una anatomía de huesos largos y cortos, de costillas, nervios, venas y arterias, como si ya no les quedara carne. Cosa aún peor, no faltaban los hombres con la nariz cortada, otros a quienes se había cercenado una oreja o ambas, y cuando pregunté la razón de aquellas mutilaciones, la respuesta me heló la sangre. Algunos, es cierto, habían tratado de huir robando una barca, pero otros muchos se habían cansado de remar, o incluso habían desfallecido de agotamiento en el banco después de un día y una noche de remar, sin reposo ni pausa, y los demás esclavos me hicieron saber que Sinan no era el peor, y que había rais renegados más feroces que los mismos turcos, como eran los dos genoveses Asán y Borrassquilla, o Mami Arnaut, un renegado albanés, que era una bestia feroz, o el albanés Morat. Y aquellos bárbaros no cortaban únicamente narices y orejas, sino también cabezas,

como Mami Arnaut hizo con Benoît, un esclavón que ya no podía más de tanto remar, como Cadi Rais al mallorquín Pere e incluso Agibali a su esclavo Guillaume, a quien cortó la cabeza de un solo tajo y la clavó en la batayola para infundir espanto a los cristianos. Un embarque era el principio de un juego cruel con la muerte; algunos habían hallado la libertad gracias al encuentro con alguna flota cristiana que había capturado su galera y todos los forzados cristianos eran liberados, mientras que los soldados turcos y los renegados se convertían en galeotes. Pero de costumbre se regresaba medio muerto, con el cuerpo roto, los nervios desencajados, la espalda dolorida y sangrante, y con heridas abiertas que quemaban las carnes. Y uno podía perder la vida. Era muy necesario confesarse antes de embarcar.

Durante mi primera estancia en Argel, no dormía en el penal del Rey ni en ningún otro penal, sino en casa de mi amo, el renegado veneciano, en un camaranchón, para poder estar en la tienda de madrugada. Sin embargo, había ido algunas veces al penal del Rey pues otros esclavos me habían dicho que allí podía oír la santa misa, y quedé muy sorprendido al ver que, en aquel país de infieles, había quien podía velar por la salvación de mi alma. Pues en aquel penal no había menos de quince sacerdotes o religiosos de varias órdenes: franciscanos, benedictinos, hermanos de San Jerónimo u otros, todos cautivos como nosotros pero a quienes sus amos dispensaban del trabajo con la condición de que les pagaran cada mes algún salario, en reales de España, ducados de Venecia, escudos de Francia o guldens de Holanda, siempre que fuera moneda de la buena, y los sacerdotes recibían limosnas de aquellos cautivos que ganan dinero por cuenta de sus amos, tanto como pueden conservar, como los taberneros, que ganan mucho, cosa difícil de creer pues el Corán les manda evitar el vino, pero los cristianos no son los únicos que beben de él, y se ha visto a muchos rais borrachos, sobre todo cuando regresan de alguna correría con un rico botín.

Había observado entonces que los días de fiesta el penal estaba adornado con tapices, alfombras, bellas telas de seda bordada y cuadros que representaban figuras de nuestra santa religión, como la Santa Cena de Nuestro Señor Jesucristo, la Verónica, la Natividad, e incluso vi una Santa Magdalena, pero jamás una Crucifixión, y supe que eran cuadros que se hallaban en naves cristianas capturadas por los turcos, y lo más admirable era que éstos se los prestaban a los cristianos para sus fiestas, y ello me turbó sobremanera, pues añadía mérito a aquellos infieles el que dejaran a sus esclavos salvarse dentro de su fe y creencia, y es cierto que los días de fiesta se podía no sólo oír la santa misa, sino también un sermón en alguna lengua cristiana, ya fuera en castellano, en catalán, en italiano, en portugués, en francés o incluso en provenzal, cosa que confortaba mi corazón, pues había sacerdotes de todas estas naciones y se decían por lo menos diez o doce misas en cada uno de aquellos días. Se celebraban las vísperas, y oíase en ellas una música maravillosa, igual que si la tocara una orquesta de ángeles como los que se ven en los pórticos de nuestras

iglesias, y las lágrimas se me subían a los ojos. También podía uno confesarse en la lengua de su país y recibir la absolución de sus pecados, cosa que me pareció muy provechosa en vísperas de los terribles peligros que mis compañeros me habían contado. De modo que, dos días antes de embarcar, encontré la ocasión de ir a confesarme. Pero en aquel tiempo poco tenía yo que decir, cuando lo comparo con los terribles pecados que iba a cometer en días venideros. Es verdad que alguna vez había cedido a la gula cuando estaba en Fez, pero no había tenido oportunidad de robar, y ni siquiera había cometido el pecado de Onán, pues había conocido a hermosísimas mujeres en sueños, y sabía que la conciencia no es culpable de los sueños, tal como me había enseñado el cura de Six-Fours.

V

En alta mar

Fue un viernes, día sagrado para los mahometanos, cuando nos embarcamos, pues ésta es la costumbre que tienen ellos para que Alá les sea favorable. Pero durante los tres días precedentes, hicimos una salida al mar para ajustar las bancadas y ejercitar a los nuevos remeros, pues la vida de los forzados es tan cruel y peligrosa que es preciso volver a llenar las naves sin cesar con míseros cristianos como yo, de manera que lo que suele ser el orgullo de un hombre es aquí causa de su desdicha. El catalán había acertado, así como el esclavo de Bairan: Sinan y su contramaestre querían hacer de mí un bogavante porque era más alto de lo habitual, pero ello no se podía sin un aprendizaje y Bairan me mandó colocar al lado del bogavante de popa, en el lugar que llaman *apostis* en las galeras francesas, para que usara de su ejemplo y de su modo de hacer. Y no hube de esperar mucho para conocer el vergajo, porque había empuñado mal la manilla que sirve para sostener el remo. Al tercer día me mandó poner cerca del bogavante de proa para que aprendiera también este trabajo, pero el día del embarque volvió a ponerme en popa, otra vez en el lugar de *apostis*.

Yo no conozco hombre que pueda merecer un castigo tan horrible como el de la vida de remero, cuando uno es esclavo, por espantosos que fueran sus crímenes. Al principio, nuestra galera seguía su ruta, sin perder de vista la costa, a un ritmo que se podía soportar. Como estaba a la derecha, tenía el pie izquierdo encadenado, sujeto con una anilla de hierro. Había que sujetar el remo de pie por la manilla, echarse adelante hacia la popa doblando la pierna derecha y estirando la izquierda, apoyar la pierna derecha en la barra de madera que queda delante con gran fuerza y volver a caer atrás hasta sentarse en el banco y volver a comenzar inmediatamente. Ahora comprendía por qué Bairan me había palpado detenidamente los muslos y las piernas, pues no son los brazos los que hacen el trabajo del remero, sino las piernas, y es con ellas que hay que remar. Como no quería morir tan joven, y conservaba la fe en Nuestra Señora y en Santa Magdalena para que intercedieran por mí cerca de Nuestro Señor Jesucristo, me esforcé en encontrar la postura que fuese menos dura y la cadencia regular, pero todos teníamos que remar a un tiempo, los cinco hombres del banco, con un movimiento uniforme, y aquello no era nada fácil. También quería evitar, dentro de lo posible, el vergajo y la cuerda que magullan la carne y causan gran sufrimiento en el mar, pues la sal se mete en las heridas.

Bairan era un contramaestre sagaz. Hasta que nos acercamos al estrecho, moderó el ritmo y la galera avanzaba empujada por los bancos de popa, en los que yo estaba, y después, en los días siguientes les tocó el turno a los bancos de proa, y cada vez nos esforzábamos durante una hora o dos, y después nos limitábamos a seguir el movimiento. Al cabo de tres días, la galera se acercó más a la costa, pasó por entre

dos islotes y fue a fondear en una cala, al abrigo de un promontorio elevado, pero el contraataca no dio orden de echar el ancla, de lo que se podía deducir que volveríamos a remar en cualquier momento.

Nuestras raciones eran parecidas todos los días, galleta, arroz con pimienta y azafrán que lo volvía amarillo, habas hervidas, higos secos y agua o *borsa*. La galleta quita el hambre pero no da fuerzas. Aquello no era grave, pero teníamos que hacer nuestras necesidades sin salir del banco, mear y ensuciarnos de excrementos y soportar la pestilencia con el calor del día. Aquello era mucho peor que en un penal, donde había recipientes para hacer las necesidades y se tapaban para evitar el mal olor. Los turcos y los soldados que no estaban encadenados podían lavarse, mientras que nosotros estábamos condenados a la suciedad.

Fue el quinto día cuando descubrí toda la desdicha del remero. Sinan y el contraataca habían divisado una vela en el mar, hicieron salir a la galera de la oscuridad en la que permanecíamos, y después de seguir la nave desde lejos sin forzar la marcha, Bairan ordenó acelerar. Cabe imaginar el delirio de piernas, brazos, de cuerpos que suben, bajan, se doblan en una voltereta continua y los golpes, el látigo que cae sobre los hombros desnudos, los gritos, los insultos: «Cane, perro, chien, judío, traidor». No sé cuántas veces en un solo minuto hacíamos caer el remo al agua, pero era como si estuviéramos volando. Me enfurecía pensar que con la entrega forzosa de nuestras vidas, que se escapaban en medio de tremendos esfuerzos, íbamos a destrozar a unos cristianos, a hacerles morir o pudrirse en la misma esclavitud en que penábamos nosotros. Y no me equivocaba, pues se trataba de un patache genovés que los soldados tomaron al abordaje y se hicieron con toda la carga y la tripulación. Apenas vi el combate, pues estaba agotado en mi banco como los demás, con el corazón entre los dientes, después de aquella caza enloquecida que sin embargo no había durado más allá de media hora. Pero aquello había sido peor que remar un día entero a marcha ordinaria.

Fue el principio del periodo más miserable de mi vida, aunque si calibro el horror de los pecados en que caería más adelante, bien podría pensar que entonces mi cuerpo y mi carne eran lo único que sufría, mientras que mi alma permanecía inquebrantable en la fe. Pero esto lo sé ahora, cuando vuelvo los ojos hacia el pasado; en aquel tiempo, me juzgaba el más infeliz de los hombres. Aunque no el único, pues mis compañeros conocían el mismo suplicio, pero yo no podía imaginar una condición que pudiera llegar a ser peor. Fueron tres largos años. Al cabo de dos meses me había convertido en bogavante de popa, porque mi compañero había sido destrozado por un arcabuzazo a quemarropa. Yo daba el movimiento y la velocidad del remo. Gané una ración más abundante y menos golpes, pero también estaba más expuesto a las armas de los cristianos que atacaban la galera de Sinan.

En tres años recorrí todo el Mediterráneo de Trípoli a Gibraltar, y varias veces

pasé con la galera cerca de las islas de Lérins y vi el Sicié asomar entre las brumas. ¡Tan cerca de mi casa, de mi madre, para quien sin duda yo ya había abandonado esta vida! Deseaba mil muertes a Sinan, soñaba con que una flota francesa perseguía nuestra galera y la prendía, para devolverme la perdida libertad. Pero se habría dicho que la mar pertenecía a los mahometanos y ellos sin duda creían tal cosa, pues atacábamos por todas partes con infinita arrogancia. No sé cuántas naves capturó la galera de Sinan durante aquellos tres años, he perdido la cuenta, pero fueron más de treinta entre galeones, polacras, tartanas, pataches y fragatas, o bergantines armados, que eran españoles, ingleses, genoveses, napolitanos, venecianos, ragusanos, franceses y holandeses. Ocurría a veces que Sinan se acordaba con otros rais para emprender operaciones más, considerables, y salíamos tres o cuatro galeras para fondear por la parte de Valencia, en Mallorca, en Córcega, en Cerdeña, en Sicilia o en Calabria. Y con todo el botín que vi acarrear: pobres cristianos reducidos a esclavitud, mercancías, monedas de oro o de plata, la ciudad de Six-Fours habría sido la más rica del mundo. Pero con todo, yo envidiaba a aquellos que enseguida recuperaban la libertad gracias a un rescate inmediato.

Creí morir más de diez veces. Cuando dábamos caza a una nave, con el aullido del contramaestre ordenando acelerar, el esfuerzo se hacía tan intenso que nuestros músculos se tendían hasta romperse, después estaban duros y doloridos, el aire enrarecido nos quemaba el pecho, creíamos perecer ahogados. Y si por desgracia nuestra presa se escapaba, recibíamos de inmediato los golpes del vergajo, pero ya estábamos tan destrozados que apenas sentíamos dolor. Era peor cuando teníamos que huir ante una gran flota de cristianos, una escuadra española, napolitana o genovesa, pues en aquel tiempo no había galeras en Francia: los turcos nos atormentaban con las peores violencias para hacer que remáramos más deprisa, jurando que remábamos con mayor lentitud para que los cristianos pudieran darnos alcance y capturar la galera, y así seríamos libres y nos tomaríamos la revancha por todas las perfidias que nos habían infligido los turcos y los moros. Y nos azotaban cruelmente, de manera que vi morir a varios de mis compañeros; uno cayó muerto sobre el banco, otro se derrumbó sobre la peña porque le faltó el aliento después de dos horas de una persecución enloquecida a la que nos sometió donjuán de Cardona cerca de las costas de Cerdeña. Y aun cuando no había ningún adversario que temer, el remar nos consumía cuando teníamos que bogar contra el viento, contra la tramontana, el poniente o el gregal, pero el peor era el siroco, porque reseca el pecho.

Mi cuerpo había cambiado mucho. Estaba duro como la madera. Era un gran armazón en el que se juntaban huesos, nervios y músculos, recubiertos de una piel muy oscura, casi negra, cubierta de marcas, estriada de incisiones y cicatrices, sobre todo en los hombros y en la espalda, donde las venas hinchadas afloraban hasta la piel. Había perdido algo de pelo, pero me dejaba la barba para proteger la piel del sol

y la sal. Ya no parecía un niño, sino más bien un bandido feroz. Tengo para mí que a fuerza de vivir con los turcos, había acabado por parecerme a ellos.

Hacia el final de mi segundo año como remero, hicimos una captura extraordinaria, la de una nave de la Serenísima República de Venecia, cargada con las riquezas más maravillosas que quepa imaginar. Y fue una suerte extraordinaria para los turcos, de donde se puede deducir que el capitán y todos los marineros de aquella nave habían pecado en gran manera, por lo cual el cielo quiso infligirles un castigo terrible, pues si el tiempo hubiese sido despejado, jamás habríamos capturado aquella nave, fuertemente armada con cañones, que nos habrían causado gran daño. Pero la niebla era tan espesa que un velo oscuro se extendía sobre el mar. Estábamos emboscados detrás de la isla de Pantelleria y Bairan nos ordenó remar en silencio, de manera que los remos entraran en el agua sin producir ruido alguno, y nosotros acatamos gustosos aquella orden, pues esta manera de remar es muy poco fatigosa. Los venecianos no habían tenido tiempo de armar sus cañones cuando los jenízaros ya emprendían el abordaje y se hacían dueños del buque; Sinan estuvo tan contento que decidió hacer escala en Túnez para vender el cargamento y ofrecer a su chusma dos días de reposo para que pudiéramos divertirnos bebiendo en las tabernas y gozando con las cortesanas, y mandó que nos repartieran *nasri* y *fels*, que nosotros llamábamos aspros y burbos, para nuestros gastos.

Debo confesar que no me costó dejarme llevar por mis compañeros para dar satisfacción a la carne. En verdad, perdí el escrúpulo de acostarme con las mujeres que se compran con dinero cuando dos cautivos españoles, que remaban conmigo en la galera y con los que había trabado amistad, me contaron que no era ningún pecado grave fornicar de aquella manera, a lo sumo un insignificante pecado venial, no mortal. Pues, tal como aseguraba Diego, cuando se paga deja de ser pecado, y es cosa muy distinta de conocer mujer casada o religiosa, o de cometer sodomía, como hacen tantos turcos, que es cosa contra natura. Y Gonzalo era de opinión semejante, y añadió que en España las casas de prostitución las administraban las cofradías o los hospitales, o incluso la Justicia de la ciudad, de lo cual se puede deducir, siendo España una nación cuyo rey es llamado Católico y, como es sabido, en permanente guerra contra los herejes y devota de Nuestro Santo Padre el Papa, que fornicar con una puta, según decían ellos, era apenas un pecado venial. Quedé encantado de saberlo y aproveché la licencia para conocer en aquellos dos días a cuatro mujeres, una tras otra, que no eran en modo alguno iguales, sino muy diferentes: una mora, era de entre todas la mejor educada; otra circasiana, cuyo perfume se subía a la cabeza; la tercera negra, con unos pechos y unos pezones de un tamaño nada ordinario, y la cuarta una griega renegada, cuyas delicias habría gustado mejor de haber sido la primera, pero sentía cansancio como después de una jornada entera de remar, y sólo me apetecía dormir. De manera que después de estos delirios carnales a los que no

estaba en modo alguno acostumbrado, me sumí en el más profundo de los sueños. Mis compañeros me sacaron de él para regresar a la galera, y me di cuenta de que no me quedaba en el bolsillo ni la más diminuta moneda. La griega me había descargado de ellas, pero ya poca falta podían hacerme las monedas, así que la cosa carecía de importancia.

Fue después de la escala en Túnez cuando Bairan me dijo una noche que debería hacerme turco. Como yo solía rezar mis oraciones en secreto, él desconocía mi amor hacia nuestra santa religión. Me dijo que no ganaría la libertad inmediatamente, pero que abandonaría la chusma y dejaría de remar. Como seguiría al servicio de Sinan, saldría de viaje como marinero y soldado a porcentaje, y en poco tiempo, si la fortuna nos sonreía, podría rescatarme. Además, Sinan, que era generoso, en recompensa por mis servicios, no exigiría un precio elevado. Así escaparía a la esclavitud, podría hacerme rico y comprar una mujer si me apetecía. Sería mucho más feliz con esa vida y me ganaría el paraíso de Alá, pues todos los creyentes tienen garantizada la salvación. Respondí a Bairan que yo era cristiano y no podía renegar de mi fe, que conservaba la esperanza de ser rescatado por alguna misión de padres redentores, pues había tenido la mala fortuna de estar ausente de Argel cada vez que las misiones habían ido a la ciudad. Bairan me hizo saber que me había dado aquel consejo porque me había tomado aprecio y para sacarme de la mísera condición en que estaba, pues el interés de Sinan y suyo era que siguiera siendo remero. Además, no creía que nadie fuera a redimirme. Según sabía, yo no figuraba en las listas de los padres redentores cuando vinieron a Argel la última vez, y aunque yo no era noble de condición, ni burgués rico, el precio de mi rescate sería elevado porque estaba en plena posesión de mis fuerzas, y era un bogavante destacado, que otros rais querían comprar a Sinan, pero él había rechazado sus ofertas. Ahora ya me había dicho lo que había decidido decirme, y no volvería a insistir sobre el asunto. Acaso incluso se había expuesto a desagradar a Sinan, y me dio a entender que debía mantener en secreto aquella conversación. Bastaría que afirmara mi voluntad de ser turco y pronunciara las palabras necesarias. Añadió que sería necesario circuncidarme.

VI

De cómo François Cocardon decidió hacerse turco

Hacía poco más de tres años que remaba en la galera de Sinan cuando una mala herida me mantuvo inútil durante cierto tiempo. Acabábamos de capturar dos naves cargadas de sal entre Ibiza y Alicante, en los parajes donde yo había sido hecho preso con el barco y todos sus ocupantes seis años antes, cuando la escuadra de Cartagena nos dio caza y a punto estuvo de abordarnos. Entonces una bala de cañón me destrozó cruelmente el hombro y el brazo derecho. Un jenízaro me ató el brazo con un pedazo de tela para detener la sangre, pero desfallecí de dolor y agotamiento y no recuperé el sentido hasta una o dos horas más tarde. Sinan se había salvado gracias a la aparición de una flota de Argel tan fuerte como la española, y las naves enemigas se habían observado sin luchar, mientras nuestra galera bogaba hacia Argel, adonde llegué en mal estado.

Sin embargo, como parecía que mi herida se podía curar y yo valía, según decían, de seiscientos a ochocientos ducados de España, Sinan decidió que me curaran en su misma casa, adonde hizo venir al médico, un judío muy hábil, que me desató las ligaduras del brazo, curó la herida con un bisturí y yo tuve que morderme los labios hasta sangrar para no gritar de dolor. El judío limpió la herida con vinagre por si quedaba algún diminuto fragmento de metal, después tocó la parte herida con un hierro al rojo para cauterizarla, de lo cual yo creí morir, y por fin aplicó sobre el hombro y el brazo una preparación de hierbas aromáticas y me hizo un vendaje muy prieto. Declaró que estaría débil durante algunos días y que habría que esperar de cuatro a seis semanas antes de que mis carnes se reforzaran, pues la herida era profunda, pero aseguró que después no quedaría ni rastro de ella y que quedaría del todo curado. Vendría él personalmente cada dos días para vendarme.

Me pasé dos días durmiendo sin levantarme más que para aliviar la naturaleza, y la cabeza me daba vueltas con rapidez. Había perdido mucha sangre y no tenía fuerzas ni para tenerme en pie. Pero al cuarto día empecé a tener hambre, y el médico judío me dijo que podía comer lo que me apeteciera, de manera que no dejé ni un solo grano de sémola del plato de cuscús que me sirvieron, y después me relamí con los buñuelos de miel, los dátiles y los higos. Cerca de mi camastro había una jarra con agua fresca, de la que bebí con gran placer.

Los dos primeros días estaba tan débil que no me había fijado en quién se ocupaba de ayudarme en mis necesidades. Después vi que me servían dos esclavas, una blanca y otra negra, que ya no eran jóvenes y que me asistían sin abrir boca, de lo que deduje que habían recibido órdenes de trabajar en silencio. Quizás una de las dos esclavas era cristiana, pues creí verla persignándose, y me habría gustado hablar con

ella. Pero pronto tuve el ánimo demasiado ocupado para pensar en hacerlo. Creí que se trataba de esclavas, pues iban con el rostro descubierto, y entre los mahometanos las mujeres libres jamás aparecen ante los hombres sin cubrirse el rostro, excepto los ojos, con un velo blanco que se atan detrás de la nuca. Al menos eso es lo que creía, pues pronto supe que, aun cuando todas las moras y turcas van por la calle con el rostro oculto tras un velo para que los extraños no puedan verlas, no son tan escrupulosas cuando están en casa con sus esclavos cristianos, pues fingen creer que los cristianos son ciegos, y un cristiano herido podía ser totalmente ciego. Pero bien puede creerse que se trata tan sólo de una estratagema para mostrarse a los hombres tal como son.

En verdad, pronto me acostumbré a la inactividad en la que me dejaban y que tan nueva me resultaba, pues mucho había penado y muy grandes trabajos había sufrido en el banco de la galera, puesto que incluso los días de escala no representaban verdadero descanso y aquellas pausas sólo servían para secar las heridas, lavar el cuerpo y algunas piezas de ropa y, siendo escasas nuestras raciones de comida, sufríamos gran hambre. Cuando permanecíamos varios días en Argel, entre dos salidas, volvíamos a dormir al penal y nuestras jornadas estaban dedicadas a toda clase de trabajos para la casa o en las tierras de Sinan.

Dos semanas habían transcurrido cuando mi amo vino a verme acompañado de Bairan para considerar el estado de mi curación. Le dije que gracias a los cuidados que él había encargado empezaba estar mejor. El rais me anunció que pronto iba a partir de nuevo y que bien se veía que yo no podía formar parte de esa expedición, pero que tenía que recobrar fuerzas, pues contaba conmigo para remar en el viaje siguiente. Yo no respondí nada, pues no podía fingir alegrarme ante una noticia que en modo alguno me agradaba.

Desde la habitación en la que yo descansaba, se podía acceder a un patio por un vestíbulo de ladrillo adornado con hermosos azulejos azules. En el patio había una pila alimentada de agua por una fuente que no se agotaba jamás. Me complacía quedarme durante horas mirando el fluir continuo del agua, y era un murmullo suave y apacible, como si depositaran un bálsamo sobre la violencia y el dolor de mi vida cotidiana de los últimos años. Había varias puertas que daban al patio, pero siempre estaban cerradas a excepción de la mía. Las esclavas que me servían entraban por el patio y el vestíbulo, pues mi habitación no tenía otro acceso, pero las puertas sólo se abrían para darles paso, y se cerraban inmediatamente. Sin embargo, pocos días después de la visita de Sinan, mientras yo estaba sentado con las piernas colgando en el borde de la pila, una de las puertas se entreabrió levemente y creí ver una silueta en la penumbra, pero fue cosa de un instante, y me quedé con la duda sobre lo que acababa de ver. Al día siguiente, cuando ya me había olvidado de aquel breve episodio, la misma puerta se abrió de nuevo y adiviné una silueta, pero el rostro no

era visible. La misma maniobra se repitió al tercero y cuarto día, y como me había fijado, por la altura del sol y las manchas de sombra sobre las losas del patio, en que la puerta se abría aproximadamente a la misma hora, estaba atento, situado de manera que aumentara mi ángulo de visión según la anchura de la puerta. Al quinto día, la silueta se mostró a la luz y de repente se me apareció un rostro. Era el más precioso rostro de mujer que había visto jamás y creí soñar cuando el rostro se animó con una sonrisa que más me pareció cosa de ángel que de mujer.

Yo sabía que Sinan tenía varias mujeres y numerosas concubinas, y me imaginé que era una de ellas. Sin embargo, no comprendía por qué mostraba aquel interés hacia mí. Yo, a pesar de mi juventud, no era tan inocente como para ignorar que aquella maravillosa aparición se producía cuando Sinan estaba en el mar y no podía aparecer de improviso. Pero no concebía que las mujeres de Sinan pudieran ser tan libres en sus idas y venidas como para moverse sin ninguna persona o esclava de confianza para vigilarlas. Aunque dos o tres compañeros míos de galera, cautivos cristianos como yo, me habían contado asombrosas historias de amor entre mujeres moras y esclavos cristianos, cuyo desenlace nadie podría sospechar, yo siempre las había tenido por fábulas. Pero no tuve que esperar mucho tiempo para salir de dudas.

Al día siguiente, mientras yo siesteaba en mi camastro en lo más fuerte del calor, pues estábamos a principios de septiembre y eran la una o las dos de la tarde, me pareció oír un susurro que procedía del vestíbulo. Apenas había abierto los ojos cuando la mujer se deslizó con presteza en mi habitación, cerró la puerta y me puso un dedo sobre los labios. Después se quitó el velo y pude ver que era aquel mismo rostro de ensueño que sin duda para sí habrían querido tener todas las damas de la corte de Francia. Se puso la mano sobre el corazón y me dijo: «Yasmina», después la puso sobre el mío y la espera de su mirada era tan evidente que yo dije: «François». Entonces me hizo levantar y volverme, me ató una venda sobre los ojos y me dijo que tuviera paciencia. Unos instantes después me dijo que me quitara la venda.

Creí que estaba delirando, que aquello era una alucinación producida por la herida, que todas aquellas semanas habían pasado en un sueño por efectos de la fiebre y fue preciso el sonido de su voz para que me rindiera a la evidencia de su cuerpo. Estaba desnuda sobre mi cama y me llamaba con sus brazos. Yo me acerqué, puse los dedos sobre su piel con precaución, como si se tratara de una joya frágil que se pudiera romper al tocarla. Su piel tenía el color de la seda y creo que me quemó. Empecé a acariciar su cuerpo, puse mis labios sobre sus ojos, después sobre su boca y, sin calibrar ni por un momento el peligro de mi situación, fui presa de una ola de deseo tan poderosa que en mi vida he vuelto a experimentar otra igual. Me quité la ropa sin saber muy bien cómo, me acosté a su lado y la apreté contra mí. Apenas la había conocido carnalmente, en un éxtasis de voluptuosidad tal que no podría ser dicho con palabras, cuando deseé conocerla una vez más, y la tercera vez siguió de

cerca a la segunda, y poco después nos abrazábamos de nuevo. Yo cubría su cuerpo de besos, y no había lugar tan secreto que no fuera accesible a mis labios. Por sus suspiros, sus caricias y los súbitos movimientos de su cuerpo, podía saber que también ella sentía gran placer y creo que estaba dispuesta a amarme una vez más, pero yo sólo soy un hombre.

Me dijo que volvería si yo lo quería así, pero que no sabía ni el día ni el momento, pues le era menester asegurarse que ello fuera posible, y tener por cierto que una persona de quien ella no se fiaba estuviera fuera de casa durante algunas horas, y que había elegido aquel día y momento por esta razón, después de cerciorarse de que no había peligro, pues sabía que si un esclavo cristiano tenía comercio carnal con una turca o una mora era condenado a ser quemado vivo, a menos que consintiera en convertirse inmediatamente a la ley de Mahoma. Me gustó sobremanera que se preocupara también de mi suerte y no sólo de su placer, la estreché una vez más entre mis brazos y, después de un último y prolongado beso, se marchó huyendo.

Sería injusto deducir que todas las mujeres mahometanas son deshonestas y que se refocilan con el primer galán de buena planta que juzgan, por signos evidentes o muy probables, que está bien dispuesto y es hábil en el servicio de Venus. Pero, tal como comprendí más tarde, tal es el efecto perverso de la religión de esta secta, cosa en la que se ve la astucia del diablo. ¿Creeríais que la ley de Mahoma da licencia al mismo hombre para tener hasta cuatro esposas legítimas y todavía le está permitido acoger en su casa y en su cama a tantas concubinas como pueda mantener? Ciertamente es que el mantenimiento de una esposa es costoso en proporción a su juventud y belleza, y por esta razón los pobres sólo compran una mujer. Y aún gracias si pueden, pues muchas veces deben conformarse con una fea, o afectada de algún vicio oculto, o de la más vil extracción, o de menor valor por haber conocido a varios hombres de manera notoria, pues aunque los turcos no veneran a las doncellas tanto como los cristianos, y no aprecian la virginidad como un tesoro, se guardan bien de casarse con las golfas, como decimos en Tolón. Pero los ricos no dejan de usar de esta libertad inaudita. Mas Dios, que es sabio y está en todo, ha dispuesto que el agotamiento de las fuerzas físicas y de la simiente viril limite las expansiones del sexo masculino. Y aunque estas gentes usen de polvos y filtros de amor para exagerar su naturaleza, no pueden rendir homenaje a sus mujeres tantas veces como ellas quisieran, y por lo general se preocupan poco de cumplir con ellas. Habitualmente sólo acogen en su cama a una o dos de sus esposas o concubinas, las que prefieren, y a las demás en tan raras ocasiones que languidecen y decaen. Pues, al contrario que nuestras monjas y religiosas, ellas no hicieron ningún voto de castidad y no se conoce en este país a ninguna mujer que se haya desposado con Dios.

Todo esto yo lo sabía bien, pues no se puede pasar seis años entre turcos y moros,

aunque sea de esclavo, sin ser instruido en todas estas cosas. Pero no llegaba a comprender por qué los ojos de Sinan no veían a Yasmina, o mejor dicho, cómo no veían sólo a Yasmina. Yo tenía la certeza de que, aunque hubiera poseído a cien mujeres, no habría dejado de distinguir a Yasmina como la más bella, la más atractiva, la más seductora, la más hechicera, la más maravillosa, la más emocionante. Tan inconcebible me parecía la indiferencia del rais, que llegué a temer por un momento que Yasmina tuviera una necesidad tan insaciable de hombres que se abandonara en cuanto tuviera ocasión a todos aquellos con los que se topaba, con lo que yo no sería más que una oportunidad, después de muchas y antes de otras tantas. Entonces recordé que, durante una escala, había oído a Sinan hablar de la belleza de las mujeres con Bairan y los contramaestres, sin que él se percatara de mí. O quizá le importaba un comino que le escuchara un esclavo. Y mi memoria me salvó de mi error. Aunque turco, Sinan había nacido en Argel y consideraba la belleza de las mujeres según la opinión de los africanos, que juzgan a las mujeres más hermosas cuanto más gordas, pues tienen más carne. Pero Yasmina no estaba gorda, sino que tenía unas proporciones armoniosas, como si la hubiera dibujado o modelado algún pintor italiano. Saqué la conclusión de que Sinan tenía entre sus esposas y concubinas a mujeres de más carnes que Yasmina, y a éstas prestaba mayor atención.

Yasmina volvió, tal como había prometido, pero tuve que esperar tres días, y después otros dos días, y yo ya sólo vivía para aquellos momentos, espiando el menor susurro. Sólo me aventuraba a salir al patio de mañana temprano, pues temía que mi presencia continuada en el patio pudiera hacer sospechosa su venida. Aunque hayan transcurrido cuarenta años, conservo viva memoria de aquellos momentos de delicias, de una dulzura inimaginable, cuando Yasmina me confesaba que hasta aquel día no había sabido que los gozos del amor pudieran ser compartidos de aquel modo, pues su marido, las veces que la había poseído, había procedido con brutalidad, en un abrazo rápido, sin inventar palabras ni gestos de ternura. Si no temiera blasfemar, diría que en aquellos instantes experimentamos el sabor de la eternidad. Y ahora que he alcanzado ya la vejez, que mis deseos se han apagado y puedo calibrar mi vida de adulto, quiero dar las gracias a Dios por su inmensa bondad hacia sus criaturas, pues les hizo don de las voluptuosidades de la carne, y si es verdad que la búsqueda del placer puede hacernos caer en la tentación y llevarnos al pecado, como muestra el ejemplo que voy narrando, aunque en el acto de la generación el placer venga asociado con el don de la vida, en el cual no hay pecado sino sumisión al orden de la creación divina, también es cosa cierta que basta con una confesión sincera para borrar los pecados de la carne, así como los demás, y así quedamos inmediatamente perdonados por los méritos de la preciosísima sangre de Nuestro Señor, y recuperamos el derecho a entrar en el reino de los cielos.

Puesto que, al escribir esta relación de mi vida, he adquirido el compromiso de

limitarme a la pura verdad, debo por fuerza reconocer que en los días de mis amores con Yasmina yo no era de tal opinión. Y cuando me dijo, en la visita siguiente, después de una larga semana, que acaso no pudiera volver, porque el regreso de Sinan era inminente, yo mezclé mis lágrimas con las suyas y fui tan infeliz que busqué la manera más apropiada de no perder para siempre a mi dulce amada. Y, por vez primera, pensé seriamente en la posibilidad de hacerme turco. Es cierto que tal pensamiento me había venido a las mientes varias veces desde que Bairan puso la semilla en mi alma. En realidad, aquel pensamiento me asaltaba en cada uno de los agotadores viajes a los que me condenaba mi condición de galeote, cuando me derrumbaba sobre el banco, postrado, sin aliento, con los músculos doloridos, la piel ardiendo, rodeado de olores inmundos en los que se mezclaban el hedor de los excrementos, la acidez de la orina y el sudor y el relente dulzón de la sangre. Aquella vida no se podía soportar. Acaso entonces blasfemé en lo más secreto de mi corazón, pero pensaba que Dios no podía exigir a sus débiles criaturas que soportaran para siempre semejantes fatigas y sufrimientos, que aquel suplicio no podía prolongarse por diez o veinte años, quizá más todavía. Pues el mismo Jesucristo, si bien había sufrido mucho más cruelmente que nosotros al ser flagelado, coronado de espinas, con el cuerpo magullado por el peso de la cruz, el costado traspasado por la lanza y las carnes destrozadas por los clavos, su suplicio no había durado indefinidamente, y había resucitado al tercer día. Y pedí a Dios misericordia, que quisiera perdonarme pues iba a renegar de él solamente con la boca y no con el corazón, y seguiría diciendo mis oraciones y hallaría la ocasión de evadirme y regresar con los míos para vivir y morir como cristiano. Pues incluso en los peores momentos de mi desánimo, nunca tuve la intención de salvar mi alma en la religión de Mahoma y jamás creí en lo que me había dicho Bairan sobre que era superior a la de los cristianos.

Tan sólo pensaba en poner fin a mis sufrimientos. Y me hacía mil amargas reflexiones, perdida la esperanza de que pudieran rescatarme. Lo cierto era que después de mi primera llegada a Argel, pronto había sido comprado por el renegado veneciano y no había dormido en el penal, puesto que me alojaba en casa de mi dueño, y después me habían llevado a Fez, de manera que mi padre, por mucho que hiciera, no habría podido seguir mis trazas. Y en cuanto a los padres redentores, no se habían fijado en mí ni en el penal ni en Batistan, ni habían tenido noticia de mi nombre ni de mi presencia. Era cosa segurísima que mi padre me había dado por muerto. Y Sinan no quería venderme, a menos que fuera por un precio exagerado. Sin embargo, hasta entonces siempre había logrado vencer la tentación. Me repetía que, a pesar de todo, había soportado aquel viaje y que asimismo podría soportar el siguiente, que me había puesto tan fuerte y había adquirido tanta experiencia que ahora sabía administrar muy bien mis esfuerzos, que la insolente buena suerte de Sinan se acabaría algún día, y que la galera podía ser capturada por alguna flota

cristiana, con lo que recuperaríamos la libertad sin pasar por la vergüenza de haber renegado de nuestra fe. Cinco años antes de mi captura cerca del cabo de la Nao, toda la cristiandad se había estremecido de contento cuando los navíos de la Liga Santa habían destruido o capturado la flota turca en Lepanto; se habían celebrado Te Deums en todas las catedrales y, en Sainte-Baume, una multitud de peregrinos había acudido para depositar sus ofrendas, pero lo que más me importaba era que miles de forzosos cristianos que remaban en los buques turcos habían sido liberados, e hicieron una procesión en Mesina, descalzos y llorando de alegría, y luego regresaron a su patria. Y esta esperanza me daba fuerzas.

Fácilmente se juzgará por este relato la maldad de Satán y su habilidad, que bien merecido tiene el nombre de diabólica, en conquistar las almas de los pobres mortales exponiéndoles a tentaciones sin número, no sólo distintas, sino incluso a veces opuestas. Pues lo que el diablo no había conseguido mediante golpes, insultos, hambre, sed, suciedad, miseria, dolor, desesperación y desprecio, ahora lo obtenía gracias a la belleza, la dulzura, las caricias, el placer. Había sido suficiente con sustituir a los desalmados y tiranos, de que se había servido hasta entonces, por una mujer arrebatadora. No es que quiera echar sobre Yasmina la responsabilidad de mi pecado, ni suponer que llevaba puesta la máscara del Maligno. Yasmina era una mujer de carne y hueso, abandonada por su esposo y entregada al aburrimiento, y sin saberlo se convirtió en el instrumento del diablo. Merecía la salvación, pues estaba inclinada como nadie hacia el amor por el prójimo, y no sólo a los placeres de la carne, tal como demostraría más adelante. Bien habría podido yo agradecer al cielo haberme enviado tales goces y seguir siendo cristiano, pero no tuve fuerza suficiente para ello.

Yasmina vino a reunirse conmigo una última vez, y en el estado de exaltación que produjeron en mí sus caricias, le confesé que tenía la intención de hacerme turco, que por este medio y si la fortuna me sonreía conseguiría comprar mi libertad, y que más adelante me cuidaría de convertirla en mi esposa, ya fuera consiguiendo que Sinan la repudiara para que yo pudiera comprarla después, o bien de cualquier otra manera. Estaba decidido a raptarla en caso necesario, pues había determinado vivir con ella. Ella pareció muy sorprendida de tales discursos y se mostró algo temerosa, por alguna razón que yo no pude adivinar. Y llegó el momento en que tuvimos que separarnos sin haber podido fijar el día, el lugar ni la manera en que podríamos vernos de nuevo.

Mi determinación no era tan firme como había dado a entender a Yasmina. No quiero ahora ofender a la verdad dejando creer a quienes lean este cuaderno que en aquellos momentos yo seguía deliberando con mi conciencia. No era ni el temor de Dios ni un remordimiento precoz lo que demoraba mi decisión definitiva, pues en aquel momento lo único que me preocupaba era mi pasión y la manera de seguir

conservándola en el futuro. Pero yo no ignoraba que al hacerme turco corría el peligro, ciertamente improbable pero con todo real, de quedar imposibilitado para satisfacer dicha pasión. Si me convertía en mahometano debería circuncidarme sin remedio, la cosa era inevitable, por mucha repugnancia que me inspirara. Y era cosa notoria que la operación era mucho más dolorosa para los hombres adultos que para los niños, pero lo que me daba miedo no era el dolor, sino que me cortara algún cirujano torpe y me dejara reducido al estado de capón. Conocía el caso de un hombre al que esta mala fortuna le había sucedido. Sería el más fulgurante de todos los castigos, y casi la señal de alguna maldición divina si el primer efecto de un pecado cometido para obtener a una mujer fuera el de no tener razón alguna para poseerla.

Deliberé conmigo mismo durante los días siguientes y por fin resolví seguir mi inclinación. Pero tenía que pensar en la manera más hábil de anunciar a Sinan mi deseo de hacerme turco, pues el rais podía enfurecerse ante mi decisión y determinarse a venderme antes de que mi condición de turco disminuyera mi valor en el mercado. Entonces me determiné a decirle que nada deseaba más que permanecer a su servicio y salir con él de expedición, pues le había visto dirigir maniobras, abordajes y combates, de modo que conocía sus cualidades de jefe y de ello pensaba yo sacar gran provecho, puesto que mis ganancias estarían en proporción al botín de nuestras empresas, como es el caso entre los soldados que van a porcentaje y que el rais lleva con él en las expediciones. Es cosa sabida que los turcos no reman y que para ello sólo usan esclavos. Es verdad que convirtiéndome en mahometano seguiría siendo esclavo, al menos durante algún tiempo, pero así me doblegaba a los intereses de Sinan, pues yo conocía el mar y él podía esperar de mí que fuera un buen soldado. Había vivido lo suficiente para saber que el halago es cosa dulce al corazón de la mayoría de hombres, sobre todo cuando pueden creer en la verdad de las palabras que se pronuncian. Y era éste el caso, pues Sinan era uno de los rais más famosos de Argel. También tenía talento para la política, y pronto iba a darme buena prueba de ello, de una manera que jamás se me habría ocurrido. Por el momento, me repetía también que si seguía al servicio de Sinan podría estar mejor informado de la suerte de Yasmina, y acrecentar las ocasiones de verla en secreto. No pensaba siquiera que al tomar esta decisión causara un daño a mis hermanos cristianos, pues robaría y saquearía sus naves y bienes, raptaría a sus mujeres e hijos, tal como había sido raptado yo mismo a mis padres, e incluso en algunas ocasiones les llevaría a la muerte. Hasta tal punto estaba cegado por la pasión que sentía por Yasmina que aquel hecho evidente de mi apostasía y el horror de mi actuación ni siquiera se presentaron ante mi entendimiento. Tampoco consideraba el hecho de que traicionaba el sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo, que había muerto por todos nosotros. Así pues, me dispuse a enfrentarme con Sinan, repitiéndome las palabras que tenía que dirigirle.

El rais vino a verme a los tres días de su regreso. Supe con posterioridad que había estado celebrando con sus amigos el éxito de su expedición y el hermoso botín que había obtenido una vez más. Parecía de buen humor, cosa que favorecía mi designio, y se interesó por mi salud. Le dije que estaba lo mejor que cabría esperar, que mi herida había cicatrizado y, sin más tardanza, que había meditado en la calma en la que me hallaba y había determinado hacerme turco, y le largué todo el discurso que había estado meditando. Me escuchó sin interrumpirme y me dijo que se lo pensaría, pero que consentía en ello siempre que siguiera a su servicio, y se fue sin decir una sola palabra más.

VII

De una cabalgata en honor de Mustafá y de su circuncisión

Dos días más tarde, Sinan me mandó llamar por medio de un esclavo que me condujo hasta un salón amueblado con guadamecís, hermosas alfombras, cojines bordados y varias mesas bajas. Sinan tomaba el té en compañía de otro turco que yo no conocía. El rais mandó que sirvieran té y declaró luego que, puesto que había determinado hacerme turco, cosa que le llenaba de gozo pues así salvaría mi alma, previamente quería liberarme. Así, en vez de convertirme a la manera de un esclavo que trata de escapar de la miseria de su condición, lo haría como un hombre libre que abraza la fe de Mahoma. No me había recuperado aún de la sorpresa cuando me dijo que estaba contento de que yo quisiera seguir a su servicio. Y, satisfecho de las palabras que le había dicho, había mandado que un escribano amigo suyo preparara un acta en la que estaban consignados mis compromisos y los suyos, y que quería dárme la a conocer.

Yo no sabía qué decir, tan grandes eran mi confusión y mi sorpresa. Adivinaba que Sinan había tramado alguna argucia para mantenerme a su merced, pero no tenía otra libertad más que la de darle las gracias por su generosidad. Y puesto que, aun comprendiendo bien las lenguas turca y árabe, las leía con gran dificultad, le rogué que mandara a alguien que me leyera el acta a fin de conocer bien a qué quedaba obligado, de manera que pudiera mantener mi palabra sin escatimar nada. Dicho lo cual, Sinan me preguntó qué nombre llevaría cuando fuera turco, pues era menester escribir dicho nombre en el acta, y como yo permaneciera indeciso él añadió que Mustafá era un hermoso nombre que habían llevado con gloria hombres ilustres y santos. Balbucí que Mustafá me parecía muy bien.

Entonces el escribano me leyó el acta, llena de lindezas en el lenguaje pero fácil de comprender. Me comprometía a seguir al servicio de Sinan como piloto de galera y soldado a porcentaje, mientras ello complaciera al rais. Sin embargo, al cabo de tres años a partir de la fecha del acta, diferida hasta pasado un mes de aquel día, podría, de desearlo, poner fin a aquella obligación a cambio de la entrega de seiscientos ducados de España, o veintidós mil reales de plata, pues es sabido que el ducado vale treinta y seis o treinta y siete reales. Estampé mi firma en el pergamino. Sinan me saludó con gravedad, a la manera de los turcos, poniéndose la mano sobre el vientre e inclinándose un poco, y me dijo: «La paz sea contigo», cosa que significaba que dejaba de considerarme un esclavo. En realidad, me comentó que debía informar de mi libertad al cadí, para que fuera registrada, y que deseaba organizar él en persona el banquete y la fiesta que celebrarían mi conversión a la religión de Alá.

Tardé algún tiempo en comprender el sentido de aquellos acontecimientos, y

cuando lo entendí, quedé admirado de la inteligencia de Sinan y de la facilidad con que había desviado mi decisión en beneficio propio. El rais no podía saber la verdadera razón de mi conversión, pues Yasmina me había asegurado que el secreto de nuestros amores no sería desvelado. Si el rais sospechaba que, en la calma de mi habitación, donde había podido meditar sobre mi triste condición de esclavo y galeote, había decidido hacerme turco para encontrar la ocasión de huir a la cristiandad durante alguna expedición en la que, como soldado, tendría más libertad que como remero, entonces hacía esta evasión más difícil: primero tenía que faltar a mi palabra y convertirme en un hombre sin honor; además, liberándome de la esclavitud, cambiaba totalmente las circunstancias de mi conversión, lo que me había comentado al hablar de las circunstancias de la fiesta y del banquete. Pues los moros y los turcos no tratan del mismo modo a los esclavos que se convierten que a los hombres libres que hacen lo mismo. Con los primeros no hay la menor ceremonia. Basta con el cadí y algunos testigos, y alguien lee versículos del Corán, el renegado levanta el índice de la mano derecha, y dice, tal como ya he contado: *La ilaha illa Allah Mohammed razul Allah*, que significa, tal como ahora ya sabía: «No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su mensajero». Y nada más. Pero los hombres libres que se convierten por propia voluntad son llamados «bienvenidos». Y los mahometanos celebran en su honor una gran fiesta en toda la ciudad, con música y procesión, de forma que la conversión es pública y notoria, y que en los países cristianos se tiene noticia de ella por toda clase de testigos: los cautivos de los penales, los mercaderes que se distraen por un momento de sus asuntos y negocios, los cónsules y embajadores, o los religiosos que mantienen correspondencia con su orden. Si regresaba a la cristiandad, no podría pretender que me había convertido de boca y no de corazón, ni que había sido objeto de violencias, obligado mediante el apaleamiento o cualquier otro suplicio. Y la circuncisión que me habían prometido no me permitiría disimular en modo alguno mi conversión. Habría sido preferible que me hubieran sorprendido copulando con Yasmina, pues los cristianos saben muy bien que en tal caso no hay más salida para un cristiano que ser quemado vivo o hacerse turco.

Si mi conversión era real y sincera, sólo podía sentirme agradecido hacia Sinan, que me concedía la libertad inmediatamente. Sin duda, él cuidaba de sus intereses al obligarme a pagarle el precio que valía como esclavo. Pero yo mismo había afirmado que quería seguir a su servicio, y él podía juzgar que aquello me resultaba provechoso, pues sus expediciones habían procurado excelentes beneficios a los soldados que él empleaba. Tuve que reconocer que todavía me quedaban muchas cosas por aprender, y reconocí que Sinan era un consumado maestro.

Guardo un recuerdo imborrable de aquellos días. A veces me sentía abrumado de vergüenza, me consideraba un traidor y un mal ladrón. Al minuto siguiente lamentaba mi desdichado sino, en el que yo había tenido tan poca parte: embarcado en el mar

con mi padre, raptado por los corsarios, esclavo y más tarde forzado, herido y con gran peligro de perecer por las armas de mis hermanos cristianos. Incluso Yasmina se me había ofrecido, sin que yo la buscara en modo alguno. Sólo muchos años después, a mi regreso a la patria, conocí las disputas sobre el libre albedrío, y creo yo que éste no es dado de igual modo a todos los hombres, aunque ellos siempre puedan confiar en la gracia fulgurante de Dios. Entonces comprendía que François Cocardon se estaba muriendo: me convertía en otra persona, cambiaba de piel y de vida como de ropa.

Sinan, otros rais amigos suyos y su séquito me llevaron en cortejo hasta la sepultura de un marabuto al que tienen gran veneración desde el año mil quinientos cuarenta y uno. El lugar es llamado Cid Butica, fuera de la puerta de Babazon, y la razón de aquella reverencia es que en dicho año, estando el emperador Carlos V y toda su flota frente a Argel, el veintiocho de octubre, el marabuto se levantó por la noche, salió de su sepultura y se arrodilló para rezar y pedir a Dios que le concediera la gracia de la victoria, y es cosa conocida que el emperador no consiguió tomar la ciudad, de lo que los turcos obtuvieron gran gloria. Delante de la pequeña mezquita que levantaron en su honor había un marabuto que sostenía un Corán, del que me leyó varias su ras, pero en aquel tiempo yo no conocía aquel libro, de modo que no comprendí muy bien las palabras que me dirigió. Después, un mahometano me ungió la cabeza con aceite, me la lavó con agua caliente y me afeitó los pelos de las axilas. Después de esto, me mandaron hacer el *guadoc* tal como lo había visto hacer muchas veces a los turcos y a los moros: me lavé completamente los brazos, las piernas y las partes vergonzosas, a fin de quedar purificado de todos mis pecados.

En aquel lugar tuve que quitarme mi ropa de cristiano para vestirme a la moda de los turcos. Tuve que ponerme un calzón de tela blanca, una camisa del mismo color, un chaleco estrecho de terciopelo verde, y encima de este chaleco me puse un caftán con mangas hasta los codos, que descendía hasta media pierna, y que me ataron a la cintura con un cinturón de seda roja. Me calcé unos zapatos amarillos de cuero muy suave, sin medias. Después me afeitaron la cabeza, excepto un mechón en lo alto del cráneo, me pusieron un gorro y me dijeron que por la noche me enseñarían a hacerme el turbante. Después monté a caballo. Como no tenía costumbre de montar a caballo, Sinan me había mandado el día antes uno de sus hombres para enseñarme.

Aquella precaución era muy necesaria. En Argel, montar es cosa peligrosa, pues las calles son muy estrechas y tortuosas, y debéis saber que en este cometido hay que ir con gran cuidado, so pena de morir en ello. Me habían puesto una flecha en la mano derecha, que debía sostener con fuerza encima de mi cabeza, y no podía dejarla caer en modo alguno, o los jenízaros que iban delante de mí me habrían cortado el cuello con las cimitarras que blandían, que tenían hojas desnudas y relucientes. Tuve que levantar el índice y decir tres veces en voz alta: *La ilaha illa Allah Mohammed*

razul Allah. Los jenízaros eran en número de seis, y abrían la procesión, y detrás venía un moro solo que llevaba una lanza a la que estaba atada una cola de caballo muy larga, con sedas trenzadas. El cortejo recorrió la ciudad entera, subiendo y bajando, con mucha música pues nos acompañaban ministriles, unos tocando hermosas tonadas con sus caramillos y otros haciendo sonar sus timbales. Y había gran muchedumbre para vernos pasar, alborozada y gritando: «¡Viva la fe de Mahoma!». Y otros decían: «He aquí un cristiano que abandona su fe y su ley porque ha conocido que nuestra ley de Mahoma es mejor». Yo pensaba que entre todo aquel gentío bien podía haber mercaderes o cautivos cristianos y que se dirían entre ellos: «Éste es Cocardon, un marinero de Six-Fours, en el reino de Francia, que se hace turco y ha olvidado su bautismo», y sentía arrepentimiento, pero enseguida el amor me volvía al ánimo, así como el recuerdo de las caricias de Yasmina. Al fin, todo el cortejo regresó a Cid Butica, al sepulcro del marabuto del que habíamos partido, y tuve que repetir otras tres veces más las mismas palabras.

Bajé del caballo, muy contento de no haber soltado la flecha, y Sinan me dijo que acababa de cumplir una obra muy agradable al Profeta, de manera que también a él le resultaba muy agradable. Así, había resuelto dar un banquete al que había invitado a otros rais o capitanes de galera y alcaides amigos suyos, entre los que deseaba verme. Sinan usaba conmigo tanta liberalidad y manifestaba para conmigo tanta benevolencia que me reproché por un instante haberle engañado malamente en todas las cosas, puesto que sólo me había hecho turco para acariciar mejor a su mujer, e incluso robársela, pero enseguida pensé que aquello no era en modo alguno igual a si hubiese tomado mujer entre los cristianos, pues los cristianos sólo tienen una mujer, mientras que Sinan tenía cuatro, o mejor dicho más, pues sus concubinas eran en número de cinco o seis, y Yasmina no era en absoluto su preferida, ya que mi amable querida me había hecho saber que el rais sólo la servía una vez cada luna e incluso menos durante sus correrías. No era justo, y es vicio de los de su secta que los hombres ricos pudieran copular con todas las mujeres a su antojo, y con las más hermosas, mientras que los pobres debían conformarse con una sola, que podía ser muy fea.

El banquete fue rico y abundante, aunque los turcos no se ocupan de preparar los alimentos con tanto cuidado como los cristianos de Provenza, y no ponen en ello tanta invención, si no es que tengan de cocinero a algún esclavo genovés o veneciano, o aun valenciano, o a algún renegado de una de dichas naciones. Sinan había mandado degollar varios corderos, de los que comimos la carne asada que era harto tierna y en la que echamos pimienta, después hizo servir arroz cocido con manteca, que ellos usan como nosotros la mantequilla, luego pastel de almendras, melón, que yo no había probado jamás y que dejaba un agradable frescor en la boca, dátiles, y para beber había tanto *raki* como deseábamos, y es el *raki* un aguardiente que Sinan

compraba a los mercaderes turcos, hecho con higos y dátiles, permitido por el Corán, al contrario del vino, del cual varios rais casi se embriagaron. Yo cuidé de beber con mesura, por miedo a entregarme a imprudentes confianzas de las que pudiera arrepentirme.

Dos días más tarde fui circuncidado, sin que tuviera que temer que mi miembro viril quedara inútil. Sinan usaba las artes de un barbero judío que pasaba por ser uno de los más hábiles de la plaza, y le dio a entender que quería verme curado lo antes posible, pues se acercaba la época de navegar y yo debía partir a su servicio. El hombre me dio a beber una infusión hecha con una hierba que me resultaba desconocida, con lo cual a punto estuve de quedarme dormido, después los moros me ataron las muñecas y los tobillos, muy separados, y me dijeron que así no podría debatirme ni hacer ningún gesto inoportuno, cosa que era lo más de temer pues podría producirme algún daño irreparable. Decidí cerrar los ojos para no ver el cuchillo, que estaba afilado sobremanera. La operación es sin duda dolorosa, y a pesar de los ungüentos con que el barbero me untó el miembro, además del polvo blanco destinado a secar la herida, sentí durante varios días un ardiente escozor, y es cierto que a los hombres, por jóvenes y ardientes que sean, no les cuesta gran trabajo guardarse de todo pecado y polución durante varios días, quince o veinte por lo menos, y sé de varios renegados que estuvieron enfermos por la operación durante dos meses, o tres o cuatro. Pero yo tuve mejor suerte, pues pasadas dos semanas no tenía señal de ella, y al cabo de tres el barbero me dio por completamente curado. En eso veía yo bien que Sinan tenía gran cuidado de los hombres de quienes esperaba sacar algún provecho.

VIII

De cómo Mustafá salió de expedición al servicio de Sinan y de lo que en ella aconteció

Empecé una nueva vida, pero tenía muchas cosas que temer. Puestos en lo peor, hasta podía volver a los sufrimientos del remo, pero esta vez en una galera cristiana. Que la fortuna de Sinan cambiara, que la escuadra de Castilla o la de Nápoles capturara nuestra nave, o los corsarios de la religión de Malta, y mi suerte estaba echada. Sería capturado con ropajes turcos y mi abjuración había sido tan notoria y era tan reciente que no habría modo alguno de disimular. Tan pronto como me capturaran, averiguarían si estaba circunciso y hallarían que sí. El escribano de la galera inscribiría mi nombre en el registro de la chusma, sería encadenado por el pie y amarrado al banco. Y llevaría sobre mí la vergüenza de haber traicionado mi fe. En lugar de esperar que cayéramos en poder de los cristianos, como antes, ahora debía temerlo y esforzarme por escapar de tal destino. Pero también podía resultar muerto con el arma en la mano, en el curso de una batalla o cuando descendiéramos a tierra para saquear pueblos y ciudades, pues los cristianos también sabían tender emboscadas, y moriría sin confesión y después me consumiría en el fuego del infierno, a menos que los mahometanos tuvieran razón y la ley del Profeta fuera mejor. Pero en aquel tiempo yo no tenía semejante creencia.

Así como la fortuna se complace en arruinar los grandes designios, la Divina Providencia encamina los suyos en secreto y no hay hombre perdido que no pueda salvarse. Durante los tres años en que serví a Sinan en mil correrías, combates, asaltos, rapiñas y pillajes, con valentía según la palabra que había dado, pues en algo tenía que mantener mi palabra, no se presentó ocasión alguna en que me hallara en peligro de ser capturado o muerto, salvo algunas pequeñas heridas de estoque o algún puñetazo bien propinado, y un trozo de piel arrancada por un arcabuzazo. De aquel periodo de mi vida he querido perder la memoria de todas las violencias que infligí a los cristianos y de los infinitos daños que les causé y de las vidas que arranqué, pero no es cosa fácil, y Dios Todopoderoso vela por conservar en el corazón de todos los hombres la imagen de sus mayores pecados a fin de que puedan considerar la inmensa misericordia de la Redención.

Sinan era un rais astuto y valeroso, es cosa que debo decir en honor a la verdad, y conocía a las mil maravillas la figura de costas e islas, adivinaba el viento según el olor del aire y a su lado aprendí mucho sobre el mar, pues era casi tan buen marinero como mi padre. Estuvimos muchas veces en los parajes del Estrecho, rondando entre Gibraltar y Santa Lucía, sobre todo en tiempo de niebla, pues nada complacía tanto a Sinan como la sorpresa, cuando el enemigo no tiene tiempo de armar sus cañones, tal

como ya dije en la toma de la nave veneciana. Capturamos numerosos barcos en aquella parte del mar, e incluso barcos hamburgueses o ingleses, que Sinan apreciaba sobremanera, no por el trigo, que abunda en Argel, sino por las maderas, pieles, herrajes y cordajes, y yo estaba muy contento de que aquellos adversarios fueran de la secta de Lutero o de la de Calvino o de la de la reina Isabel, una malvada herética, y los tenía por mucho más impíos que los turcos, pues éstos habían sido instruidos desde su nacimiento en la religión de Mahoma y no se habían rebelado contra Nuestro Santo Padre el Papa. De manera que los combatí con furor, hice prisioneros a muchos de ellos y algunos maté, pensando hacer una buena obra, ya fuera por la ley de Mahoma o por la de Nuestro Señor, aunque esté mandado rogar por nuestros enemigos. Y así, al verme correr, saltar, blandir la cimitarra, dar tajos y estocadas, pelear a puñetazos si era necesario, Sinan no tuvo duda de que me hubiese convertido en un auténtico turco de profesión, y Bairan no dejó de decirme, una noche que estábamos solos, que le causaba gran placer haberme aconsejado tan bien.

Yo me acomodaba a las empresas marítimas, en las que nos batíamos como hombres, pero entraba en tristes pensamientos cuando Sinan se aliaba con otros rais, como Iza o Amiza, Agibali y Ginger, para incursiones a tierra que realizábamos sobre todo en las islas, pues el rais decía que éstas tenían menos defensas y que siempre había manera de sorprenderlas. Así, atacamos Mallorca, Menorca e Ibiza, Cerdeña, Córcega dos veces, donde los genoveses no tienen flota ni fortalezas construidas, sino algunas torres de vigía y cada vez, en cada una de estas islas, teníamos un renegado o dos que nos servían de guía, nos mostraban los caminos y senderos y las casas principales para aumentar el botín, raptar a los jóvenes pastores que guardaban las ovejas o las cabras cerca de las costas.

En Córcega, actuamos con tanta arrogancia que la tierra de Sartene nos perteneció durante tres días, hasta penetramos en el interior de ella y escalamos montañas, atacando dos o tres aldeas y llevándonos a mujeres y niños como esclavos, sin piedad ni gracia, ni consideración alguna de sus lágrimas y súplicas, y éramos tan feroces, como lobos rapaces, que no voy a decir más sobre ello. No quería imaginar que mi dueño pudiera hacer otro tanto con los buenos pueblos de Provenza y me obligara a luchar o matar a muchachos de mi edad, tomarles mujeres e hijas y saquear nuestra tierra. Un día que ya no podía más, le dije que, puesto que yo era turco, ya consentía en matar cristianos, salvo a las gentes de la tierra en que había nacido, y que si había determinado realizar alguna campaña en aquel país, que tuviera a bien dejarme en la galera, pues estaba resuelto a no guiarle ni instruirle sobre los caminos y las buenas casas. Sinan se echó a reír; después quiso ponerme a prueba, asegurando que tenía el proyecto de saquear la ciudad de Six-Fours, y que contaba conmigo para servirle de guía; así, disfrazado de cristiano, me disimularía, fingiendo que volvía entre los míos después de haber logrado escapar, de manera que las gentes del país, engañadas por

aquella treta, no desconfiarían y nosotros podríamos entrar en la ciudad con gran facilidad. Y como ya habíamos usado tal artimaña en la isla de Cerdeña con un renegado llamado Tomaso, que nos había conducido hasta Tempio, donde deseaba vengarse de un patrono que le había pegado, podía yo creer en aquello. Fue lo que ocurrió. Yo me sulfuré, preso de una cólera furiosa, y juré por Mahoma que si me obligaba a aquella traición, se arrepentiría, pues no dejaría de gritar la verdad y dar la alarma en toda la ciudad. Sinan se rió a carcajadas, hasta el punto de que por poco no se ahoga, pero después me dijo que se divertía mucho con mis enfados, mas que me daba toda la razón. E incluso, por amistad y para mostrarse agradable, no haría daño alguno a aquella ciudad durante el tiempo que yo permaneciera con él.

Durante aquellos tres años, sólo cometí excesos y maldades, con el deseo de amasar riquezas en oro y plata para encontrar el medio de conquistar a Yasmina. No voy a relatar todo aquello, pues al cabo de tantos años aún arrastro la vergüenza que ello me causa. Sabed que no existe villanía y crimen que no cometiera yo entonces: robos, brutalidades, golpes, violencias, crueldades, matanzas. Sólo guardo recuerdo de una buena acción, cuando bajamos, en Córcega, al pueblo de Lumio, que está a una legua del mar. Sus habitantes habían visto nuestra galera en el mar, desde lo alto de una torre de vigía, y habían huido hacia el maquis, abandonando sus casas. Sinan destacó a un soldado en cada casa para que se llevara cualquier objeto de valor que pudiera hallarse en ella. En la que me fue asignada, donde sólo había una habitación, fuera de la sala común, vi moverse una tela, una especie de saco, y cuando la levanté vi a un niño que podría tener unos cuatro o cinco años, y que, al verme, se estremeció de terror. Emocionado de compasión, me puse un dedo sobre los labios, volví a echar la tela sobre su cuerpo, y salí de la casa. Pensé que yo debía de resultar espantoso a la vista, con mi cara feroz, la piel oscura, casi negra, las cicatrices relucientes. Bien podían los cristianos tomarnos por diablos escapados del infierno, y más aún cuando llegábamos aullando, pues Sinan nos había enseñado que los gritos muchas veces bastaban para quitar el coraje a nuestros enemigos.

A cada regreso a la ciudad de Argel, nos repartíamos el botín, según el uso de los rais, que es pagar al bajá un octavo de todos los esclavos y mercancías que se traen, sin olvidar el oro, la plata, los objetos de lujo y todas las monedas, incluso las de cobre, y después dividir el resto a partes iguales entre el armador y el rais una mitad, y entre los soldados y marineros la otra mitad. Como Sinan era su propio armador, pues la galera era suya, se hacía más rico a cada campaña, hasta el punto de que emprendió la construcción de una mezquita cerca de su palacio, donde mantenía a un marabuto con sus limosnas. De nuestras correrías traíamos abundante moneda, pues Sinan tenía la costumbre de hacer el rescate siempre que podía, de forma que muy pronto nos deshacíamos de los cautivos, sobre todo de los hombres de edad, a quienes se consideraba incapaces de cualquier servicio como esclavos, y de los que

obteníamos buenas cantidades de dinero, los magistrados y justicias, y mujeres o muchachas de familias ricas, pero nos quedábamos con las demás mujeres y con todos los niños, excepto los hijos de buena familia, de los que se puede sacar gran provecho. Y si había algún tratado o capitulación con la nación de dichos niños, como lo hubo en ciertas épocas con el reino de Francia o el de Inglaterra o con Holanda, los circuncidábamos en el barco y los hacíamos renegar antes de llegar a Argel, para que sus cónsules o embajadores no los pudieran reclamar.

De todos estos repartos saqué yo gran beneficio. Me correspondieron algunos esclavos que mandé vender en el Batistan por medio de un tratante judío que sabía explicar sus méritos. Tomé la costumbre de dejar a este tratante el cuidado de colocar las mercancías que me correspondían: especias, drogas o azúcares, telas y cristalerías, vinos, aceites y alcoholes y gran cantidad de otras cosas, mediante una modesta comisión. Así, en poco menos de un año gané los seiscientos ducados que eran el precio de mi libertad y al cabo de tres años ya había amasado otros setecientos ducados que formaban una bonita suma y con los que pude establecerme con cierto decoro.

Durante estos tres años sólo pude ver a Yasmina cinco veces, y la primera sólo fue al cabo de ocho meses, cuando pude confiar en el tratante judío, cuya mujer iba por las casas principales para mostrar telas de seda o brocados, de manera que conocía a todas las mujeres y doncellas y que ejercía la tercería, apañaba matrimonios o mediaba en las aventuras de amor. Al ser yo turco y Yasmina mora, la primera vez sólo nos arriesgábamos a ser sancionados con una multa, en caso de ser descubiertos, y lo mismo el judío, pero no sabíamos cuál sería la reacción de Sinan, y si no se excedería en un arrebato de violencia. Hice llegar a Yasmina algunos mensajes y cartas de amor por medio de la mujer del judío, sin caer en la cuenta de que ella no sabía leer, antes de poder concertar una cita. No le resultaba difícil a Yasmina salir, pues tenía costumbre de ir los jueves por la tarde a visitar los sepulcros de los difuntos de su familia, y especialmente el de su madre, que a veces también visitaba los lunes o los viernes por la mañana. Y si una de sus parientes, pues tenía muchas primas, se casaba, durante ocho días no cesaban las fiestas y reuniones, cosa que facilitaba los encuentros en la casa del judío, que se mostraba muy discreto, lo mismo que su mujer. Me costó algunas monedas de oro, pero yo estaba embrujado de amor y me sentí ardiente de deseo cuando le quité a Yasmina su camisa de seda y después su calzón para descubrir su carne, que tenía muy blanca, y cuya posesión me deleitaba más allá de todas las palabras.

En aquella estación, Sinan me contó un día que un religioso español, que era esclavo y había sido redimido por una misión de su orden, había regresado por libre voluntad para hacerse turco a fin de casarse con una hija de su antiguo amo, y que había habido grandes fiestas y cabalgatas en Argel, pero entonces estábamos nosotros

de expedición y no pudimos saber de ello. El rais añadió que aquel religioso era muy sabio, y que leyendo el Corán para disputar de los méritos de las dos leyes, la mahometana y la cristiana, había quedado muy emocionado por la lectura de una sura que decía: «Oh creyentes, no os privéis de los placeres que Dios os ha declarado lícitos», y había visto por aquellas palabras que la ley de Mahoma era mejor y más amable para los hombres. Aquella historia no dejó de impresionarme y tuve que disimular para que Sinan no se percatara de mi emoción.

IX

Donde Mustafá se instaló por su cuenta y descubrió una isla extraordinaria

De regreso de una breve expedición, donde con gran audacia habíamos capturado a varios hombres en la costa de Agrigento, en la isla de Sicilia, cuando ya habían transcurrido dos meses después de los tres años acordados, hice saber a Sinan que deseaba pagarle los seiscientos ducados que habíamos convenido para quedar libre de mis actos y que, si lo deseaba, partiría con él en otras ocasiones, pero que de momento quería embarcarme con Morat Rais, de quien se decía que preparaba una expedición lejana, más allá del estrecho, en el océano, donde los corsarios de Salé le darían la mano. Yo no había estado jamás en el Mar Tenebroso, y tenía gran curiosidad por hacerlo, además de que en él se podían hacer capturas muy ricas de naves portuguesas que regresaban de las Indias Orientales, cargadas de especias y drogas, o de las Indias Occidentales con azúcares y maderas de tinte, llamadas brasil, y de galeones españoles que llegaban de Nueva España y del Perú con oro y sobre todo plata, en cantidades nunca vistas.

Me parece que Sinan se disgustó un poco, pero no quiso mostrarlo. Me respondió que había cumplido bien mi palabra y que juntos habíamos combatido duramente, por la gloria de Mahoma y nuestro común provecho, que él a su vez mantendría su palabra, tal como hacía siempre, y que fuera preparando la suma, pues iba a encargarse a su contable que estableciera la cuenta y el recibo. Añadió que siempre estaría dispuesto a tomarme en su galera, que él prefería limitarse al Mediterráneo, donde bastaban dos velas y del que tenía gran experiencia, mientras que en el Océano se necesitaba la ciencia de los buques redondos y usar numerosas velas, sin que los remos sirvieran de gran ayuda. También me avisaba de que las naves portuguesas iban fuertemente armadas de cañones y que los galeones españoles navegaban en convoyes. Delante de la flota iban carabelas de aviso, que vigilaban el mar, de modo que los corsarios nada podían hacer contra ella, si no cuando algún galeón u otra nave se demoraba por alguna avería o quedaba separada de las demás por una tempestad. Ciertamente Morat Rais sabía todo aquello, pero convenía que yo lo supiera también.

Era el tal Morat un renegado albanés, rais famoso y valiente luchador, que gozaba de gran reputación y era temido entre los cristianos, pues no conocía la piedad, era feroz en extremo, cometía toda suerte de crueldades y no vacilaba en matar en los bancos, con su propia mano, a los remeros de quienes estaba descontento. Maltrataba sobremanera a los ciento veinticinco cristianos que remaban para él, encadenados en su galera capitana. A su lado comprendí toda la franqueza y la nobleza de Sinan, aunque fuera un hombre duro y apreciara el dinero más allá de lo razonable, pues en Berbería, como en todas partes, la gente ama el dinero y los turcos lo ansían más que

los demás.

Sólo hice dos expediciones con Morat, pero la primera fue de aquellas que no se pueden olvidar. Las cuatro galeras de Morat y sus socios tenían dos mástiles, uno a proa que sostenía la vela de mesana y otro a popa donde se izaba el gran trinquete en caso de buena brisa, tal como la tuvimos pasado el estrecho. Y también teníamos una vela cuadrada, por si había que huir. Vi que los bogavantes de este buque debían de saber más que yo, pues eran ellos los que guiaban la maniobra cuando se pasaba del remo a la vela, liberando la vela cargada en el árbol de trinquete. Con este buen viento pronto llegamos a Salé, que es una ciudad bien amurallada en la orilla de un río cuyo nombre no recuerdo.

En Salé había pocos italianos y griegos y los hombres de las islas, como baleares y corsos, también eran escasos, pero había muchos andaluces, españoles de Castilla y portugueses, y más renegados que esclavos, y oí hablar francés, pues había gentes de Saint-Malo y de Dieppe, y aún más hombres rubios o pelirrojos, de Flandes o de Inglaterra, que se habían hecho turcos para perseguir a los españoles y causarles mil desgracias. Ellos mandaban en la ciudad, junto con los andaluces y mucho más que los moros. Morat se había concertado con ellos, y proporcionaron a nuestra flota cuatro pataches y en los ocho navíos iban en total quinientos soldados, lo que formaba un ejército muy numeroso para una isla que tiene catorce leguas de largo por cinco o seis de ancho, y que no alcanza los tres mil habitantes, como era aquella isla, llamada Lanzarote, que está a doscientas millas de Salé o algo más, en dirección al Mediodía. Corría el año mil quinientos ochenta y seis, y después del horrible pillaje que hicimos, los españoles, cuyo rey es soberano de dicha isla, levantaron una fortaleza, el castillo de San Gabriel, para defenderla mejor. Pero entonces no tenían refugio alguno, excepto una gruta profunda y secreta, de la que me dispongo a hablar.

No sabría explicar cómo es esta isla, pues no se parece a ninguna otra. Es pequeña, la mitad de Mallorca, y no es muy alta, no tiene ninguna montaña alta como Córcega, que está cubierta de ellas, o Mallorca, que tiene como una muralla sobre el mar por la parte del septentrión. Lanzarote está erizada de una multitud de pequeños volcanes, algunos en erupción, que forman como anfiteatros de acantilados rojos invadidos por el mar, y al explotar redujeron las cenizas a polvo de arena que forma playas con los colores del fuego, o bien negras, y otras blancas. Hay colinas donde el suelo está tan caliente que uno no puede poner el pie en ellas, mucha gente afirma que los diablos moran allí cerca y que en esta isla se puede encontrar la imagen del infierno, y hay una pequeña montaña que ellos llaman la Montaña de Fuego, donde hicimos cocer los huevos que habíamos encontrado en un pueblo en el tiempo de un padrenuestro, o de un *Vizmila* según las oraciones de los moros, y al mismo tiempo hacíamos hervir agua. En otras partes de la isla, en pozos de ceniza, crecen las higueras y las cepas de viña y pude beber un buen vino, pues debéis saber que el

Corán considera la borrachera un gran pecado pero no prohíbe terminantemente beber vino. Y para no omitir nada de lo extraño de aquella isla, os diré que en tiempos antiguos, antes de que los españoles la conquistaran, cualquier mujer podía tener hasta tres maridos que se sucedían en su cama, de una luna a otra.

La isla nos perteneció durante tres jornadas enteras, y corrimos de un mar a otro, saqueando todo lo que encontrábamos en las casas y dando caza a hombres y mujeres, sin olvidar a los niños. En la galera capitana de Morat había un morisco llamado Pedro de Lugo, nativo de esta isla, de quien se decía que había hecho un trato con los turcos y yo mismo le vi salir cada mañana, vestido a la morisca igual que su hijo, con los soldados a los que servía de guía para capturar cristianos. Y los dos primeros días vi que traía a su mujer, que estaba con él, toda clase de regalos que había robado en las casas. El tercer día yo formé parte de la tropa de Morat, y trajimos a la marquesa, señora de aquella isla, y ello fue gracias a Pedro de Lugo.

Morat había estado buscando a la marquesa desde el primer día, porque esperaba obtener un rico rescate, pero el rais ya había perdido las esperanzas de hallarla y yo también veía que estaba furioso porque no hacíamos más esclavos. Pero Pedro de Lugo le informó de que había, por el lado de Levante, tirando hacia el septentrión, una gruta muy bella y muy grande, de media legua de largo, que casi llegaba hasta el mar, con infinidad de salas y galerías, que la entrada estaba disimulada por matorrales y hierbas, y que era muy posible que la marquesa y los habitantes, instruidos de la llegada de los turcos, se hubieran refugiado en la gruta para esconderse, pues había en ella fuentes para beber, y se ofreció para guiar al rais y sus soldados.

La idea de Pedro de Lugo resultó ser buena. Y cuando entramos en la gruta quedamos maravillados, pues la naturaleza, por la gracia de Dios Todopoderoso, construye palacios más admirables que los de los hombres. La roca y los cristales están tallados como por mano de un escultor o un imaginero, con reflejos de todos los colores, aunque el color verde sea el más abundante, porque hay charcas con aguas cristalinas e incluso lagos de una transparencia que no se parece a ninguna otra, donde se reflejan las figuras de piedra que habitan la cueva. En la entrada no había nadie, pero vimos huellas sobre el suelo húmedo, en gran cantidad, y bajaban hacia las galerías más oscuras, de modo que nos bastó con seguir la pista. Encontramos a la marquesa rodeada de sus gentes en una vasta sala totalmente amueblada, con camas, cofres y cojines, y aunque había varias decenas de hombres con la marquesa, no pudieron defenderla durante mucho tiempo y lo hicieron tan sólo por el honor. En verdad, yo tengo el convencimiento de que gran número de gentes, hombres y mujeres, seguía escondido en aquella gruta, y nosotros no pudimos hallarlos, pues había aún otras galerías y salas que nosotros no visitamos, pozos oscuros y mil cavidades estrechas e invisibles, donde podían disimularse dos o tres personas. Pero el rais había capturado a la persona que más buscaba entre todas, y decía con una

sonrisa maligna que convenía dejar en aquella isla a hombres y mujeres para que pudieran tener hijos y producir nuevas riquezas, a fin de que nosotros pudiéramos regresar al cabo de dos o tres lustros y saquearlo todo con provecho.

El botín era considerable: trescientos cautivos, grandes y pequeños, hombres y mujeres, y no digo nada de las alhajas, armas, quincallería, telas, sederías, tapices y alfombras, y provisiones, que transportamos a las galeras y los pataches como fruto de nuestros saqueos. Como no había peligro alguno de ninguna flota durante algunos días, Morat mandó traer las galeras ante el puerto de Arrecife, que está a tres leguas de la capital, Tinajo, que habíamos saqueado a gusto, y mandó izar el pabellón del rescate para que se supiera que accedía a que los cautivos pudieran ser comprados por sus familiares mediante el pago del precio, que se podía discutir, y según el uso del rescate no hay jamás traición, si no esta forma de negocio se perdería sin remedio. Hubo muchas discusiones y discursos, gente que iba y venía, entre los barcos y la tierra, mientras que nosotros aprovechábamos la ocasión para celebrar fiestas y banquetes, y hubo muchos soldados y marineros que se emborracharon hasta quedar como muertos. Aquel comercio duró dos días y una mañana más, hasta que por fin hubo un centenar de hombres y mujeres que quedaron libres y regresaron a su isla, y nosotros sólo nos quedamos a unos doscientos como esclavos. Habíamos ganado así mucho oro y plata. Pero lo que más me extrañó fue que varios cristianos, yo diría que hasta diez, decidieron hacerse turcos por voluntad propia y partir con nosotros. Creo que habían visto la fuerza de nuestra flota y habían pensado que unos hombres tan favorecidos por la fortuna como nosotros también debían de tener la mejor ley.

El regreso pudo confirmarles en esta creencia, pues el mar estaba libre, y más tarde supimos que era porque los españoles habían concebido el proyecto de conquistar Inglaterra, y reunían todos sus barcos para repararlos y calafatearlos, de modo que nadie nos molestó. Permanecimos dos o tres días en Salé, donde vendimos una parte del botín, parte del cual recibimos y muchos soldados se gastaron sus ganancias en vino y putas, y yo debo confesar que tuve comercio con una cortesana, cosa que hizo que los méritos de Yasmina aumentaran para mí. Después tomamos la ruta de Gibraltar sin tener malos encuentros, lo cual es frecuente en la vecindad del Estrecho, tanto para los mahometanos como para los cristianos, pues el paraje es muy peligroso, y tuvimos buen viento hasta Argel, sin hacer escala en Larache ni en Tetuán, por miedo a que la escuadra de España, instruida de nuestro ataque, nos persiguiera, pues todavía no sabíamos lo de la invasión de Inglaterra.

En Argel, Morat y sus socios nos invitaron a fiestas en sus casas para celebrar el éxito de la empresa, y comimos abundante cordero, excelente cuscús, arroz, higos, uvas y dátiles, *borsa* e incluso vino. Y yo, corrompido por el ansia de riquezas, me enrolé con Morat para ir con él a la costa de España. El rais prometía un botín aún más rico que el de las Islas Afortunadas, porque en el reino de Valencia, adonde

quería llevarnos, había intercambiado mensajes con unos moriscos en los que confiaba, a quienes los cristianos hacían mil violencias, maldades y persecuciones, y ellos querían vengarse de estos atropellos, y aquellos moriscos nos conducirían hasta las buenas ciudades de cristianos, donde encontraríamos tesoros, y en la costa cogeríamos muchos esclavos y todos nos haríamos ricos.

Según decía Morat, aquella expedición sería en otoño, el tiempo en que los labradores recogen los frutos de la tierra de Valencia y no vigilan el mar con tanta prudencia. Mientras tanto, como Sinan estaba de viaje cuando regresamos de Salé y de Lanzarote, yo tuve más facilidades para ver a Yasmina, aunque era preferible conservar el secreto, pues no habrían faltado los chismosos para hacer saber a Sinan que yo hacía buena compañía a una de sus esposas. Fue en uno de aquellos encuentros cuando empezamos a meditar sobre los medios de encaminar nuestro asunto hacia la feliz solución que esperábamos alcanzar, y Yasmina me descubrió que la ley de Mahoma permite descasarse según las ocasiones, aspecto que yo ignoraba, y que también las mujeres, a su manera, pueden repudiar a sus maridos, cosa que jamás habría creído, y más adelante diré cómo usamos de estas disposiciones.

Partí con Morat en el tiempo convenido. Nos acercábamos a las costas a la caída de la noche, con gran cautela y prudencia, hasta ver ciertas señales de linterna cuyo uso estaba regulado entre el rais y sus espías, después desembarcábamos casi siempre al apuntar el alba en alguna playa desierta donde nos esperaban dos o tres moriscos, amigos de Morat. Ellos nos conducían por caminos ocultos hasta la entrada de algún pueblo todavía dormido, después se iban por su lado para no ser reconocidos y ocultar su traición, y allí, con una especie de dibujo o mapa que habían entregado a Morat, entrábamos primero en las mejores casas donde los cristianos estaban en la cama, medio dormidos aún, y los llevábamos presos, con sus ropajes y joyas, y antes de que se diera la alarma ya estábamos a bordo de la galera y ganábamos la alta mar. En otras ocasiones, permanecíamos disimulados en matorrales o fosas hasta el calor del día, cuando el pueblo estaba ocupado en las labores del campo, y raptábamos a los muchachos que recolectaban limones o naranjas, o que recogían aceitunas, a las mujeres que picaban almendras para hacer pasta, e incluso una vez, en una taberna del campo, capturamos a una mujer y sus cuatro hijas que eran muy hermosas y de quienes podíamos esperar gran provecho en el mercado del Batistan. Y de esta suerte conseguimos abundante botín en Polop, en Bibliona, en Denia, en Javea, en Oliva y hasta en Cullera, pues Morat tenía hombres suyos en todas estas ciudades y pueblos, y ello sin daño para nosotros, más que tres jenízaros que mataron los cristianos. Sólo en Polop hicimos el rescate, porque era el primer ataque y habría sido muy peligroso hacerlo en otras ciudades, donde las galeras cristianas podían acudir.

Aquella expedición me procuró grandes beneficios, pero no quise volver más con Morat, pues cometía tan grandes crueldades y tropelías con los pobres cristianos, que

me causaba vergüenza. Durante los dos años siguientes, me enrolé con otros rais, según la expedición que prepararan. Una vez fui con Sinan a la costa de Mallorca, donde después de un desembarco en Alcudia nos costó trabajo escapar; hice otras expediciones con Arnaut, con Maltrapillo, con Mami Calabrés y con Assan, un renegado griego. Pasé el Estrecho otras dos veces, bajamos a dos pueblos portugueses sin hacer grandes capturas, pues eran gentes pobres y sin bienes, pero aprendí a ocultarme cerca del cabo San Vicente para vigilar las naves que vienen de las Indias. Tomé tierra cerca de Calabria, en el golfo de Tarento, en la isla de Estrómboli y en la de Elba. No tuve tanta fortuna como antes, fui herido y maltratado varias veces, y recibí una buena estocada de un soldado español que tardó dos meses en curar y estuve en peligro de quedar no inútil pero sí cojo. Y así tuve ocasión de meditar sobre mis trabajos y combates y tomar una nueva decisión.

X

Donde Mustafá compró un barco y se hizo rais

Estaba yo en el año trigésimo de mi edad. Hacía cerca de catorce años que había sido capturado por los corsarios de Argel y cerca de ocho años que me había hecho turco, por el amor y la pasión de una mujer que no vivía en mi casa y a la que sólo veía en secreto y no tantas veces como yo habría deseado. Es verdad que ya era casi rico, pues había acumulado un tesoro de casi diez mil reales de a ocho, monedas españolas muy apreciadas en Argel, mucho más que las monedas de plata acuñadas aquí y llamadas aspros, hasta el punto de que dichas monedas son buscadas hasta el Gran Cairo y Constantinopla, e incluso en China, y yo había confiado mi dinero al tratante judío del que ya hablé, que era hombre de confianza y me daba un interés por él. Había comprado la libertad, y todo aquello era bueno y agradable, pero me había convertido en apóstata, a riesgo de perder mi alma y consumirme eternamente en las llamas del infierno. Y es cosa cierta que me iba convirtiendo en turco no sólo de boca sino de corazón. Las primeras veces que fui a la mezquita no fue sino por curiosidad, y no comprendía nada en los gestos de los creyentes ni en las plegarias de los *alfaquis* o los imanes, pues así son llamados sus sacerdotes. Sin duda es sacrilegio, pero en la mezquita, mientras ellos iban recitando sus plegarias, yo recitaba para mí mismo el padrenuestro, el avemaría y el credo, tal como me los habían enseñado mi madre y el párroco de Six-Fours, pero se me había olvidado la salve.

Pasaron los meses y los años, y al hacer por necesidad las abluciones como los demás turcos, había comprendido su sentido. Sabréis que dichas abluciones son como nuestra confesión y nuestra penitencia, pues purifican de todos los pecados y de toda mancilla, y los musulmanes deben hacerlas cuando han conocido mujer carnalmente, aunque sea su esposa.

Estas abluciones son completas, y por ello no hay ninguna mezquita sin una fuente de donde manan varios caños, y nadie entra en la mezquita sin haberse lavado completamente: tres veces las manos y los brazos hasta los codos; tres veces los pies y las piernas hasta las rodillas; y también la cabeza, con las manos mojadas de agua, el rostro y la boca, además de las partes vergonzosas si hubo polución, aunque fuere en sueños. También se limpian la nariz y las orejas con los dedos, que también sirven para lavarse la nuca y el cuello. Y como dichas abluciones se realizan varias veces al día, hay mucha más limpieza entre los turcos que entre los cristianos, y cuando regresé a mi patria después de tantos años, me lavaba tan a menudo que la gente de aquí se asombraba sobremanera, pero yo no pude dejar de hacerlo, pues era cosa que me complacía mucho.

Igualmente, tenía la costumbre de recitar con ellos las cinco plegarias del día,

aunque muchas veces faltase a la primera, que es muy temprano, o por decir mejor, de madrugada, cuando yo estaba solo en mi casa; pero esta plegaria no se puede ignorar, pues el muecín da tantas voces que despierta a toda alma viviente. Tal como he dicho, empecé recitando las plegarias cristianas, pero más tarde me sorprendí a mí mismo diciendo el *Vizmila* y el *Andulila* o jurando por Mahoma, cosa que también era efecto de mi prudencia y disimulo. Así, decía *Allah akbar*, que significa «Looor a Dios que es grande», o *Goala*, que vale como «Por Dios». Cuando estábamos en la galera de Sinan, que era muy piadoso, si había apariencia de peligro y estábamos en ocasión de morir o ser capturados, recitábamos en común la cuarta sura del Corán, de manera que vine a sabérmela de memoria.

Las cinco plegarias van con la *salat*, que es una especie de prosternación tan profunda que se toca el suelo con la cabeza. Hay que descalzarse, pues es obligación quitarse los zapatos para entrar en una mezquita, al contrario de lo que ocurre en nuestras iglesias, y después de cruzar las manos sobre el pecho, extender los brazos y poner las manos sobre las rodillas, después doblar el cuerpo hasta la tierra, en signo de humillación ante Dios, pero yo no supe jamás por qué no se hacía el mismo número de prosternaciones en todas las mezquitas y para todos los rezos. No eran nunca menos de tres, pero podían ser cuatro o cinco. Puede creerse, y yo lo oí de boca de un religioso, maestro en teología muy sabio, que estuvo cautivo en el penal del Rey, que las oraciones diarias, las genuflexiones y prosternaciones, y todo eso que parecen ser prácticas de apariencia y repetición, tienen algún efecto sobre la creencia, si mi historia puede servir como ejemplo.

Insensiblemente, y sin que yo tuviera sensación de ello, me uní a la ley de Mahoma. Como iba a la mezquita, deseaba conocer qué creían los mahometanos y el sentido de las palabras que decían. Me parecía que aquella secta no era tan malvada como aseguraban los cristianos, pero no comprendía por qué los mahometanos eran tan enemigos de los cristianos, siendo así que afirmaban considerar a Jesús un gran profeta, aunque estaban convencidos de que no fue crucificado, y eran grandes devotos de María. Debo confesar que el misterio de la Santísima Trinidad es difícil de comprender para los pobres humanos, y por eso es un misterio, y me parecía que los mahometanos tenían razón al proclamar que Dios, al ser infinitamente grande, es único, pero no sabía por qué eran tan enemigos de las imágenes, como lo son entre nosotros los hugonotes, y aquello me entristecía. Yo vacilaba, sin saber qué ley era la mejor, seguro un día de que era la de mis abuelos, de mi padre y de mi madre, y al día siguiente casi convencido de que era la de los turcos y los moros, y estaba desesperado de no poder elegir con firme voluntad el verdadero camino de la salvación.

Había, sin embargo, una cosa de la que estaba seguro. Estaba harto de estar a las órdenes de un rais que podía disponer de mí según su conveniencia, como de los

demás soldados, para abordar una nave o bajar a tierras cristianas o lo que fuere. Y a medida que me iba haciendo más buen mahometano, más me repugnaba reducir a la esclavitud a personas de toda edad y condición cuyo principal pecado había sido nacer cerca del mar y en la religión cristiana, como yo mismo. Porque yo no veía que el Corán hiciese una obligación del *djihad* y, al contrario, veía que en Argel y otros lugares de Turquía se podía ser cristiano o judío sin molestia. Para actuar a mi modo, y como ya había conseguido amasar una buena fortuna, resolví comprar y armar yo mismo una nave para llevar a cabo mis empresas tal como yo las entendiera, cosa de la que me consideraba capaz, pues tenía experiencia del mar y conocimiento de la figura de las costas y las islas. No era lo bastante rico para comprar una galera de veinte o veintidós bancos, o habría tenido que tomar socios, cosa que yo no quería en modo alguno, a fin de conservar mi completa libertad. Después de mucho buscar, encontré un bergantín de doce bancos que visité con detenimiento para ver si estaba sano y bien calafateado, y vi que así era. Lo compré por cuarenta y ocho mil reales de plata, es decir, seis mil piezas de a ocho, que se llaman piastras en el reino de Francia.

Era un precio elevado, pues pueden hallarse embarcaciones de esta clase a tres mil quinientas o cuatro mil piastras, pero el navío era bueno y estaba armado tal como deseaba yo, con dos cañones de tiro largo. Aquel bergantín era exactamente lo que yo deseaba, pues era un navío bien cubierto, con un mástil y una vela latina, que puede volar sobre el agua y maniobrar en los canales estrechos, entre las islas o más cerca de la costa. Después de haber deliberado largamente conmigo mismo, decidí enrolar tan sólo a hombres libres, que aquí llaman *bagarines* o *buenaboya*. Irían a porcentaje y los escogería con gran cuidado, de modo que no tendría chusma ni necesidad de poner cadenas a los remeros ni tenerlos vigilados. Yo mismo podría ser piloto y escribano. Y como sólo necesitaba veinticuatro remeros, algunos de ellos podrían transformarse ocasionalmente en soldados. Y para mi aventura, me bastaría una docena de soldados de más, que tomaría entre los levantes.

Una vez tomadas estas determinaciones, amarré mi bergantín en el muelle del puerto y clavé en el puente una bandera por señal, como es costumbre en este tipo de negocios, a fin de que todos los que quisieran embarcar vinieran a concertarse conmigo. Durante dos semanas examiné a los marineros, soldados y levantes que se presentaron. No me faltaron, pues yo gozaba de alguna fama entre los corsarios, marineros y soldados de la ciudad, pero no todos se ajustaban a mis deseos. Con aquel bergantín yo no podía abordar ni una flota ni una galera de dieciocho bancos o más, ni una nave grande, y pretendía realizar sobre todo acciones rápidas en tierra, de unas pocas horas y no más, para coger el botín en monedas, vajillas de plata o ganado, tomar por sorpresa las barcas que van de una isla a otra, como entre Córcega y Cerdeña o Mallorca e Ibiza, a fin de quitarles su cargamento, cuyo valor puede ser bueno si es aceite, vino, azúcar, sedas y, en la temporada de pesca, cruzando cerca de

las almadrabas que abundan en las playas de Sicilia y en las tierras del duque de Medina Sidonia, cerca de la ciudad de Sanlúcar, se podían obtener varias docenas de atunes y bonitos, que se venden a muy buen precio en Túnez, Bizerta o Argel.

Ofrecí partes de botín más abundantes de lo que es costumbre a soldados y marineros, cosa que podía hacer sin estorbo, pues yo era a la vez armador, rais, piloto y escribano. Así les hice saber que me conformaría con la mitad del provecho, después de haber pagado al bajá el octavo según las ordenanzas del rais de Argel, cosa que dejaba a la tripulación el cuarenta y cuatro por ciento o casi, de lo cual se harían cincuenta partes, a fin de destinar tres o cuatro a mi lugarteniente, al cañonero y los que hubieren realizado alguna hazaña, cuya elección se haría en común. Y fijé las raciones, que aventajaban grandemente a las habituales, pues yo deseaba que mis remeros, en ciertos casos, pudieran acrecentar su velocidad más allá de toda esperanza.

De esta suerte recluté a treinta y ocho hombres, es decir, veinticuatro remeros, que eran moros libres o griegos renegados e incluso dos turcos, y doce levantes, turcos de nación o de profesión, un renegado mallorquín que conocía de mucho tiempo y que tomé como lugarteniente, y un cañonero muy hábil, renegado veneciano, a quien prometí cinco partes, como al lugarteniente, pues tenía un gran papel en mi proyecto principal, tal como se verá.

Tenía la idea de realizar golpes de mano que supiera por adelantado, gracias a informadores seguros, que tenían posibilidades de salir bien. Hay tantos esclavos y renegados de todas las naciones en Argel que es fácil, frecuentando las tabernas, que suelen estar regentadas por estos renegados españoles o italianos, enterarse de gran cantidad de cosas sobre todas las tierras y las provincias del Mediterráneo. Basta hacer un brindis a unos y a otros, y ellos van hablando a medida que beben, sin que haya necesidad de hacer pregunta alguna. Me percaté de que casi todos los hombres, y sobre todo los esclavos, en cuanto se ven alejados de su patria, son aficionados a hablar de ella. No podríais creer las cosas que supe así, a cambio de unas pocas monedas de cobre que recuperé más de mil veces: el tiempo de la recolección de la caña de azúcar en Motril y Salobreña, en la costa andaluza; el de la cosecha de almendras en Mallorca y el de la vendimia en Marsala, en Sicilia; el de la recolección de la aceituna en el principado de Cataluña y el de la cosecha de sal en las marismas de Ibiza o de Trapani; y los corsarios deben de saber todo esto, puesto que los pueblos se quedan desiertos cuando todo el mundo, grandes y pequeños, están recolectando los frutos de la tierra. Supe también así muchas otras cosas, una de ellas tan curiosa y excitante que pensé obtener la fortuna de ella.

Aconsejé a mi gente que cogiera preferentemente cosas, siempre que pudieran negociarse en Argel u otros lugares de Turquía, y dejaran en paz a las gentes. Había observado durante mis correrías con Sinan y otros rais de consideración que los

hombres abandonan sus bienes cuando pueden salvarse y, tal como ya he dicho, no deseaba reducir a la esclavitud a unos pobres cristianos, por mucho que no pudiera evitar que mis soldados y marineros pensarán en su beneficio. De manera que a veces trajimos esclavos, pastores aislados o pescadores capturados con sus pequeñas barcas, pero no fue mucha gente y lo más del botín fueron materias de todo género, tal como yo me había propuesto, que tomamos sobre todo en la costa de España y en sus islas.

Después de tantos años, todavía siento vergüenza al recordar dos de los pillajes que realizamos, de los que obtuvimos gran beneficio, con desprecio de nuestra santa religión, y que yo soporto el peso principal de este pecado, porque yo había descubierto el secreto de aquellas correrías al quedarme escuchando a los borrachos en las tabernas, sin ningún esfuerzo más. Una noche, había emborrachado a un andaluz con una botella de vino, un esclavo muy devoto de Nuestra Señora del Rocío, que tiene una pequeña ermita, distante dos leguas de la mar, más allá del Estrecho, porque la Virgen, como una paloma, se había aparecido a un pastor la mañana del domingo de Pentecostés. Y cada año, este mismo domingo, desde todos los pueblos de alrededor iban en procesión hasta la ermita, de manera que no quedaba alma viviente en aquellos pueblos, más que tres o cuatro viejos inútiles y los niños de pecho con sus madres. Concebí el proyecto de desembarcar con gran secreto al alba de aquel día, después caer sobre los pueblos vacíos y coger todos los objetos de valor y provisiones de boca para cargarlos en el bergantín, y tuvimos ocasión de visitar cuatro pueblos sin que tuviéramos que disparar un solo arcabuzazo.

Tuvimos otra oportunidad de este género en un lugar de Portugal y he conservado el recuerdo de su nombre, Sao Teutonio, que está en una provincia llamada Alentejo, y el pueblo está a una legua y media del mar, pero también hay varias casas y caseríos cerca de la playa, que los renegados portugueses llaman quintas. Como las gentes de este país son muy religiosas y nunca dejan de asistir a la misa de la parroquia los domingos, abandonan sus caseríos y casas para reunirse en la iglesia. No obstante yo sabía que se protegen de los peligros del mar y de los corsarios. Para ello habían levantado una torre de madera sobre un montículo de arena y siempre hay un hombre de vigía para vigilar el mar. A fin de sorprenderlos, nos habíamos acercado a la playa antes de la salida del sol, amarramos el bergantín detrás de un arrecife y arriamos la vela para que resultara invisible, y esperamos la hora en que los aldeanos se van a misa. Cuando el vigilante nos vio, ya habíamos saqueado tres quintas, porque tenía la mirada fija en el mar. Y aquella vez no pude impedir que mis hombres raptaran a tres pastores al mismo tiempo que sus animales. Y aunque ya he recibido la absolución de mis pecados, me parece que allí cometí grandes crímenes, pues me aproveché de la piedad de los hombres y del santo sacrificio de la misa para mis rapiñas y bandidajes.

Aquellas correrías me habrían permitido vivir, pero no enriquecerme ni satisfacer a mis gentes. Mientras, les decía que tuvieran paciencia, pues meditaba en secreto un

proyecto tan admirable que, si la fortuna nos acompañaba, podrían en adelante dejar de exponer sus vidas a los trabajos y peligros del mar, si querían actuar como hombres prudentes.

Debéis saber que en aquel tiempo, en el que el reino de Francia pertenecía al rey Enrique, el cuarto de su nombre, que había sido hugonote pero se había convertido felizmente a nuestra santa religión, venían de las Indias Occidentales grandes cantidades de oro y sobre todo de plata, más de lo que había venido jamás, y la mayor parte procedía del Perú, donde los españoles habían descubierto una montaña entera de plata, que llamaban Potosí, y por una nueva industria, una gran hilera de molinos y el uso del mercurio, sirviéndose del trabajo y el sudor de una multitud de pobres indios, mandaban cada año a través del Océano no sé cuantos miles de quintales de plata. Y para asegurar la navegación, organizan unos convoyes de galeones fuertemente armados de cañones, de modo que es casi imposible atacarlos. Esta plata llega a Sevilla y la quinta parte es para el rey, mientras que el resto es propiedad de los mercaderes y otros particulares. Pero el rey de España tiene prohibido bajo grandes penas hacer salir esta plata del reino, pues se asegura que la riqueza de las naciones está en proporción a las cantidades de oro y plata que circulan en el país.

Pero son tales la codicia y la malignidad de los hombres, que no hay poder que no sea burlado ni ley que no se infrinja. Había entonces en las Españas tanta abundancia de plata con respecto a la de oro que el valor de la plata había bajado en dichos reinos por debajo del de los demás, y cuando en el reino de Francia se necesitaban once o doce partes de plata para una de oro, se contaban trece o catorce en España. Por eso no faltaban los traficantes y negociantes furiosamente ansiosos de ganancias, dispuestos a correr la aventura de sacar barras de plata disimuladas, a fin de ganar la diferencia entre el precio que pagaban en las Españas y el que tenían la seguridad de cobrar de los ingleses o los holandeses. Sabiendo que el único remedio posible contra la vigilancia de los guardacostas era una infinita cautela, estos mercaderes embarcaban el precioso metal en alguna playa desierta, donde se la hacían traer de noche desde Sevilla; lo cargaban en una gran barca o en un patache pequeño que cruzaba el mar, esperando la llegada de las naves inglesas u holandesas para entregárselo en secreto, y se comunicaban por medio de un código de linternas antes de abordarse.

Concebí el proyecto de hacer fortuna con este tráfico. No me disgustaba la idea de castigar a unos mercaderes contrabandistas tan desleales para con su rey, ni tampoco privar a los castellanos, que hacen la guerra a Francia, de un poco de plata; poco según la opinión de un rey, pero mucho según la nuestra. No resulta difícil desde Argel mandar mensajes a gentes de confianza en España, adonde se dirigen cada día capitanes de navío, marineros y otros comerciantes, de manera que pagando un buen precio a dos moriscos conocidos míos que solían hacer de espías para mí, pude

obtener informaciones muy secretas sobre el lugar de la playa y el día elegido para la próxima expedición de plata, aunque resultaba imposible saber el código. Aquello era muy fastidioso, pues era del todo necesario actuar antes de que llegara la nave de los herejes. De todos modos, preferí no aplazar más la empresa, seguro como estaba de que no había manera de conocer el código sin levantar las sospechas de los mercaderes. Expliqué el caso a mi gente y les di a entender que el éxito que les haría ricos estaba en sus manos, pero que era necesaria una ejecución perfecta de las disposiciones que yo había tomado, así como la mayor prontitud.

El día antes estuvimos en Ksar-es-Seghir, que está en el reino de Fez, donde los moros nos reservaron excelente acogida, pues habíamos previsto regalarles dátiles y *raki*, de los que ellos carecen. Dos horas antes de la puesta del sol nos hicimos a la mar, y en la oscuridad, remando, ganamos la proximidad de la costa española, en dirección a Zahara, que pertenece al ducado de Medina Sidonia, donde los agentes del rey no tienen jurisdicción, sin abordar, dejando arrastrar el ancla por el fondo con muchas precauciones, hasta acercarnos a un cuarto de legua de la playa donde estaba oculta la barca de los contrabandistas. Pasada la medianoche, nos alejamos un poco de la costa para colocarnos en la ruta que debía seguir la nave holandesa y, con todas las linternas apagadas, rodeamos el cabo para poder alcanzar la barca en cuanto estuviera en alta mar. Y volviendo a remo, en silencio, hasta el punto de que el rumor de las olas cubría el nuestro, fuimos los primeros en verles, pues su barca era más alta que nuestro bergantín y estábamos al acecho. Inmediatamente ordené la maniobra que había concebido y que consistía en levantar rápidamente una linterna y después dejarla caer balanceándola, como si se hubiera escapado de las manos de un marinero, de modo que no pudieran pensar en un error en el código. Cayeron en la trampa, hicieron señales y la barca se acercó. Ordené al cañonero que disparara inmediatamente pero alto, de forma que dañara la borda e hiriera a los hombres, evitando sobre todo hundir la barca, pues entonces las barras de plata habrían caído al fondo del mar, lo que habría sido una pérdida sin remedio. El cañonero ejecutó la orden a las mil maravillas.

Yo pensaba que se querrían defender, y en efecto efectuaron algunos disparos en nuestra dirección, pero pronto advertí que no tenían más que un pedrero y algunos mosquetes, con lo que tenían poco alcance. Impedí a los marineros que se acercaran más y ordené al cañonero que siguiera disparando desde lejos, lo cual hizo con más habilidad de la que cabía esperar, y después de una media hora de combate y con tres aventureros muertos y algunos heridos, los contrabandistas se entregaron a nuestra merced. Sin dilación, nos apoderamos de las barras de plata y de los demás españoles, los subimos al bergantín y abandonamos la barca y sus muertos a merced de las olas. Enseguida emprendí regreso a Argel, adonde llegamos sin tropiezos y sin haber en nosotros de contento.

XI

Las noches de Yasmina

El botín superaba mis más locas esperanzas.

Al subir al bergantín la carga de los contrabandistas, ya había notado que era muy pesada y que habíamos obtenido un auténtico tesoro, pero teníamos tanta prisa, un miedo tan fuerte de que apareciera el barco de los herejes o cualquier otro navío cristiano, que no hice el recuento de las cajas. Una vez abiertas éstas, ya en Argel, encontramos que contenían diez mil barras o lingotes de plata, cada uno de un peso de cuatro marcos, lo que sumaba cuarenta mil marcos de plata. Y como en España de un marco hacen ocho piastras y media, nuestro botín habría valido trescientas treinta y cinco mil piastras, de las que había que restar las comisiones que se llevarían los intermediarios, lo que resultaba entre un doce y un quince por ciento menos. Una vez deducida la parte del bajá, todavía nos quedaban doscientas noventa y tres mil piastras, de las cuales a mí me correspondían más de ciento cuarenta y seis mil piastras, que reduzco a ciento veinte mil por las razones que ya he explicado. Me había convertido en uno de los hombres más ricos de Argel, aunque había otros muchos que me aventajaban.

Apenas se hubo extendido la noticia, esta súbita fortuna me procuró una admirable abundancia de amigos que hacían para mí grandiosos proyectos. Los unos soñaban con que, aliados con el Gran Señor de Constantinopla y con el apoyo de los andaluces de España, podríamos armar una gran expedición y desembarcar en Castilla para conquistar allí algunas ciudades y, con la ayuda de Alá, recuperar Granada. Los otros, más mesurados, pensaban que iba a armar una galera de veintidós o veinticuatro bancos y me proponían los servicios de sus esclavos para el remo y de los jenízaros, contando con la aprobación del agá. Otros todavía me prometían nuevas ganancias si invertía capitales en sus empresas, y algunos de ellos eran rais a cuyas órdenes yo había luchado. Los mejores carpinteros me ofrecían construir para mí la galera más perfecta que jamás se viera en el Mediterráneo.

También recibí abundantes ofertas de otra suerte. Muchas de esas viejas que se entrometen en arreglar bodas porque conocen todas las buenas casas de la ciudad, adonde van a vender telas de precio, quisieron convencerme de tomar por esposa a alguna hija de buena familia, cuya palabra se comprometían a obtener si yo las dejaba al cuidado del asunto, y me ponderaron los encantos de algunas que, si había de crearlas, ponían celoso al Sol y a las demás estrellas. E incluso la de mi mercader judío, que tenía razones para conocer la fuerza de mi pasión por Yasmina, no dejó de decirme que alcanzaría la felicidad más inefable si consentía en casarme con la hija de un renegado genovés y una esclava rusa, que era mujer de maravillosa belleza. Y como ya debéis de saber que los turcos son grandes sodomitas, algunos hubo que

pretendieron venderme muchachos, diciendo que sus caricias y zalamerías son de una dulzura incomparable a cualquiera otra, y aquí se conoce a muchos que deben a su culo la elevada posición que ocupan. Pero yo me encolericé con ellos, recordándoles que el Corán considera gran pecado los amores contra natura, y me dejaron en paz.

Me complació en gran manera sorprender a todos los rais y capitanes de Argel al anunciarles que me retiraba de la vida de corsario. Después de diez años de trabajos y peligros, expuesto a todas las aventuras del mar, en las que varias veces estuve a punto de perder la vida, había adquirido un modesto pecunio que me había permitido cruzar el mar por cuenta propia. Y de repente, en una sola noche, había ganado más dinero del que había podido reunir en diez años. No pretendía seguir desafiando a la fortuna que me había concedido un favor insigne por la gracia de Alá, y dejaba a los demás rais la oportunidad de probar su suerte. También reconocí que pensaba establecerme mediante el matrimonio, pero no había razones para apresurarse.

La verdad es que mi intención era otra. Debo reconocer que, en ciertas ocasiones, en puertos donde habíamos hecho escala después de alguna correría, como en Salé, había corrido alguna aventura amorosa, pues la carne pocas veces deja a los jóvenes en reposo, pero mi pensamiento estaba siempre ocupado por Yasmina. Mi amor cada vez se iba inflamando más, y no cesaba de meditar sobre la manera de hacerla mi esposa, pues ya no me conformaba con compartirla con Sinan. Yasmina me había confiado que los cadís aceptan que se disuelva el matrimonio si las mujeres pueden demostrar que sus maridos les han hecho violencia o si faltan a la ley del Profeta no haciendo los rezos o no ayunando en el ramadán, si se embriagan públicamente o si no mantienen a sus mujeres. Yasmina reconocía también que no había manera de acusar a Sinan de cualquiera de estas faltas, y que se habría expuesto a la vergüenza si le hubiese acusado ante el cadí de tales pecados.

También me confió, ruborosa, que una mujer podía descasarse si su marido era impotente en conocerla, pero esta circunstancia no nos servía de nada. Podía disolver su matrimonio si su marido la tomaba por detrás contra su voluntad y entonces debía presentarse ante el cadí y depositar ante él su calzado, con la suela hacia arriba. Sin embargo, Sinan nunca había actuado así con ella.

Entonces vimos con claridad que sólo había dos medios posibles para que nuestra empresa tuviera éxito. O bien hacíamos a propósito para que Sinan nos sorprendiera, él o una persona de su confianza, en una postura tal que no dejara la menor duda, con la esperanza de que entonces Sinan se decidiera a repudiar a Yasmina. Sin embargo, no estaba obligado a hacerlo, y si adivinaba nuestra intención, por deseo de venganza hacia su antiguo esclavo que le había puesto los cuernos, desmontaría nuestros planes, de manera que fingiendo perdonarnos, nos infligiría el más penoso de los castigos. Juzgué preferible recurrir al último medio, aunque no tuviera garantía alguna sobre su resultado. Durante mis años de correrías con Sinan, había podido

observar que después de obtener los mejores botines, lo celebraba en el primer puerto donde desembarcaba, y en tales ocasiones bebía vino, aunque yo nunca le vi borracho. Debéis saber que así como los turcos jamás tocan a los cerdos, hacia los que sienten un horror indecible (y así, venden a los cristianos los cerdos salvajes que cazan en las montañas), no muestran ningún asco hacia el vino ni el aguardiente, pues el Corán sólo les prohíbe la embriaguez, y algunos compañeros llegan incluso a decir que el Corán sólo da el consejo de no beber vino, pero que no se trata en modo alguno de un precepto.

Imaginé dar una gran fiesta para celebrar mi fortuna, a la que invitaría, además de las gentes que habían ido de expedición conmigo, a los rais de algún relieve y entre ellos a Sinan, de la manera más natural del mundo. Mandaría degollar algunos corderos, preparar grandes platos de cuscús de la mejor clase: hecho con una sémola molida a mano y regado con un caldo muy condimentado, de manera que todos los invitados tendrían gran sed, con garbanzos y berenjenas, y mandaría servir *malsûqa*, unos hojaldres rellenos de huevo con perejil y cebolla. Tendríamos abundancia de baklavás de pasta de almendra, de pistacho o de piñón, pasados por el horno y regados con miel. Con tales manjares, no podríamos dejar de beber durante toda la tarde y la noche. Habría suero de leche y té para guardar las apariencias, pero también *borsa*, *raki* y vino, pues es fácil encontrarlo en Argel procedente de España, de Italia, de Grecia e incluso de Constantinopla, pues allí los cristianos producen excelente vino. Y pensé quedarme al lado de Sinan, cuidando de que bebiera mucho más de lo que tenía por costumbre, hasta que se embriagara, si fuera posible, y de manera notoria. Yasmina se las arreglaría para encontrarse en su camino cuando regresara a su palacio y le provocaría a algún exceso. Entonces tendría motivo para obtener la separación. Sin embargo, yo sabía bien que necesitaríamos de una fortuna señalada para que las cosas salieran según nuestros deseos.

Decidí adelantarme a los acontecimientos y anuncié la fiesta, que había que aplazar dos lunas para esperar el retorno de los rais que estaban embarcados o a punto de embarcar, y también porque antes quería comprar una gran casa, arreglarla y decorarla ricamente con muebles y tapicerías, sin ahorrar nada. No reparé en gastos pues, al abandonar las expediciones, había revendido el bergantín al renegado mallorquín, mi lugarteniente. Por hacerle un favor, le cedí el barco por seis mil piastras, dos mil menos de lo que me había costado.

Recorrí toda la ciudad y encontré por diez mil piastras una hermosa casa de piedra, construida a la italiana, con un piso, sin ventanas a la calle, tal como es costumbre en este país, donde los turcos y los moros no consienten que los extraños vean a sus mujeres ni que éstas miren a la gente que pasa, pero con un vestíbulo que daba a un patio cuadrado cubierto de baldosas de piedra, alternando las blancas y las negras de modo que formaban figuras de flores. El patio estaba rodeado de cuatro

galerías con arcos a la morisca y dobles columnas, y en una de las galerías había una hermosa terraza que miraba hacia el mar. A ambos lados del vestíbulo, unos bancos de piedra cubiertos de alfombras permitían a los visitantes esperar con comodidad, y en el patio había también bancos parecidos. Las paredes de las galerías del patio estaban decoradas con baldosas de porcelana verde y ladrillos rojos, con frisos de yeso esculpidos en la parte superior de las paredes. Desde las galerías se abrían varias habitaciones, la principal de ellas frente al vestíbulo, y cada habitación tenía al menos una alcoba.

Compré estoras de esparto y alfombras para cubrir el suelo, que venían del reino de Fez, de las provincias más lejanas de Turquía e incluso de Persia; colchones de tela de lino que mandé colocar sobre las tarimas de las alcobas, con finas sábanas de batista procedentes de Florencia; mesas bajas, cuadradas o redondas; gran cantidad de cojines de terciopelo, rojos y verdes cofres forrados de cuero y espejos de Venecia con marcos ricamente trabajados, pues hay que saber que en Argel los cristianos son tan numerosos que han introducido en dicho país ciertas costumbres de Europa, y que en esta ciudad existen palacios completamente a la moda de España o de Nápoles. En medio del patio había un profundo pozo del que se sacaba agua fresca, y encargué una docena de cántaros para tener en todo momento buena agua para beber.

Después de haber acondicionado a mi gusto aquella hermosa casa, de la que habría estado orgulloso cualquier buen burgués de Tolón, o que incluso, creo yo, no habría desagradado a algunos grandes señores de Aix-en-Provence, pensé en asegurar su mantenimiento y servicio. Me dirigí al Batistan, di algunas vueltas y compré un par de esclavos. La primera era una mujer de aspecto triste y sumiso, que no parecía tener edad, por lo cual se vendía a bajo precio: la hice hablar y supe que era calabresa, capturada en su aldea al tiempo que sus hijos, de los que había sido separada, pues ya eran mayores, en edad de trabajar o de servir. El segundo era un muchacho de sangre mezclada, que debía de tener unos veinte años, más o menos, y hablaba portugués a la manera de los africanos; me aseguraron que era un buen cocinero, medianamente robusto, dispuesto a llevar pesadas cargas, y por ello tuve que pagar un alto precio. Les prometí que si me eran fieles no tendrían que lamentar su condición, tendrían comida abundante y sana, y que no tendrían que temer el bastón ni los malos tratos que los miserables esclavos están acostumbrados a sufrir.

Estaba realizando los preparativos de la fiesta, cuando corrió por Argel una noticia increíble, con lo que se ve de la manera más evidente, junto con lo que contaré más adelante, que los designios de la Divina Providencia son impenetrables, mientras que los pobres humanos no saben ni el día ni la hora de su salvación ni de su condena. Sinan, que se había burlado sin cesar de los cristianos, y que jamás había caído en su manos, que en veinte años había capturado más de cien naves, barcos o barcas, y que había hecho centenares de cautivos, Sinan había muerto, su galera había

sido destruida, y sus hombres muertos, ahogados o reducidos a la esclavitud. Y cuando se supieron, ocho días más tarde por el relato de dos soldados, los dos únicos que se habían salvado, agarrados a un madero, los detalles de aquel desastre, fue cosa todavía más segura que recibimos a lo largo de la vida mensajes del cielo que no sabemos comprender, pues Sinan había perdido la vida en el golfo de Venecia, donde no solía ir, y que no fue siquiera un navío de la República Serenísima el que le había asestado el golpe fatal. Muy al contrario, escondido en uno de los mil canales de aquella peligrosa costa, se había apoderado de una nave ragusana, una empresa provechosa de la que la tripulación sin duda se había alegrado y, acaso por vez primera, Sinan descuidó la vigilancia, pues a su vez fue sorprendido por los piratas uscoques, unos bandidos sin fe ni ley, ni cristianos ni mahometanos, una chusma sin fe que debería ser eliminada de la faz de la Tierra.

Es cosa indecorosa alegrarse de la muerte de un enemigo, y yo no consideraba a Sinan enemigo mío. Tal como he dicho, le tenía respeto, aunque llevara cuernos por mi culpa, pero ¿acaso se puede poner cuernos en la cabeza de un hombre que tiene cuatro esposas y otras tantas concubinas? Cuando supe que la muerte de Sinan era cosa indudable, no pude impedir pensar que ya podía casarme con Yasmina, y ello me procuró una gran alegría. Bastaba con esperar que transcurrieran cuatro de sus periodos, pues la ley de los mahometanos así lo dispone, a fin de que se sepa si las mujeres están embarazadas o no de su difunto marido.

Los acontecimientos se habían desarrollado con tal celeridad que no había podido ver a Yasmina. Supe por la judía que, al no tener ningún hijo de Sinan ni poseer ninguna herencia pues sus padres estaban vivos, había regresado a la casa de éstos. No había motivo para precipitar las cosas, por la razón que acabo de contar. Entonces, con mis esclavos, me dediqué tranquilamente a arreglar mi casa y a los preparativos de la fiesta. Es cierto que, para mí, esta fiesta ya había perdido todo interés, pero habría sido una afrenta grave a todos los invitados suspender la celebración. Así pues, tuvo lugar el día convenido, y según pude ver y oír, fue del agrado de todos, pues me había portado con la mayor generosidad. Sólo había reducido el vino, limitándolo a algunos cántaros, puesto que ya no era necesario emborrachar a nadie.

Sin embargo, al cabo de tres meses ya no podía aguantar más y empecé a acercarme a los padres de Yasmina, dándoles a entender discretamente que, al saber que su hija había enviudado y que era mujer de gran belleza y virtud, según me había enterado, deseaba establecerme tal como convenía a un hombre de mi edad y posición, y que tendría gran alegría y honor si la joven viuda consentía en casarse conmigo, una vez transcurrido el tiempo impuesto por la ley y el decoro. Por lo que ella me contó más adelante, supe que Yasmina fingió sorpresa y puso reparos, pero que, apremiada por su madre, que le presentaba las ventajas de ser solicitada por un hombre rico, un renegado cristiano, es cierto, pero con buena reputación entre los

corsarios, dio su palabra y sus padres me hicieron llegar un mensaje para darme la noticia, añadiendo que aprobaban sin reservas nuestro matrimonio.

Tuve que esperar a que transcurrieran los cuatro meses. Unos días más tarde, tomé prestados seis esclavos a un rais, a los que añadí el mío, y mandé a los padres de Yasmina, mediante estos esclavos, dátiles, pasteles, almendras y otros dulces, al tiempo que un regalo para Yasmina, anillos, pulseras, un par de zarcillos de coral que había conservado para ella de un botín, y otras fruslerías. Yo estaba encantado de poder hacerle un regalo libremente, puesto que hasta entonces no había podido hacerlo, por el peligro de despertar las sospechas de Sinan.

Cuando los esclavos hubieron regresado, pregunté al muchacho, cuyo nombre era Alí, cómo habían cumplido su encargo. Me contó que mi futura esposa estaba sentada en una pequeña sala donde les esperaba sobre un cojín de terciopelo ricamente bordado con hilos de oro y plata, que le habían entregado el regalo dando las gracias a Alá, y que después habían abandonado la casa. Y cuando le pregunté si era hermosa, pues es sabido que las mujeres permiten que las vean los esclavos, como si no fueran hombres de verdad, me respondió que lo era en verdad, que tenía la tez de una princesa, pero que no parecía muy metida en carnes, de lo que se aprecia que los cánones de belleza en tierras africanas no son exactamente los mismos que en Francia, aunque actualmente en nuestro siglo se aprecie la abundancia de carnes mucho más que en tiempos antiguos.

Al ser Yasmina viuda, pudimos reducir a dos días únicamente el número de fiestas que se acostumbra a celebrar antes de la boda, y que pueden llegar a durar cinco o seis días. Las mujeres las pasan con otras mujeres, bailando al son de la música que tocan unos moriscos que no viven de otra cosa, y que van de boda en boda; y los hombres lo celebran con otros hombres, comiendo y bebiendo. No me costó ponerme de acuerdo con los padres de Yasmina, les di una dote según la costumbre y levantamos un acta ante el cadí. El día de la boda, como yo no tenía parentela, organicé en mi casa una comida con algunos compañeros, mientras que los padres de Yasmina hacían lo propio en su domicilio y preparaban a su hija, revestida con muchos adornos, brazaletes y collares, y maquillaban su rostro con colores blancos y rojos, y sus brazos de negro hasta los codos. Llegada la noche, las amigas y parientes de Yasmina la llevaron a mi casa y la hicieron entrar en una sala, con la cabeza cubierta por un velo, y después la condujeron hasta la alcoba nupcial, donde yo la estaba esperando, la hicieron sentar una vez más y por fin yo le quité el velo fingiendo sorpresa, mientras que la admiración que se pintó en mi rostro era de lo más natural. Tal fue mi boda con Yasmina y la ceremonia habría sido mucho más larga si se hubiera casado por vez primera.

Así comenzó mi vida en común con Yasmina, con aquella especie de comedia o, por decirlo mejor, aquella mascarada, y en secreto nosotros nos divertimos mucho

con aquellas ceremonias que llegaban con tanto retraso a la unión que pretendían fundar. Por fin, después de tantos años de penas, de disimulos y mentiras, podía entregarme libremente a mi pasión, sin temor de ninguna clase, dueño del tiempo, como Yasmina, y sobre todo de la noche. Yo sólo conocía los amores en horas de luz y pleno día, encuentros demasiado breves y demasiado escasos, y cuando, después de algunas semanas o meses de espera, acariciaba la suave piel de Yasmina, me estremecía al menor ruido imprevisto y me sentía tan encogido que un día me sucedió que no pude demostrar a mi amada todo el afecto que ardía en mi alma, y entonces me puse furioso porque la naturaleza me traicionaba de mala manera cuando yo habría deseado precisamente que multiplicara mis fuerzas en aquellos momentos, y me permitiera renovar hasta el agotamiento nuestros arrebatos carnales.

Ahora descubría que el amor y el placer son hijos predilectos de la noche, que no hay que usar de ellos con prisas ni precipitación, sino dejar correr las sombras de la noche al mismo tiempo que las manos y los labios, sin apuros por el tiempo que pasa. La oscuridad crea el misterio y autoriza las audacias que la luz impide. Yasmina conocía los recursos de la noche y, hallando por fin ocasión de emplearlos, y no queriendo privarse de ellos, me llevó hasta las más altas cimas del placer. A veces, en verano, después de despedir a los esclavos y cerrar la casa, llevábamos un colchón o una estera hasta el patio y nos abandonábamos a la luz de la luna, y el lento curso de este astro en nuestro cielo desvelaba los secretos de nuestros cuerpos desnudos, que eran cosa maravillosa de ver.

Durante estas largas noches robadas al sueño, Yasmina me confió varias veces que era muy feliz al haber comprendido que el amor no era sólo una palabra para los poetas, juglares y saltimbanquis. Es verdad que Sinan no la había maltratado, pero jamás se ocupó de procurarle ningún tierno placer, y cuando se reunía con ella en la cama, cosa que sólo ocurría una vez al mes, la tomaba con brutalidad. No es que Sinan fuera muy aficionado a los muchachos, como suelen serlo muchos turcos que los visten con primor, los maquillan y cuidan más que a sus propias mujeres, pero según decían las demás esposas, se comportaba del mismo modo con ellas, y de no haber tenido Yasmina una amiga cuyo marido actuaba con más cariño que prisas, se habría imaginado que los placeres carnales tan celebrados por los poetas se reducían en la realidad a las rápidas caricias de Sinan.

Pero es tal la inconstancia de las cosas de este mundo, que apenas puedo creer que semejante felicidad me fuera concedida. Y si no hubiese escrito esta historia, tal vez a la hora de morir me habría costado trabajo creer que hubiese existido en realidad.

XII

De cómo Mustafá fue en peregrinación a La Meca

Viví cinco años enteros en esta condición, juzgándome el más feliz de todos los hombres. No me cansaba de Yasmina, ni ella de mí. Y cuando, paseando por el muelle o en alguna taberna, hablaba con algún renegado de la nación que fuere, pues los hay de todas las partes del mundo, e incluso de Armenia, de Polonia, de Suecia o de las Indias Orientales y Occidentales, se asombraban de que no tomara otra esposa, o por lo menos una o dos concubinas, puesto que era tan rico. También me decían que podía divertirme con alguna cortesana de paso, o repudiar a Yasmina para casarme con alguna muchacha de gran belleza, como tantas había en Argel, pues en este país y en esta secta se pueden cometer todos los pecados de la carne y purificarse después mediante las abluciones, y era cosa asombrosa que se pudiera rechazar a una mujer una vez que uno había dejado de desearla, cuando entre los cristianos había que cargar para siempre con ella, así fuera vieja, fea o desabrida, y era gran pecado si alguien tocaba a otra.

Yo respondía con tranquilidad a aquellos renegados que en efecto las cosas podían ser así, pero que yo me encontraba bien en mi estado, sin necesidad alguna de cambiar. Por añadidura, Yasmina me había dado dos hijos, una niña y después un niño, y aquellas criaturas me procuraban un gran placer cada día. Daba por ello gracias a Dios, que es grande.

En aquel tiempo yo era por completo mahometano, y creía firmemente poder salvarme en esta fe para ganar el paraíso de Alá. Cumplía con puntualidad los deberes del creyente, decía las cinco plegarias de cada día, la primera al amanecer, cuando el cielo empieza a palidecer, la segunda a mediodía, bajo el fuego del sol, la tercera hacia la cuarta hora de la tarde, la siguiente al ponerse el sol y la quinta a la una de la madrugada, que solía decir después de largas abluciones, pues acababa de conocer carnalmente a Yasmina. Y para decir estas plegarias hacía la *salat* con gran reverencia, inclinándome profundamente tantas veces como estaba mandado.

A veces iba a la mezquita para la segunda y la cuarta plegarias, y nunca dejaba de ir para decir la oración del viernes, que es más importante que las demás y por la mañana. Hacía grandes limosnas a los pobres y a los santones que viven en las pequeñas ermitas y que se llaman marabutos. Y por mucho que me costara, ayunaba durante el ramadán, que dura toda una luna y que es como una Cuaresma, durante el cual no se puede comer ni beber ni mascar tabaco, ni tocar mujer, durante todo el día hasta que la luna aparece en el cielo. Entonces se puede comer y beber, pero antes de que el sol amanezca hay que dejar de hacerlo. Se cuelgan lámparas de los minaretes y así la noche brilla con mil luceros, como si fuera una fiesta. Durante las noches del

ramadán la ciudad se pone tan ruidosa que resulta difícil dormir, así la gente duerme de día, y no se trabaja gran cosa.

Debo confesar la razón por la que me hice mahometano de corazón y no sólo de boca. Yo no era en modo alguno sabio, y no tenía fuerza de ánimo para que mi reflexión se elevara hasta los misterios de la religión, y ahora comprendo cuán comunes eran mis pensamientos. Siendo cristiano, había sido reducido a la esclavitud y, durante todo el tiempo que había permanecido cristiano, había sufrido la esclavitud, sin ser liberado por las tropas cristianas ni rescatado por los padres redentores. Cuando me hice turco, sin intención verdadera y ocultando mis intenciones, pues lo único que pretendía era poseer a Yasmina, la fortuna había cambiado para mí como si el cielo me hubiese protegido: había acumulado riquezas, evitado peligros, burlado emboscadas e incluso, por especial gracia del destino, había ganado en una sola empresa tanto o más que otros rais durante toda su vida. Cuando la mujer a la que había entregado mi amor parecía casi inaccesible, a no ser a escondidas, me había sido entregada de forma totalmente inesperada y casi fulminante. En mi rústica alma, todas aquellas cosas se combinaban para adquirir sentido, estaba deslumbrado por aquella luz, como quemado por la evidencia. La fe de Mahoma era la mejor y debía someterme a su ley.

Puesto que era rico, convertido en tal según las circunstancias inauditas que se conocen, creí que debía cumplir con el último precepto, aquel precisamente que no pueden cumplir los pobres. Me pareció que tenía que peregrinar a La Meca y prosternarme ante la tumba del Profeta.

No he tenido ocasión de contar cómo trabé amistad con el padre de Yasmina. Este hombre, aunque no se había opuesto a la segunda boda de su hija, no la recibió de buen grado según creo, sin duda porque yo era un renegado y era notorio que muchos renegados sólo se habían hecho turcos por amor a las riquezas. Pero no tardó en cambiar de opinión cuando supo que yo trataba con grandes miramientos a su hija, y cuando, pasados los años, vio que yo no tomaba otra esposa ni concubina. Llegó al colmo de la alegría cuando mis hijos vinieron al mundo, y sobre todo el niño, porque, al estar muertos sus otros hijos y tener sólo otra hija que no había parido varones, había perdido las esperanzas de perpetuar su linaje. De manera que había llegado a cobrarme gran afecto y nos reuníamos a menudo en su casa, o bien él venía a la nuestra. Yo sabía que Hassan, que tal era su nombre, no había cumplido la peregrinación, y le visité para proponerle que me acompañara, ofreciéndole cargar con todos los gastos de su viaje. Quedó muy emocionado y, después de haber deliberado durante algunos días, me dio su conformidad.

Decidimos unirnos a una de las caravanas que van de Damasco a La Meca y regresar por Egipto y el Gran Cairo. Era un largo viaje, teníamos que pasar unos ocho meses navegando y caminando, y me resultaba un gran sacrificio separarme durante

tanto tiempo de mi familia, pero pensaba que tenía que dar gracias a Dios por todas las mercedes que había recibido. Con muchas caricias y lágrimas me separé de Yasmina y nos embarcamos con destino a Alejandría, donde, con buen viento de poniente y de tramontana, llegamos al cabo de una semana sin haber tenido ningún mal encuentro con los corsarios de la religión de Malta, que son muy temidos por los mismos mahometanos. Tuvimos la suerte de encontrar en Alejandría un *caramusal* que iba a Constantinopla, no sin hacer escala en Rodas y Trípoli, donde debíamos desembarcar. Hasta Rodas, el poniente nos favoreció y llegamos en cinco días para permanecer allí dos días más. Pero después, el gregal y la calma chicha nos atormentaron, sobre todo el gregal, que nos era contrario, y hubo pasajeros que fueron presa de tales vómitos que tuvieron que comer opio. Por fin nuestras desdichas terminaron y llegamos a Trípoli, desde donde necesitábamos dos jornadas a caballo para llegar a Damasco, hermosa ciudad sobre la que no voy a hablar, pues tengo prisa por hablar de La Meca.

Las noticias que habíamos recogido en Argel eran seguras, de modo que ocho días después de haber entrado en Damasco volvíamos a salir de ella en una inmensa caravana de veinte mil camellos. Habíamos comprado dos camellos, uno para nosotros y el segundo para cargar nuestras provisiones y equipajes, y pasamos el tiempo haciendo provisiones para el viaje, que no dura menos de dos meses. Si se quiere viajar con comodidad hay que llevar todo lo necesario, utensilios en abundancia, marmitas, un candelero, y aderezos de importancia. Compramos cinco o seis corderos gordos, que Hassan degolló y descuartizó hábilmente; hicimos cocer la carne en un gran caldero hasta que los huesos se desprendieron, y nos quedamos sólo la carne; después vaciamos el caldero, añadimos abundante unto, cebollas, sal, y cuando la carne estuvo bien frita llenamos con ella tres jarras. Tuvimos la precaución de proveernos de galletas, aceite de oliva, sal, miel, dátiles, algunas botellas de *raki* y varios odres de agua fresca.

La primera parte del camino no era difícil, pues el país está bien poblado y los caminos están trazados, de manera que podíamos recorrer hasta treinta millas al día. Nuestra caravana estaba compuesta sobre todo por mercaderes que habían cargado sus camellos con toda clase de mercancías para venderlas en Medina, La Meca, e incluso en Ziden o en Jeddah, que es un puerto del mar Rojo. Estos mercaderes aprovechan el viaje para ir a rezar ante la tumba del Profeta, pero no había muchos peregrinos como Hassan y yo, pues el viaje es largo y dificultoso, y los pobres no pueden hacerlo si no es por caridad, o enviados por alguna persona rica que no puede viajar. Por la noche, dormíamos en unos pabellones de lona, que levantábamos sin dificultad gracias a un mástil y cuerdas bien tensas, que clavábamos en el suelo para sostener la tela.

Cuando llegamos al desierto de la Arabia pétrea, los camellos se dispusieron en

fila con gran orden, uno tras otro, y nos aconsejaron que no nos separáramos de esta fila, pues dicen que en estos desiertos abundan los fantasmas y malos espíritus que tratan de extraviar a los viajeros para entregar sus almas al diablo o atormentarlos. Después de caminar diez días en el desierto, empezamos a sufrir de sed, pues nuestros odres estaban casi vacíos. Aquí ya no había *kervanseray* como al inicio del viaje, con sus mastabas que permitían preparar fácilmente la comida. Por fin, al cabo de dos semanas, divisamos en la lejanía el monte Sinaí, donde Moisés recibió de Dios Todopoderoso las tablas de la primera ley, que los mahometanos observan, pues los mandamientos de Mahoma se añaden a la ley de Moisés.

Después de esto, anduvimos sin descanso a través de la Arabia desierta durante cuarenta días, salvo los viernes, que dedicábamos a las plegarias. Al cabo de estos cuarenta días llegamos por fin a Medinat-al-Nabí, la ciudad donde nació el Profeta, donde manan hermosas y abundantes fuentes, cosa que alegró a toda la caravana, e incluso a los camellos. En Medina puede verse el sepulcro de Mahoma, pues aquí es donde murió y aquí acuden peregrinos de todas las partes del mundo. Esta tumba es de mármol blanco, del más excelente que existe, y está rodeada de las de los califas que sucedieron al Profeta: Ebabekar, Alí, Ornar y Osmán, y cada tumba está coronada por un Corán ricamente adornado y con lámparas alrededor, que arden noche y día.

Desde Medina, en dos jornadas llegamos por fin a La Meca, gran ciudad que es como dos veces Marsella, sita en medio de montañas muy altas que forman como murallas a su alrededor. No es solamente una ciudad santa, sino también una ciudad muy comercial, pues en ella se celebra una feria muy famosa durante los últimos días del mes de mayo. A cierta distancia de La Meca hay una montaña llamada Jubara, donde los habitantes aseguran que Abraham se dispuso a sacrificar a su hijo antes de que Dios se lo impidiera. Aquello me sorprendió, pues yo creía que la montaña de Abraham no estaba en aquel país, y ellos dicen también que este hijo era Ismael, cuando los cristianos dicen que fue Isaac.

La mezquita de La Meca es una cosa que hay que ver para creerla. Es inmensa, de forma cuadrada pero cubierta por una cúpula redonda, hecha de piedra en una hondonada, de forma que hay que bajar quince o dieciséis escalones para entrar en ella. Esta mezquita es llamada Kiaaba, y antes de entrar en ella hay que estar purificado, y lo mejor es desvestirse y casi desnudo, con sólo un paño sobre las partes vergonzosas, con la cabeza gacha y los brazos cruzados, rogar al empleado que te eche un cubo de agua sobre la cabeza, de manera que uno queda mojado de pies a cabeza para la expiación de los pecados.

Al entrar en la mezquita, la tumba de Mahoma queda a mano izquierda, al lado de las de sus yernos. Los marabutos que están continuamente en la Kiaaba dicen que los ángeles se llevaron el cuerpo del Profeta al cielo, por lo cual no hay osamentas en el sepulcro, y aseguran asimismo que la mezquita entera fue construida por ángeles, y

confieso que yo no lo creí, por muy buen mahometano que fuera en aquel entonces, pues jamás oí decir que el templo de Jerusalén, ni las iglesias de Roma, ni el santuario de nuestro señor Santiago en Compostela fueran contruidos por ángeles. Al ver la tumba de Mahoma, Hassan fue presa de gran emoción y lloró a lágrima viva, dándome las gracias por haberle procurado tan gran alegría, y yo también quedé emocionado, sobre todo cuando, a mi derecha, vi la Piedra Negra que, según aseguran los marabutos, fue enviada del cielo y que es el punto hacia el cual, a la hora de la plegaria, se vuelven todos los creyentes de todas partes del mundo donde existen musulmanes.

Permanecimos en La Meca los ocho días siguientes, haciendo devotamente nuestras plegarias y abluciones. El viernes, después de la plegaria del Kushluk, fue imposible besar la Piedra, tal era el gentío en el templo, hasta el punto de que estuvimos a punto de perecer ahogados. Mandamos degollar varios corderos, cuya carne repartimos entre los pobres, pues no se puede permanecer en este lugar sin hacer grandes limosnas, si ello es posible, y fue un gran consuelo recibir la absolución completa de todos nuestros pecados, que concede el sultán de La Meca a todos los peregrinos.

El techo de la mezquita descansa sobre unos pilares que están pomposamente cubiertos de tapices, y también el suelo queda oculto por alfombras preciosas, de vivos colores, que dibujan toda clase de figuras o de flores, pero no figuras de seres vivos, pues debéis saber que los mahometanos tienen en gran pecado pintar la imagen de Dios, cuya majestad no puede ser conocida. Y como los hombres fueron creados por Dios Todopoderoso, tampoco deben ser pintados. Dicen que es gran irreverencia pintar imágenes santas que, al hacerse viejas, podrían romperse o incluso servir para limpiarse el culo. Y tampoco quieren que se hagan imágenes de madera o de piedra, pues no se debe adorar la madera ni la piedra, al contrario de lo que hacen los cristianos.

Hassan era un musulmán piadoso, y durante este viaje me contó unas cosas que me sorprendieron mucho y me dieron el firme convencimiento de que la ley de Mahoma era la mejor. Me aseguró que Jesús fue un gran profeta, el más grande antes de la venida de Mahoma, y que los cristianos se equivocaban grandemente cuando juraban que había sido crucificado. Antes bien, Dios lo substituyó por otro hombre que se le parecía cuando subía al monte Calvario, un turco llamado Musizabba, a quien los judíos crucificaron y que se ganó el cielo. Tenía por cierto que Dios, al ser Espíritu, no podía morir, y por ello no podía creer en la ley de los cristianos, puesto que ellos decían que Jesús era Dios y había sido crucificado. Al ser Dios único, ¿cómo podía predicarse que existían tres personas divinas?, y al ser Dios Espíritu, ¿qué necesidad había de un Espíritu Santo? Yo estaba sorprendido de ver que un mahometano conociera tan bien la ley de los cristianos, pues es cierto que los

cristianos ignoran la ley de los turcos, y el párroco de Six-Fours, un hombre muy docto, no me había contado nada de ella. Hassan también me aseguró que no existía el purgatorio, y que era un cuento de viejas. Todos los creyentes escapaban al fuego del infierno y ganaban el paraíso, bastaba con que en su corazón hubiese un peso de bondad equivalente al de un grano de cebada.

Yo estaba dispuesto a creer en todas aquellas cosas, aunque había una cosa en la ley cristiana a la que me costaba mucho renunciar, y era la idea de que el hijo de Dios hubiese decidido sufrir y morir para lavar los pecados de los hombres, cosa que me parecía una extraordinaria prueba de amor.

Es cosa segura que la ciudad de La Meca es ante todo santa porque, según las enseñanzas de los marabutos y los doctores de la religión, en ella Mahoma recibió las revelaciones de Dios Todopoderoso, con la ayuda de los ángeles, y así, inspirado por Dios, hizo la ley que está contenida en el Corán. Después, los sucesores del Profeta la extendieron en las partes lejanas del vasto mundo, donde fundaron poderosos imperios. Y en la Kiaaba hay varios Coranes, muy ricamente religados en cuero dorado, de los que se dice que su escritura es pura filigrana, pero yo no vi esas páginas.

Tal como ya dije, La Meca es también una ciudad comercial, una de las principales del mundo. Alrededor de la mezquita existe una multitud de pórticos y galerías donde los mercaderes tienen sus tiendas para vender especias, drogas, aromas, perfumes, pedrerías y muchas mercancías de toda suerte. Casi podría decir que la ciudad es el destino de todas las riquezas del mundo, principalmente las de las Indias Orientales, pues a ella acuden los mercaderes cuando desembarcan en el puerto de Ziden, llamado también Jeddah, en el mar Rojo, a doce leguas de La Meca, de manera que desde La Meca a Ziden se encuentra una procesión de camellos casi inacabable, que recorren las dos jornadas que se necesitan para este viaje.

Nos habría gustado visitar la Arabia feliz, que está llena de hermosas ciudades en toda la costa hacia Adén, pero al no poder tener noticias de nuestras casas, de las que estábamos ansiosos después de tan larga ausencia, deseábamos regresar por el camino más corto para no demorar más nuestro retorno. Por ello tomamos la decisión de regresar a Argel por el valle del Nilo. Pero en Ziden había una caravana a punto de partir hacia el Gran Cairo a través del mar Rojo, de manera que preferimos unirnos a ella antes que esperar algún barco para pasar a la otra orilla del mar.

Éste es también un largo viaje, y se necesitan más de cuarenta días para llegar al Gran Cairo, y es tan malo el camino en muchos parajes que hay que dejar reposar a los camellos dos días enteros, como en Yanbuh, que significa fuente, y en Kaluat-el-Molah, que está a la orilla del mar y donde se encuentra agua dulce, lo mismo que en Sath-el-Akaba, que está en el fondo de un golfo muy profundo, donde también hay que dejar descansar a los camellos y hacer provisión de agua dulce antes de cruzar el

gran desierto llamado Sinaí, por donde Moisés condujo a los judíos salvados de Egipto hacia la Tierra Prometida. Andábamos cada día, o mejor dicho cada noche, pues el calor era tan tórrido y el sol tan abrasador que hay que viajar de noche y reposar de día en los lugares en los que se puede encontrar algo de sombra. Las etapas eran más o menos largas, según el estado del camino y el lugar de la parada, a veces sólo siete u ocho horas, otras veces hasta quince o dieciséis horas, y había paradas en las que sólo encontrábamos agua amarga, y otras en las que no había agua ni dulce ni amarga. El país es muy desierto, y por ello hay menos bandidos que en la Arabia feliz, donde aseguran que hay tantos, algunos de ellos disfrazados de mercaderes y otros de derviches, que hay que andarse con muchísimo cuidado. En las noches de luna se puede ver con gran claridad, pero cuando la luna no da luz, unos hombres van delante llevando linternas. Se ata a los camellos uno detrás de otro para que formen una hilera y no resulte muy penoso conducirlos.

Al acercarnos al Nilo, que los sabios consideran el río más largo del mundo, mucho más que el Ródano, aunque no lleve mucha más agua que éste, vi que las viviendas estaban construidas encima de pequeños montículos y promontorios de tierra, para protegerlas del agua. El Nilo llega muy despacio y se retira del mismo modo, y así los hombres tienen tiempo de ponerse a salvo, y si el río se lleva las casas, no ocurre gran daño, pues están construidas con heces de vaca mezcladas con tierra.

Cuando estuvimos en Birket-el-Hadj, que es el punto de reunión de las caravanas, una de ellas procedente de Fez, y que sólo está a cuatro o cinco horas del Gran Cairo, de manera que hay un gran *kervanseray*, quisimos dar un rodeo para ir a ver las famosas pirámides, que pasan por ser una de las siete maravillas del mundo, y es del todo cierto que son de una altura tan prodigiosa y de una masa tan enorme, que no se puede comprender cómo los habitantes de este país pudieron construir este monumento y levantar a tal altura estas masas de piedra, teniendo en cuenta que llevaron a cabo esta empresa hace por lo menos dos o tres mil años, y que las grúas, andamios y otros ingenios que se pueden ver en los puertos, como en Marsella o en Venecia, no se usaban todavía y, según se dice, levantaron estas tres pirámides hasta tan alto edificando alrededor unas plataformas de tierra mediante un trabajo extremo, a fuerza de brazos, y con caballos que arrastraban piedras y maderos.

El Gran Cairo es una ciudad tan poblada, compuesta en realidad por varias ciudades en una sola, que podría ser que tuviera tantos habitantes como el resto de Egipto. Tiene muchas y muy hermosas mezquitas, pero sólo visitamos una para hacer nuestras devociones, pues teníamos prisa por regresar a Argel, y nos dirigimos rápidamente a Alejandría, que toma su nombre del famoso emperador, conquistador de gran parte del mundo; pero esta ciudad está medio arruinada y es poco agradable, cosa que demuestra que las cosas de este mundo pueden echarse a perder con

facilidad.

Encontramos en Alejandría una saica griega que partía hacia Túnez, desde donde pensábamos pasar fácilmente a Argel, pero la saica tenía que hacer escala en la isla de Candia, que pertenece a la República Serenísima de Venecia. Nos avisaron de que no nos fiáramos del capitán ni de los marineros, pero no hicimos mucho caso del aviso y con gran imprudencia embarcamos en aquella saica. Navegamos felizmente hasta aquella isla, muy reputada por el azúcar que se fabrica en ella, pero los marineros y mercaderes que viajaban con nosotros quedaron tan prendados y deslumbrados por el artificio y la belleza de las cortesanas de esa isla, que perdieron todo su dinero y empeñaron sus mercancías.

En ello conocimos que se trataba de grandísimos bribones, sin vergüenza ni temor de Dios. En secreto y sin avisarnos ni a nosotros ni a los demás pasajeros, hundieron a propósito la saica abriendo una vía de agua, y confiando en que de este modo quedarían descargados del valor de las mercancías y que cobrarían las primas del seguro. Se habían cuidado de reservar una chalupa para salvarse, y nos abandonaron a merced de las olas. Hassan y yo nos salvamos lo mejor que pudimos y, en compañía de algunos otros pasajeros, pudimos llegar a la playa, dando gracias a Alá por habernos salvado de tan grande peligro. Engañados y apesadumbrados, necesitamos varios días para regresar al puerto de Candia y esperar otra ocasión, desesperados por tener que demorar nuestro regreso a Argel, pero hacia finales de mes tuvimos ocasión de embarcar, y cuando por fin volví a ver a Yasmina y a mis hijos, hasta tal punto estábamos desbordados por la emoción que no pudimos contener las lágrimas de alegría.

XIII

Por qué Mustafá se convirtió en el más desdichado de los hombres

Estaba contento de haber cumplido el último precepto de la ley de los mahometanos, sin duda el más difícil, de modo que gran número de creyentes están tristes y pesarosos por tener que morir sin haber podido rezar en la ciudad del Profeta y cerca de su tumba, y también era grande mi alegría por haber podido dar a Hassan la ocasión de hacer este viaje. Sin embargo, pronto me cansé de no hacer nada, algo a lo que no estaba acostumbrado. También juzgué que debía dar un ejemplo a mis herederos, que pronto serían tres, pues seis semanas después de nuestro regreso Yasmina se quedó de nuevo encinta. Pensaba que si empleaba buena parte de mi tiempo en las tabernas, acabaría por sucumbir a la tentación del juego, que es uno de los vicios más extendidos en este mundo, y uno de los más peligrosos según decía mi padre, pues es sabido que consume herencias, deja a las hijas sin dote y a los hijos sin patrimonio. Es verdad que los turcos de nación no acostumbran a jugar dinero, pero los renegados, que son multitud en Argel, suelen empeñar sus ganancias en toda especie de juegos, que provocan frecuentes peleas. Yo le había tomado el gusto al ajedrez y a las damas, pero habría bostezado de aburrimiento si hubiera tenido que ocupar todos mis días en semejantes juegos.

No obstante, rechazaba con todas mis fuerzas la idea de volver a embarcarme en alguna expedición, y la razón que daré de ello es que solía ver en sueños a uno u otro de los miserables cristianos que yo había arrebatado de sus casas, lejos de sus mujeres o maridos, y que ahora eran esclavos por culpa mía. Entonces me venía el recuerdo exacto de su tremendo pavor y de sus súplicas, de manera que pasaba sobresaltado el resto de la noche. Así, no podía resolverme a atacar de nuevo la vida de otros cristianos, ni matarlos o robarles, por mucho que los cristianos cometieran crueldades semejantes contra los mahometanos.

Había conservado el gusto por el mar, y alardeaba de conocer bien el Mediterráneo. Por ello decidí dedicarme al comercio y, deseoso de correr los menos riesgos posibles, resolví comerciar con los países del Levante, pues en esta parte del mar los corsarios son menos de temer, salvo los de la religión de Malta, aunque desde hacía varios años también había que temer las galeras de los caballeros de San Esteban, que son del gran duque de Toscana. Debéis saber que el botín de las correrías que los rais traen a Argel es tan considerable que no podría ser consumido por entero en esta ciudad y el país que la rodea. Así, concebí el proyecto de comprar a bajo precio ciertas mercancías de las que podría sacar buen provecho en el Gran Cairo, en Esmirna, Bursa o Constantinopla, artículos como cristalerías, sábanas, telas de lino y de cáñamo, cordajes, quincallería, papel e incluso ciertas armas.

También pensaba comerciar con los artículos que se fabrican en Túnez, donde tenía buenos compañeros: en esta ciudad, recientemente, unos andaluces procedentes de España habían abierto talleres de gorros de lana, llamados chechias, y para ello preparan lanas finas de Castilla, compradas en Livorno, con colorantes del país de Túnez como la grana, el índigo o la *henna*, pero también compraban en Marsella vermellón y madera de Brasil y el alumbre o tártaro necesario. Las chechias se habían puesto muy de moda en todos los países mahometanos, hasta Trípoli y Constantinopla o Fez y Marruecos.

En Túnez también se podían comprar pieles y gran cantidad de perfumes, pues las mujeres de Túnez son muy expertas en perfumes, que son su mayor preocupación, y toda clase de alhajas que se hacen a partir de monedas de plata o incluso de oro, piastras de España o de México, ducados de Venecia, florines de Florencia, testones o escudos con el sol de Francia. Y cuando estuvimos en Jeddah, de regreso de La Meca, había observado que en todo el mar Rojo había mercaderes que traficaban de ciudad en ciudad, vendiendo o trocando sus mercancías procedentes de todas las naciones de India, Persia, Tartaria, Etiopía o Levante. Así, yo presumía de que podría extender mi comercio con gran fruto hasta Jeddah o incluso Adén, vendiendo mis chechias, cueros, perfumes o alhajas, para comprar especias y drogas, como son pimienta, sándalo, mirobálano, clavo, madera de áloe, macis, benjuí, ámbar, y toda clase de tejidos tales como cotonadas, camelotes, escarlatas, sedas, que iríamos a ofrecer a Esmirna, Constantinopla y otros lugares.

Formamos una compañía de quirat con tres socios, un renegado genovés que vivía en Argel y dos turcos de nación, tunecinos, y compramos una pequeña flota compuesta de pataches, saetas y saicas. Habíamos convenido en no fletar ningún barco grande, para evitar que la pérdida pudiera ser ruinosa. Instalamos factores en las principales plazas de Levante, y aunque tuvimos algunas pérdidas por culpa de naufragios y corsarios, en los seis años siguientes obtuvimos un honrado beneficio, sobre todo porque tuvimos cuidado de fletar nuestras naves, estableciendo contratos en el consulado de Francia, tal como era costumbre.

Cuando el mayor de mis hijos tuvo ocho años, lo tomé conmigo cuando fui a Constantinopla, recordando que mi padre me había tomado en su barca a la misma edad. Le habíamos llamado Alí, en honor del Profeta, pues éste era el nombre del marido de Fátima, la hija de Mahoma, cosa que alegró sobremanera a Hassan, pero durante uno de nuestros viajes Hassan pasó a mejor vida. Le lloré sinceramente, pues era un hombre bueno, como lo son más turcos de los que creen los cristianos, y fui a plantar lirios y mirto en su tumba.

Prolongué mis estancias en Constantinopla, pues era ésta la capital más poblada del mundo, donde abunda la gente rica, tanto si son del gobierno como los visires, o bien mandos del ejército, como los agás, o negociantes de cualquier tipo, como gran

número de judíos que trafican con alfombras, sedas, joyas o esclavos, de manera que tratábamos muchos negocios provechosos. Sin embargo, también permanecí allí porque esta ciudad me complacía mucho: posee la mejor situación que quepa imaginar, sita en una punta de la tierra firme que aún es Europa pero tan avanzada en el Bósforo que en media hora de navegación se llega a Asia. A la izquierda de la ciudad, mirando hacia Asia, está el puerto, que es el más hermoso y el más seguro del mundo, guardado de todos los vientos por la elevación del terreno, con fondo en todas partes, cosa que lo hace accesible a los barcos más grandes, con cinco millas de longitud y una de anchura, y según las mercancías que se traen, se aborda en un lugar o en otro. Lllaman a este puerto el Cuerno de Oro, y en la otra orilla se hallan las residencias de los cristianos, sus cónsules y embajadores y sus sociedades de comerciantes.

Los turcos llaman a Constantinopla Estambul, y allí es donde reside el Gran Señor, en un barrio rodeado de varias murallas que domina el mar y que es llamado serrallo. En un edificio vecino está el cuartel de los jenízaros, que son hijos de cristianos que fueron robados a sus familias para convertirlos en soldados del Gran Señor, cosa que da mucho que pensar, pues se cuentan entre los mejores soldados, y sirven con abnegación al sultán y a sus jefes.

Había en esta ciudad, cuando era cristiana, una iglesia inmensa y maravillosa llamada Agia Sofía, que significa Santa Sofía, edificada por el famoso emperador Justiniano. Es de forma cuadrada por fuera y redonda por dentro, con una cúpula en forma de medio globo y unas galerías sostenidas por un número infinito de columnas, que no pude contar. Antes había mosaicos, pero los turcos los han borrado en parte, pues no quieren imágenes. Ellos convirtieron esta iglesia en mezquita, y por esto está dominada por cuatro minaretes muy altos y muy finos, desde donde los muecines llaman a la oración.

Los turcos han construido otras muchas mezquitas, pues cada sultán insiste en levantar la suya, y así existen también la de Mehmet, la de Bayaceto, pero la más famosa es la Solimanié, así llamada porque fue edificada en tiempos del sultán Solimán, cuyo cuerpo está enterrado allí en un féretro rodeado de cirios y de lámparas encendidas. Está acompañada de muchos baños y fuentes, así como todas las mezquitas, pero más que las demás. Cuando yo estaba en Constantinopla, el Gran Señor Ahmet mandó construir una mezquita muy grande y se decía que sería de las más espléndidas, si no la más bella, decorada con porcelanas azules procedentes de Esmirna, y con las alfombras más preciosas. Después supe que aquellas gentes decían la verdad, pues unos mercaderes de Marsella que conozco han visto esta mezquita ya terminada.

Una de las cosas que más admiraba era que hubiese en esta ciudad unas veinte iglesias cristianas, en las que se celebraba sin cesar el servicio divino, ya fuera griego,

latino, armenio o abisinio, y todos los cristianos podían ejercer libremente su religión, cosa que es un gran mérito de los turcos, pues ellos no quieren obligar a nadie a abrazar su religión, aunque la consideran la mejor. Es verdad que fuerzan a los niños, tal como ya he dicho, y como se ha visto en el caso de los jenízaros, pero no a los hombres en edad de razón.

Aunque las esposas de los turcos no suelen seguir a sus maridos cuando éstos van de viaje, a veces sucede que los acompañan, y una vez yo había llevado a Yasmina conmigo, cosa que me costó tres o cuatro mil piastras, pues por mucho que le reprochara los grandes gastos a que se entregaba, no podía separarse del Bazestan, donde los mercaderes exponen sus maravillas, sin llevarse qué sé yo cuántos objetos con los que llenaba nuestra casa.

En el año mil seiscientos cuatro no tuve más remedio que permanecer en Constantinopla varios meses sin haber formado proyecto de hacerlo, pues nuestro factor estaba gravemente enfermo del mal de Nápoles, que había contraído en algún exceso nocturno con mujeres comunes, de manera que le resultaba del todo imposible ejercer cualquier servicio. Aquello me obligó a hacer su oficio, dada la urgencia de ciertos importantes negocios. Alí, que tenía unos seis años, estaba conmigo y mandé una carta a Yasmina para que se embarcara y viniera a reunirse con nosotros, dejando a los otros dos niños al cuidado de su madre. Yo no dudaba de que seguiría mis instrucciones tan pronto como recibiera la carta, pues sabía el placer que le daba estar en esta ciudad. Recibí un correo de Yasmina anunciando su próxima llegada.

Sin embargo, pasaron los días y después las semanas, sin que Yasmina apareciera. Yo iba sin cesar al puerto para informarme de las naves, sobre todo cuando procedían de Alejandría, y terminé temiendo algún desastre. Escribí a Argel, y supe que Yasmina había embarcado en una polacra para Alejandría, adonde dicho buque no llegó jamás. Después de contratar rápidamente a un nuevo factor, sin conocer sus habilidades, partí con Alí hacia Alejandría, adonde llegamos felizmente, pero no pude saber qué había ocurrido con la polacra, si había sido capturada por los caballeros de Malta o por los de San Esteban, por algún corsario privado o incluso por algún pirata inglés, pues desde que el rey Jaime^[8], deseoso de lograr la paz, había suspendido las patentes de corso, no faltaban los bandidos ingleses sin fe ni ley que surcaban el mar.

Regresé a Argel y me puse a indagar, escribiendo a todos nuestros factores y toda la gente que yo conocía en el Mediterráneo mahometano, pero no hubo manera de saber nada. No comprendía cómo, si Yasmina estaba en poder de algún corsario, nadie había pedido su rescate, pues yo sabía el caso de otras damas turcas o moras de calidad, es decir, de buen rescate, que habían podido ser compradas a los cristianos en Túnez o en Argel. Y, conociendo los peligros del mar, se me ocurrió que Yasmina había podido ser capturada, pero imaginaba que no sería difícil hallarla y rescatarla, pues ella no era ninguna renegada, sino turca de nación, y aunque seguía siendo

hermosa para su edad, había pasado ya los cuarenta años y no podía valer el precio de una doncella de dieciocho o veinte años. No podía creer que pudieran haberla llevado a alguno de los mercados de esclavos cristianos, en Livorno, Nápoles, Malta o Mesina. Tendría que haber sabido el paradero de la polacra, pero todos los amigos y compañeros a quienes había preguntado, en quienes tenía plena fe y que trataban de complacerme, perdían las esperanzas de llegar a saber algo, como si la polacra hubiera sido arrebatada por algún huracán o se hubiera hundido en el abismo. No parecía que hubiera remedio alguno para esta desaparición, y llegué a lamentar no estar muerto yo mismo, puesto que la devorante pasión que había endulzado mi juventud se había esfumado de mi vida.

Estaba muy descorazonado. El coraje que nunca me había faltado ahora había desaparecido. No sabía qué hacer, meditaba y calculaba. Tenía miedo de que mi adorada esposa hubiera sido víctima de los uscoques, que habían causado la muerte de Sinan, lo que habría sido una cruel venganza de la fortuna. Pronto me convertí en presa de una multitud de viejas que pretendían, mediante magia y sortilegio, descubrir el paradero de Yasmina, o incluso dejármela ver, siempre que les llevara algún objeto que ella usara diariamente o un mechón de sus cabellos. Les consulté a todas, sin dejarme ni una; me presté a todos sus artificios, buscando entre los objetos de Yasmina un pañuelo o una cinta que ella apreciara especialmente, viví mil tormentos, y aunque las viejas me estafaron garantizándome el resultado a cambio de regalos y dinero, no obtuve la menor esperanza. Me había convertido en el más desdichado de los hombres.

XIV

Por qué y cómo Mustafá volvió a sus andanzas

En medio de la desesperación, mi pensamiento discurría y la memoria me importunaba sin cesar. Intentaba engañarme a mí mismo, pero no podía escapar a la verdad: el origen de mi fortuna y de mi felicidad era impuro. No había renegado de la fe de mi bautismo para evitar la muerte o para librarme de un sufrimiento insoportable, sino para poseer a una mujer. Es verdad que al apoderarme del dinero de los españoles, no había hecho más que robar a unos ladrones, en justo castigo por sus fraudes y engaños, pero las numerosas correrías que había cometido en todas las islas del mar, en los reinos de España, Portugal e Italia, los marineros, mercaderes, campesinos, pastores, mujeres y niños a quienes había privado de libertad para reducirlos a la condición de esclavos gritaban venganza y castigo por mis crímenes.

Sin duda yo también había recibido gran daño, pero ¿qué había hecho más que devolver el mal por el mal? Había matado hombres libremente, sin obligación de hacerlo para salvar mi vida, pues después de hacerme turco, no tenía ninguna obligación de seguir mis correrías. Era la codicia del botín y del dinero lo que había guiado mis pasos, a fin de poder tomar por esposa a Yasmina y gozar de ella yo solo. Yasmina me había sido dada, y ahora me era arrebatada. Mi castigo era también el suyo, pues ella se me había ofrecido y me había inducido a la tentación, puesto que fue ella y no yo quien solicitó la cópula carnal. De forma que el castigo divino nos alcanzaba a los dos y del mismo golpe.

En mis reflexiones, dudaba sobre cuál sería el Dios que me castigaba. ¿Era Alá o el Dios de los cristianos? Pues cada uno de ellos tenía buenas razones para castigarme. Y entonces, con un terror horrible a blasfemar, pensé que era el mismo Dios, pues tanto los mahometanos como los cristianos decían que no había sino un solo Dios, y por tanto no podía ser uno u otro, sino el mismo. Dios Todopoderoso, que penetra en los pensamientos más secretos de los pobres humanos, conocía mis crímenes y mis falsedades, las mentiras que había dicho cuando me había hecho turco y las que había usado con Sinan, todo el tiempo que le había estado engañando, mis violencias y supercherías y hasta las muertes de hombres que yo había causado.

Deliberé largamente conmigo mismo para saber si todavía podía salvarme. Cuando íbamos hacia La Meca, Hassan me había asegurado que los creyentes iban al paraíso con sólo que hubiese en su corazón el bien equivalente al peso de un grano de cebada, y el mío contenía esta mínima porción, puesto que en mi vida había realizado algunas buenas acciones. ¿Acaso no había salvado al niño de Lumio, en la isla de Córcega? ¿No había decidido poner fin a mis correrías y no había peregrinado a La Meca según la ley de Alá? Cuando era niño, el párroco de Six-Fours me había

repetido muchas veces que el pecador más contumaz podía arrepentirse y hacer penitencia hasta el último día. Y mi madre me había contado veinte veces la historia de María Magdalena, a quien íbamos a implorar en la Sainte-Baume, y que era su ejemplo predilecto. ¿Acaso Cristo, hijo de Dios mismo, no había dado su vida para redimir los pecados de los hombres? Me acordé de que, al abrazar la ley del Profeta, me había desagradado dejar de creer en la pasión de Nuestro Señor, que me parecía la más grande prueba de amor de Dios hacia los hombres. Recuperaba la esperanza: tal vez podría obtener misericordia para mí mismo y para Yasmina.

Sin embargo, no sabía qué hacer. Aunque más adelante no lo dije delante de los jueces del Santo Oficio, yo tenía el convencimiento de que los turcos y moros buenos se salvan en su fe y los buenos cristianos en la suya, mientras que los malos cristianos, turcos y moros van al infierno. Hoy día no he cambiado de opinión y no creo que se trate de ningún pensamiento herético, sino consecuencia del infinito amor de Dios. Es cierto que hay entre los turcos y los moros grandísimos bribones, ladrones, pillastres, bandoleros, rufianes, asesinos y desalmados, lo mismo que entre los cristianos, y la verdad es que entre ellos hay más sodomitas, pero también hay muchas buenas personas, fieles a su palabra, y caritativos sin hacer distinciones según la religión de los pobres, pues dan limosna a cristianos y judíos, tal como he visto hacer en Constantinopla y en Esmirna, y se disputan poco y no tienen duelos, pues se ponen en manos de la justicia, son sobrios y no abusan de la comida ni de la bebida, cosa que les evita ciertas deshonestidades; en fin, son personas de gran devoción, no hablan ni se distraen en las mezquitas y pocos son los que no van a la mezquita cada día para una u otra de las cinco plegarias.

Aun sabiendo muy bien todo esto gracias a mi experiencia, puesto que hacía ya casi treinta años que vivía entre turcos y moros, juzgué sin embargo que una de las dos leyes debía de ser la mejor, puesto que no eran semejantes en todo. Pero no sabía cuál era la mejor. En aquel tiempo, y aunque siempre conservé el recuerdo de las oraciones cristianas, por haberlas recitado devotamente en mi época de esclavo, conocía mejor la ley de los mahometanos que la de los cristianos, pues había aprendido las plegarias de los turcos y los moros como son el *Bismila* y el *Andulila* y numerosas suras del Corán, sin olvidar la *Fatiha* que es la primera y la que goza de más favor entre el pueblo. También sabía los preceptos de dicha ley y sus creencias, pues había tratado de ello con Hassan durante nuestra larga peregrinación a La Meca.

No estaba ni mucho menos tan enterado de la religión cristiana, pues llevaba treinta años sin practicarla, como no fuera alguna vez en el penal de Argel, así que decidí aprender más sobre ella. Asistí en Argel a algunas disputas entre doctores mahometanos y religiosos cristianos cautivos que se daban a veces en la ciudad, pero no saqué de ello ninguna enseñanza, pues se trataba de gentes demasiado sabias para mi entendimiento, y no comprendía sus razones, de manera que un día me dirigí al

penal, donde mandé recado a un religioso castellano de la Orden de los Hermanos Predicadores que tenía gran reputación de santo, conocía la lengua franca y había aprendido el árabe que se habla en Argel, y le hice saber mediante este mensaje que deseaba conversar en secreto con él sobre las cosas de Dios, pues estaba muy preocupado por mi salvación.

Pude entrevistarme con él algunos días más tarde. No le oculté la gran estima que sentía por muchos turcos, que había recibido grandes favores de ellos y le confié que la ley de Mahoma me parecía de una observancia más sencilla que la de los cristianos, pues los misterios del cristianismo eran de dificultosa comprensión para las almas sencillas, como la de los marineros, y que me parecía que los turcos tenían razón al no querer figuras de hombres en sus mezquitas y otros lugares, pues ello demostraba gran respeto a Dios, ya que sólo corresponde a Él hacer figuras a las que da un alma.

El religioso actuó con gran honradez conmigo. Me dijo que él mismo reconocía que había cosas buenas entre los turcos y que daban lecciones a los cristianos en devoción y limosnas, hasta el punto de que se veían pocos menesterosos en este país, al contrario de lo que ocurría en la cristiandad. Convino conmigo en que los misterios de la religión cristiana sobrepasaban el entendimiento humano, no sólo el de los rústicos, sino también el de los maestros en teología, entre los cuales se contaba él. Pero me mostró que lo mismo ocurría en la fe de Mahoma, como por ejemplo al decir que los moros pecadores van primero al infierno antes de ganar el paraíso, o creer que los ángeles se habían llevado el cuerpo de Mahoma de su sepulcro para llevarlo junto a Dios, o imaginar que Dios había sustituido a Jesús por un turco en el camino del Gólgota, sin que los judíos vieran nada. Pero todo aquello no impedía que cristianos, mahometanos, judíos y gentiles tuvieran un mismo Dios, y no había ninguna duda de ello, ni constituía blasfemia así decirlo. Pero los unos conocían a Dios y los otros no.

Me dejó meditar un rato estos pensamientos, después me preguntó si no me parecía que hubiese cosas semejantes en las dos leyes, y cuando le respondí que en efecto era así, me dijo que Mahoma había venido a este mundo mucho después que los demás profetas, y unos seiscientos años después de Nuestro Señor Jesucristo, y que las revelaciones divinas que pretendía tener Mahoma no eran en nada ciertas. Si se fijaba uno bien, veía que en la ley de éste estaban contenidos los preceptos judíos, como el de no comer carne de cerdo o las creencias de los judíos, como el sacrificio de Abraham, en el que habían cambiado a Isaac por Ismael, o las revelaciones de Moisés. Asimismo, la ley de los mahometanos se conformaba a la cristiana al considerar que el Mesías ya no iba a venir, a diferencia de lo que creen los judíos, y que muchos hombres pueden ser salvados, y tal como los cristianos tenían la Cuaresma, los mahometanos tenían el ramadán.

De donde se deducía, si se examinaba el Corán, al cual él había dedicado mucho

estudio, que Mahoma había compuesto su ley según todas las que existían antes que él, y sobre todo las leyes judía y cristiana, haciendo creer que su ley le había sido revelada desde el cielo por los mensajes de los ángeles, cuando en realidad la había forjado él mismo con la ayuda de varios cristianos apóstatas. Y todo esto explicaba que la religión mahometana fuera buena en numerosas creencias y preceptos, que no había que decir que fuera una secta maldita, error que podían cometer incluso los prelados, y que él consideraba enojoso, pero que sin embargo no era una religión tan perfecta como nuestra santa religión cristiana, puesto que permitía a los hombres tener tantas mujeres como deseen y repudiarlas fácilmente, cosa que era mala, puesto que inducía a las mujeres abandonadas a cometer impudicias y a desesperarse, mientras que se alentaba la lubricidad de los hombres, cosa que era del todo innecesaria. Para terminar, me dijo que el verdadero soplo de Dios era Nuestro Señor Jesucristo, inspirado por el Espíritu Santo, y no Mahoma.

Aquel discurso me turbó más de lo que pueda explicar, hasta el punto de que regresé dos veces en secreto para hablar con el religioso, que se llamaba hermano Gaspar. Le dije que Dios Todopoderoso podía inducir a la tentación a sus criaturas, pero que, según mi corto entendimiento, las pruebas, los trabajos y tentaciones a que yo había estado expuesto sobrepasaban las fuerzas y la virtud de un hombre joven, ignorante del mundo y de las trampas del demonio, tal como era yo cuando caí en poder de los turcos. Oído lo cual, él se rió muchísimo, casi a carcajadas, y dijo después que estas pruebas y astucias de Satán no habían sido tan temibles como yo creía, puesto que a la vista estaba que no había muerto en pecado mortal, sino bien vivo, que yo le parecía de robusta constitución, sin tara de ninguna suerte y que estaba claro que se me presentaba la ocasión para el arrepentimiento y la salvación.

Entonces le pregunté en qué conocía que la oportunidad de mi salvación estaba próxima. Me respondió que Nuestro Señor, en su infinita sabiduría, enviaba a los hombres pruebas a la medida de sus virtudes, y para darme un ejemplo señalado me contó la historia de Job, de la fortuna, bienes y dichas de que había estado colmado, y después de las incontables desgracias que le habían sido enviadas y que no habían hecho vacilar su confianza en el Señor Dios. Es cierto que Dios podía vendar los ojos de los hombres cuando quería castigarles, pero Él no dejaba de quitarles la venda y abrirles los ojos cuando llegaba el momento adecuado. El hermano Gaspar estaba seguro de que Dios había actuado así conmigo y quería ver en ello una prueba evidente de ello en el hecho de que yo había querido verle por mi libre voluntad, sin ser solicitado por nadie, cosa en la que se veía la mano irrefutable de Dios.

Este último razonamiento me fulminó. En aquel mismo momento no me quedó la menor duda y mi destino se me apareció firmemente trazado. El Dios Todopoderoso me había puesto a prueba, me había expuesto a varias tentaciones y la debilidad de la carne me había llevado a traicionar mi fe. Pero por los méritos de la pasión de

Nuestro Señor Jesucristo, ahora podía ser perdonado y trabajar para mi salvación, siempre que hiciese penitencia. Yo estaba como loco de gratitud hacia Nuestro Señor, pues debía comprender que Él había permitido mi pecado y no podía disimularme que de este pecado había procedido la mayor felicidad de mi vida. ¡Y sin embargo podía obtener el perdón! Le dije al hermano Gaspar que estaba impaciente por confiarme a la gracia de Dios y tomar las disposiciones necesarias para obtener su misericordia, por muchos y muy horribles pecados que hubiese yo cometido. Y como deseaba que me escuchara en confesión, volvería dentro de poco para verle.

Debía regresar a la cristiandad, y no tenía más remedio que abjurar de mi apostasía. Estaba dispuesto a perder las riquezas que había obtenido de mala manera, y pensaba en hacer un buen uso de ellas. No es que me faltaran ideas sobre la manera de emprender la tarea de mi conversión. Habría podido regresar directamente al reino de Francia con un billete de confesión del hermano Gaspar o de otro religioso y presentarme al vicario del obispo para ser absuelto sin otra forma de proceso. Pero yo era de otra opinión: era de todo punto necesario que mi regreso tuviera alguna difusión a fin de que la penitencia y la reparación guardaran proporción con la magnitud de mis pecados y de los grandes perjuicios que había causado a los cristianos. Juzgué que debía comparecer delante de un tribunal del Santo Oficio de la Suprema Inquisición para obtener su absolución, para de este modo recuperar mi honor perdido. Y también pensé, como de paso, que de este modo podría recorrer los reinos de las Coronas de Aragón y de Castilla, la única oportunidad posible de recuperar a mi amada Yasmina.

Debéis saber que no existe en todas las Españas justicia más temida que la de los tribunales de la Inquisición. Se dedican con admirable constancia a perseguir a todos los herejes: los observantes de la ley de Moisés que la celebran en secreto, o de las sectas de Lutero y Calvino, y también persiguen a los curas casados o que solicitan a las mujeres en el sacramento de la penitencia, a los bígamos, a las brujas, a los que cometen vergonzosos pecados contra natura y a otros más todavía. No dudan en ejecutar a personas principales, y como su jurisdicción es incluso superior a la justicia del rey, nadie se atreve a enfrentarse a ellos. De todos modos, y por las razones que contaré enseguida, el Santo Oficio no emplea su rigor habitual contra los renegados.

En todas las naciones mahometanas, desde los reinos de Fez y Marruecos hasta Constantinopla, se encuentra gran cantidad de renegados, y entre ellos más españoles, italianos y portugueses que de ninguna otra nación, salvo acaso los griegos. Ello se comprende por la cercanía de estos pueblos y todos los pillajes y correrías en tierras de España e Italia que llevan a cabo los rais y corsarios, y el gran número de gentes que capturan en mar y en tierra, tal como había hecho yo mismo. Esta circunstancia es bien conocida por los inquisidores y las misiones de los padres redentores han dado a conocer los sufrimientos atroces que soportan los pobres cristianos cuando son

apresados, y puede incluso decirse que los redentores exageran estos excesos a fin de mover a la caridad al pueblo cristiano y obtener así limosnas más generosas. De este modo, los inquisidores saben que gran número de cristianos reniegan con la boca pero no con el corazón y también saben que muchos rais y corsarios son cristianos renegados, de los que cabe esperar el arrepentimiento o temer la arrogancia o la crueldad si tienen alguna venganza que satisfacer, como suele ser el caso. Por ello el Santo Oficio publica, cada lustro o casi, un edicto de gracia que garantiza misericordia y absolución a los renegados que, en un plazo señalado, regresen por voluntad propia y por su cuenta y riesgo a tierra cristiana y se presenten espontáneamente ante un tribunal o su comisario. Y no faltan tribunales del Santo Oficio establecidos en las ciudades cercanas al mar, como Sevilla, Murcia, Valencia, Barcelona, Mallorca, Sassari o Palermo.

Todo esto lo sabía yo muy bien por haber hablado muchas veces de ello con renegados, las más de las veces en Argel, pero también en Túnez y en Constantinopla. Me habían contado gran cantidad de historias de renegados que habían aprovechado un naufragio para huir, o se habían rebelado contra los turcos o los moros, antes de adueñarse del barco y abordar en tierra cristiana, seguros de recibir así la absolución. Y como las noticias corren veloces en Argel, tal como ya dije, en aquel año de mil seiscientos seis corría el tiempo de un edicto de gracia del que me podría aprovechar.

Sin embargo, yo no podía regresar con provecho y recuperar mi honor si no era realizando alguna hazaña extraordinaria, cuya memoria celebrarían las generaciones venideras. No ignoraba que los inquisidores del Santo Oficio, dondequiera que desembarcara y sin distinción de tribunales, estarían al corriente de mi caso y que de nada serviría disimular, puesto que no faltarían los testigos, por ejemplo cautivos rescatados que yo pudiera haber conocido en Argel u otros lugares, o renegados arrepentidos. Y como yo había sido súbdito del rey de Francia, podría ser considerado un espía, incluso un enviado secreto del Gran Señor, pues sabían bien que había vivido igualmente en Constantinopla. Me veía obligado a decir la verdad. Por lo demás, si quería hacer penitencia y salvarme, había pasado el tiempo de mentir.

Según me habían informado, estos jueces temibles pretendían antes que nada penetrar en las intenciones del acusado, y ello aunque se hubiese presentado espontáneamente ante ellos. Esta palabra de intención la usaban sin cesar durante las tres audiencias que debía sufrir cualquier renegado, como cualquier otro sospechoso, según el orden de esta justicia. Así, concedían fácilmente la absolución y la libertad inmediata a un renegado joven que no hubiese vivido largo tiempo con los turcos, no se hubiese casado y hubiese aprovechado la primera ocasión para evadirse. Yo no reunía en modo alguno estas condiciones, puesto que vivía entre mahometanos desde hacía treinta años e incluso había renegado de mi fe hacía otros veinticuatro. Para

salvarme de una larga reclusión y de una pesada sospecha, tenía que imaginar alguna otra empresa que pudiera servirme como salvaguarda.

Pasé varios días meditando antes de tomar una decisión. Cuando hube resuelto todos los detalles, lo primero que hice fue extender por toda Argel el rumor de que me disponía a realizar una expedición para vengarme de los piratas que me habían arrebatado a mi amadísima esposa, sin darme la oportunidad de rescatarla, contrariamente a la costumbre de las gentes bien nacidas. Era otra mentira, pero esta vez la decía por una buena causa y, tal como se verá más adelante, no era totalmente una mentira. Inmediatamente fui a visitar al hermano Gaspar y bajo el sello de la confesión le declaré mi intención y él me prometió, a solicitud mía, escribir en el momento adecuado un certificado, del que daré la explicación, y entregar un segundo que él mandaría escribir a otro religioso amigo suyo, cautivo en el penal.

Desde hacía dos o tres meses estaba en conversaciones con mis socios para cederles mi parte en nuestra flota y nuestro negocio, siempre que me hicieran tratos honestos, y llegamos a un acuerdo sin pleito alguno, como es costumbre entre las gentes de buena crianza. Al día siguiente fui a visitar a la madre de Yasmína, a la única hermana suya que seguía viva, y al marido de ésta. Les dije que tenía la intención de llevar a Alí conmigo, pues ya tenía once años y debía aprender las cosas del mundo y de la guerra, pero que deseaba confiarles a mi hija Fátima y a mi segundo hijo, que había recibido el nombre de Hassan, para honrar a mi suegro. Y que era tal el peligro en el mar, según habíamos tenido noticia, que deseaba dejarles una suma de consideración, que era de veinte mil piastras, a fin de que pudiese bastar para el mantenimiento de mis hijos si, por mala aventura, yo no regresaba más, y permitirles establecerse el día de su mayoría de edad. Añadí a este dinero mi casa, que según ya sabéis era muy hermosa, con todos los bienes que contenía, cosa que hacía crecer sobremanera su herencia. Hicimos registrar un acta delante del cadí, y así pensaba asegurar el porvenir de Fátima y Hassan, siempre que la Providencia no dispusiera otra cosa.

Compré una galeota de dieciocho bancos, que escogí con el mayor cuidado, sirviéndome de la habilidad y la ciencia de un carpintero y un calafate que me acompañaron en la inspección de las naves, como si todavía fuera a navegar durante más de diez años. A ocho remeros por banco y dos hileras de bancos, necesitaba ciento ocho esclavos, cosa que aumentaba considerablemente el gasto, pues había resuelto, por las razones que diré, tener la completa posesión de los esclavos y no quería alquilarlos, según es costumbre, a algún maestro de esclavos. Discutí largamente con los propietarios para asegurarme unos bogavantes experimentados y algunos otros, y compré asimismo una docena de jóvenes esclavos en el Batistan, pero mostré una marcada preferencia por los esclavos ya antiguos, algunos de los cuales llevaban no menos de diez años de chusma. Sólo compré esclavos cristianos,

algunos de ellos procedentes del condado de Provenza; otros eran bretones, poitevinos, castellanos, catalanes, mallorquines, lusitanos, genoveses, corsos, sardos e incluso polacos y valacos. Decidí no decirles nada de mis intenciones, pues era necesario actuar con la más extremada cautela para no poner la empresa en peligro. Desde el asunto de la plata española, yo era uno de los hombres más ricos de Argel, y la afortunada marcha de mis negocios había aumentado todavía mi riqueza, aunque de manera moderada. De todos modos, la compra de la galeota, los aparejos, velas, bombardas, arcabuces, cimitarras, un lote de ropa vieja para vestirnos a la cristiana a modo de disfraz, y sobre todo más de cien esclavos, había consumido la mayor parte de mis riquezas. Decidí dar la libertad a mis dos esclavos, que siempre me habían sido fieles y habían servido a Yasmina en todo lo que ella deseaba, y les regalé un pequeño pecunio para que regresaran a su patria; y por miedo a que la calabresa no supiera salir adelante sola, después de permanecer tantos años cautiva, la confié a un patrón de nave napolitano muy honrado, pues hay más buenas gentes en Nápoles de lo que la gente suele decir. No debe creerse que actuaba así con una liberalidad sin ejemplo, pues es cosa corriente que los tú reos piadosos concedan la libertad a sus esclavos antes de morir, e incluso conocí a algunos que procedían aún con más caridad, y les daban la libertad al regresar de la peregrinación a La Meca, en honor al Profeta, y sé de un turco que libertó a un bello esclavo de veinte años, aunque era cristiano, y le dio licencia para que regresara a su patria. Como se verá, en este asunto yo estaba más ocupado en mi interés que en el amor de Dios o del prójimo, y es cosa segura que no podía salvarme más que dando la apariencia de una generosidad inaudita.

Cuando hube terminado con todos estos preparativos, todavía poseía treinta mil piastras, lo que basta para creerse rico. Había llegado a la empresa más peligrosa, pues un solo traidor o felón nos habría condenado a muerte y a una venganza atroz, cuyo precio habrían pagado aun mis hijos. Debía enrolar una tripulación, y era de todo punto necesario que revelara mis intenciones a algunos hombres de dicha tripulación, pues en un día cercano tendría necesidad de que compartieran mi designio y lo hicieran suyo. Es cierto que tenía una gran experiencia de Argel, de los turcos y los moros, y de gran número de renegados de diversas naciones. Sabía que entre estos renegados había hombres que no eran mahometanos de corazón y cuya esperanza secreta era regresar a su patria para vivir y morir como cristianos, pero no podía correr el peligro de equivocarme. Decidí no desvelar mis intenciones más que a aquellos de quienes hubiese jurado que no me traicionarían, es decir, unos quince hombres, cuando quería llevar veinticinco. Los otros diez no tendrían más remedio que unirse a nosotros o ser vendidos como esclavos. Pero a la hora de la verdad sólo pude dar mi confianza a los doce que voy a nombrar.

Sebastián, polaco de la ciudad de Cracovia, había sido lansquenete del ejército del

emperador, capturado por los turcos, vendido en el mercado de Constantinopla, había llegado a Argel con un capitán de jenízaros y me había peleado con él un día en una taberna, cuando, sabiendo latín, pretendía que *la ilaha illa...* era lo mismo que *Gloria patri et filio*, cosa que yo desmentí con firmeza. Me dio dos puñetazos muy fuertes y yo le pagué con la misma moneda, sin olvidar los intereses, y más tarde nos hicimos amigos y yo sabía que sólo había renegado con la boca. No puedo decir lo mismo de Daniel, un reitre irlandés, alto y pelirrojo, que sólo se había hecho turco para pelear con los ingleses, y por ello siempre estaba embarcado en una nave redonda, y le habían dicho que los españoles eran los peores enemigos de los ingleses, de forma que ahora quería hacerse español, y por suerte no estaba informado de que ingleses y españoles habían firmado la paz. En cuanto a Zacarías de Patmos, era notorio en Argel que había renegado de su fe para salvarse de la pira, pues había sido sorprendido consumando la cópula carnal con una mujer mora, a cuyo marido mató en el acto. Juan era un moscovita, raptado de muy niño por los caballeros tártaros que habían quemado su pueblo, matado a todos los hombres y forzado a las mujeres antes de llevarlas como esclavas junto con sus hijos, había sido vendido en Constantinopla y fue obligado a renegar e incluso a escupir sobre la cruz. Me había contado todo aquello porque le había empleado como comisionado de nuestra compañía y más tarde le hice venir a Argel.

También había tomado a un viejo calabrés cuya historia conocía. Treinta años antes, un señor de su tierra había seducido a una hija suya con promesas de matrimonio, la había dejado embarazada y después la abandonó. Entonces Giuseppe cruzó el mar hasta Túnez, se hizo turco y condujo a un rais y a sus tropas hasta su país, cerca del castillo, lo incendió y mató al señor con sus propias manos. Giuseppe no tenía intención de regresar a su país, donde la justicia lo prendería y ejecutaría, pero deseaba salvar su alma en una tierra cristiana. Yo sabía que no faltaría jamás a su palabra. Pedro de Carmona era un soldado de la fuerza de Orán que había desertado porque se moría de hambre, de manera que no le quedó más remedio que ir a tierra de moros para comer, y después levantó la mano derecha y dijo unas palabras cuyo sentido ignoraba y, con el vientre satisfecho, deseaba regresar a España, pues sabía que el Santo Oficio de Murcia había publicado un edicto de gracia particular para los soldados desertores de Orán. El corso Domenico Tringali, raptado en una playa cuando guardaba su rebaño de ovejas, tenía un gran cariño hacia su madre y nada deseaba más que volver a verla Guillaume, que había nacido en una aldea del Languedoc, Pezenas o Serignan, había remado catorce años y había renegado por desesperación, pero lloró de alegría cuando le revelé mis intenciones.

Los cuatro que iban juntos me complacían sobremanera. Había dos de mi país, Honorat de Tolón, que se había casado en Berbería pero su mujer había pasado a mejor vida, y era el único que conocía mis orígenes; en cambio Antoine, un joven de

unos veinte años, natural de Six-Fours, no sabía nada de ello ni yo le dije nada, aunque le había escogido por este motivo, pues había sido capturado a los quince años y me hacía añorar mi juventud. Por fin había dos hombres de Mallorca que debían sernos de gran ayuda. Yo conocía el deseo de Miquel de regresar a su isla, donde tenía una joven esposa y no había dejado de mandarle cartas mediante un patrón de barco mallorquín que venía a entregar sal a Argel; cartas en las que declaraba su voluntad de volver, asegurando que sólo había renegado para gozar de mayor libertad, y era la verdad. Miquel se sabía muy bien todas las plegarias cristianas, en latín y en lengua mallorquina, cuyo conocimiento nos sería de gran utilidad, pues había decidido tomar tierra en Mallorca. El último era Pere, que tenía gran contrición de sus pecados, pues había sido el querido de su patrón, aunque tanto había sido agente como paciente, y estaba preocupado por su salvación. Yo no dudaba de que entre los trece renegados a quienes no confié el secreto, entre los cuales había un portugués, dos castellanos, dos catalanes, un genovés, un siciliano, un napolitano, un marsellés, un húngaro, un griego, un alemán y un flamenco, no hubiese algunos hombres dispuestos a secundar mi empresa, de manera que los recalcitrantes que se opusieran a ella tendrían gran dificultad para impedir su éxito.

Antes de poner en ejecución mi proyecto tenía la obligación de ver por última vez al hermano Gaspar, que me serviría de ayuda, pero juzgué prudente no ir a visitarle al penal, y le pedí que viniera hasta mi casa disfrazado. Vino disfrazado de derviche, cosa que no podía ponerle en dificultades pues, tal como llevo dicho, hablaba el árabe muy bien. Le dije al hermano Gaspar que, antes de emprender uno de los viajes más arriesgados de mi vida, deseaba que me escuchara en confesión completa, dicho lo cual le hice el relato de mi vida sin ocultar nada de importancia. En todas éstas, de las treinta mil piastras que me quedaban, le entregué diez mil, explicándole que si la Providencia no estimaba conveniente concedernos el éxito, con esta suma entregada a los padres redentores podría comprar el rescate de varios esclavos que rezarían por la salvación de nuestras almas. Me dijo que aquello era una obra muy piadosa, en la que se veía la sinceridad de mi confesión, y que auguraba un feliz resultado a nuestra peligrosa tentativa.

Entonces le pedí que escribiera y me entregara un certificado de su puño y letra, tal como me había prometido, revelando mi intención, que yo me proponía ocultar en la suela de mi zapato, según hacen ciertos renegados que proyectan huir a tierras cristianas. Me respondió que lo haría con sumo gusto, pero que era conveniente que una carta así, para ser más eficaz, fuera firmada por otros dos religiosos además de él mismo, y que me la haría llegar al día siguiente sin falta. Concebí gran temor, pero volvió tal como había dicho, aunque esta vez disfrazado de jenízaro, y dio lectura a un pequeño pergamino en el que estaban escritas las líneas siguientes:

Nosotros, capellanes de los esclavos de los penales de Argel, damos fe de que el llamado François Cocardon, alias Mustafá, después de años de duros trabajos y malos tratos, se apartó de nuestra santa fe católica. Tenemos la seguridad de que su renegar fue primeramente fingido. Sin embargo, según nos ha confesado libremente él mismo, más tarde llegó a creer que podía salvarse en la fe de Mahoma, durante quince años conservó esta creencia y ejecutó todas las ceremonias de esta secta. Se casó a usanza de los moros y tuvo hijos de dicho matrimonio. Partió en expediciones contra los cristianos y cometió en diversos lugares gran número de atropellos y horribles crímenes, de los cuales se acusó ante nosotros. Pero, tocado por la gracia infinita de Dios Todopoderoso y reconociendo la gravedad de sus pecados, nos pidió que pusiéramos remedio a todo ello, a fin de que pudiera volver a nuestra fe católica. Por ello yo, el hermano Gaspar de Moran, de la Orden de los Hermanos Predicadores, le examiné con la atención que merece asunto tan grave y reconocí la sinceridad de su arrepentimiento. En expiación de sus pecados, cumplió obras muy caritativas de las que damos testimonio, y de las que podrá hablar ante los jueces del Santo Oficio, ante los cuales le recomendamos que se presente espontáneamente en cuanto llegue a la cristiandad. Por todo ello nos hemos determinado a entregarle la presente carta, a fin de que pueda ser recibido en tierra cristiana sin ser tenido por faccioso o espía, sino solamente como alguien que busca el remedio para su alma. Hecho en Argel el veinte de octubre de mil seiscientos seis. Sellado y firmado por el hermano Gaspar de Morán y el hermano Pedro de Chaves de la Orden de los Hermanos Predicadores y dom Miguel de Moreno, de la Orden de San Benito.

Después de leérmela, la selló con un pequeño sello de cera y me dio su bendición.

No dejé de aconsejar a los doce renegados que he nombrado y que estaban informados de mi proyecto que obtuvieran también alguna carta parecida, en la que se revelara su intención, de algún religioso que no fuera el hermano Gaspar, de quien no pudieran tener sospecha ni desconfianza, de modo que los jueces del Santo Oficio, que no se fían de casi nadie, tuvieran la garantía de que habíamos concertado todos juntos esta empresa, con peligro de perdernos si los turcos o los moros nos sorprendían o descubrían nuestro proyecto. Pensaba haber preparado lo mejor posible nuestro asunto y me encomendé a Dios por los méritos de la pasión de Nuestro Señor y a Santa María Magdalena en recuerdo de mi madre.

XV

Donde Mustafá vuelve a convertirse en François Cocardon

Embarcamos el catorce de noviembre sobre las tres de la tarde e inmediatamente pusimos proa a la isla de Mallorca. Yo había temido hasta el último día alguna felonía que descubriera nuestras intenciones al agá de los jenízaros o al jefe de la taifa de los rais. Aunque había actuado con infinita cautela, estaba a merced de la traición de uno de los doce renegados a quienes había revelado mis intenciones y recordé con terror a los doce apóstoles, entre los que se hallaba un Judas, aunque habría sido blasfemo compararme con Nuestro Señor, y a mis compañeros con los apóstoles.

Habría bastado que uno de ellos se enterara de que llevaba en la galeota veinte mil piastras y que le cegara la pasión por las riquezas, esperando algún provecho de su traición. Desde el día en que había decidido mi proyecto, me había cuidado de reducir todo el capital que tenía pensado conservar a piastras, que son monedas de ocho reales de plata, pues las buenas monedas de España son muy apreciadas en el reino de Francia, como en los de Aragón o Castilla y en todas las Italías. Pero debéis saber que veinte mil piastras pesan unas mil doscientas libras, cosa que no es fácil de manejar. A fin de compartir el riesgo, había hecho preparar cuarenta cajas de madera de cedro que llené yo mismo en secreto y que mandé llevar a bordo día tras día por esclavos ignorantes, usando hombres distintos y vigilando que no se conocieran entre ellos. Disimulé las cajas bajo unas telas untadas de alquitrán que parecían destinadas a ser usadas en el mar y estaban en diversos lugares de la cala, empleando para ello los momentos en que me hallaba solo. Había conservado esta parte de mis bienes con la esperanza de establecerme en mi patria, pues no era lo bastante virtuoso para quedarme pobre como Job o según el ejemplo de san Francisco. Y consideraba que tendría que emplear mucho dinero para ir en busca de Yasmina hasta Nápoles, Messina o Venecia.

Me alegré mucho de alcanzar la alta mar, después de haber superado las dificultades de la partida. No me entristeció en absoluto el mal tiempo que tuvimos el segundo día, lluvias continuas, grandes truenos y persistentes nieblas, pues así éramos casi invisibles desde lejos. Al tercer día el tiempo mejoró un poco y coloqué a dos hombres en la cofa, ordenándoles vigilancia extrema, y ordené remo lento, pues quería ahorrar fuerzas a los remeros, para poder pedirles que se esforzaran si la necesidad lo exigía. Aquel mismo tercer día, rodeado de los renegados a los que había confiado mi secreto, fui al centro de la galeota y me dirigí a los esclavos en voz alta. Les dije que debía anunciarles una cosa muy grave, que iba a cambiar el curso de su vida y condición, y los remos se quedaron colgando, suspendidos encima del agua, de modo que se hizo un gran silencio.

Entonces les conté que había sido capturado por los turcos treinta años antes, tal como lo habían sido ellos, pero que al no tener el valor suficiente y ser menos firme en la fe que ellos, me había hecho turco sin consideración por la pasión de Nuestro Señor y olvidando mi bautismo. Y en los años siguientes había cometido grandes y terribles crímenes, surcando la mar y la tierra para desgracia de los cristianos. Pero ahora, tocado por el remordimiento y visitado por la gracia de Dios Todopoderoso, movido de compasión hacia sus trabajos y penas, había tomado la decisión de comprarlos gastando mis bienes para devolverles la libertad, cosa que proyectaba cumplir, con la ayuda de la Divina Providencia, en cuanto hubiéramos abordado la isla de Mallorca, y así podrían regresar a su patria para vivir y morir como cristianos.

Hablé en lengua franca, que es de uso común en las orillas del Mediterráneo, aunque los germánicos, moscovitas y otros podrían no haberme entendido, y cuando me hube callado no hubo ni una palabra, ni un grito, y los hombres se miraban los unos a los otros. De repente, un castellano me pidió que repitiera muy despacio las palabras que acababa de decir. Yo lo hice, añadiendo que si querían, ya que eran libres, darnos una limosna a mis compañeros y a mí mismo, la aceptaríamos con humildad, pero que aquello no era en modo alguno necesario. Entonces todos se pusieron a gritar: «¡Viva!», «¡Vitor!», y reían y lloraban a la vez. Creo yo que si aquel día lo hubiese querido, los remeros habrían bogado a la velocidad más alta de que pueda haber memoria.

Había aconsejado a mis compañeros que observaran los rostros de los renegados que no estaban en la conjura, para así poder sorprender su expresión y saber cómo habían recibido la noticia de nuestro designio. Me dijeron que no los habían perdido de vista, y que la mayoría de ellos habían manifestado alegría, aunque había habido tres o cuatro que no dieron ninguna muestra de contento. No había gran cosa que temer, pues eran demasiado pocos para poder causarnos daño cuando estuviéramos en el mar. Pero como no quería que tuvieran motivos para testificar en nuestra contra, por cólera y venganza, yo deseaba que fingieran volver por voluntad propia a la cristiandad, amparándose en el edicto de gracia a fin de ganar la absolución y la libertad, con la cual después podrían hacer lo que quisieran.

Instruidos de los procedimientos del Santo Oficio de la Inquisición, del cual muchos renegados hablaban en Argel, incluso con los religiosos cautivos, sabíamos de sobra que los jueces no dejarían de preguntarnos si conservábamos memoria de las oraciones cristianas, de los mandamientos de la ley de Dios, de la confesión general y de los artículos de fe, y nos ordenarían decirlos. Tendríamos que esforzarnos por no cometer errores, ni en latín ni en ninguna otra lengua, y estábamos seguros de que nos mantendrían recluidos en algún monasterio para instruirnos todo el tiempo que quisieran. Yo estaba muy contento de tener conmigo a Miquel el mallorquín y a Sebastián el polaco, sin olvidar a otros esclavos cristianos, que nos asistieron para

volver a aprender las cuatro oraciones y los mandamientos de la ley de Dios, de modo que a lo largo de dos jornadas enteras la galeota más parecía una escuela en la que los maestros enseñaran a los colegiales, y había continuamente preguntas, respuestas y reprimendas.

Los renegados estábamos divididos en dos compañías, en una los que sabían leer, y en la otra los que no. Escribimos las cuatro plegarias, los mandamientos de la ley de Dios y los artículos de fe en un papel, en latín, en lengua mallorquina y en castellana para los que sabían leer, mientras que los demás repetían lo que les recitaba el maestro. Todo aquello resultaba bien distinto para algunos de ellos, que eran mahometanos desde hacía lustros y habían perdido la memoria, y balbucían apenas un tan extraño discurso. Yo mismo había olvidado el salve Regina y sólo conseguí recitarlo al segundo día de lecciones. No hubo modo de enseñar al moscovita ni al polaco otra cosa que el Pater Noster y el avemaría, que aprendieron en latín despacio, con algunas faltas, pero de manera aceptable. Nos comunicábamos confianza, pues los jueces no resultaban igualmente temibles para todos, y cabía esperar su misericordia completa para todos aquellos que habían sido raptados a corta edad, que no habían hecho todas las ceremonias de la secta mahometana y no se habían casado con una mora o una turca. No había muchas dudas de que ellos obtendrían la absolución *ad cautelam*.

Yo no estaba en este grupo. Para mí sólo habría remedio si los inquisidores se convencían de mi recta intención, de mi voluntad de abjurar de mis errores y de expiar mis pecados, aunque tenía gran confianza en el éxito de la empresa en la que había invertido tan considerable capital, y a cuyo favor atestiguarían muchos esclavos cristianos liberados de repente, sin que los padres redentores hubieran tenido que intervenir empleando las limosnas del pueblo cristiano, ni tampoco los demás renegados. También fundaba mi esperanza en el papel del hermano Gaspar, que certificaba mis intenciones, aparte de que me había venido otra idea nueva, que creía que podría servir para el feliz desenlace de nuestro asunto.

No había nada que decir de nuestras circuncisiones, pues los inquisidores hacían que todos los renegados fueran visitados por médicos o barberos; sólo cuatro o cinco renegados habían sido cortados en su niñez, en lo que no había entrado su libre albedrío. También hay que saber que los jueces preguntaban las palabras que debían ser dichas para hacerse turco, y cuál era la significación de estas palabras y de los gestos que se hacían. Todos los renegados comparecieron ante Miquel y Sebastián, sin haber sido avisados de las preguntas. El mallorquín y el polaco escucharon algunas explicaciones sorprendentes, tan absurdas que movían a risa, como creer que Mahoma era la segunda persona de la Trinidad, o sandeces como decir que Mahoma era Dios o que estaba sentado a la diestra de Dios Padre. Sin embargo, fuimos de la opinión de que aquellas creencias serían provechosas a nuestros compañeros, pues les

hacían parecer tan rústicos que no podría imputárseles verdadera intención de salvarse en una secta que tan mal conocían, de manera que les animamos a responder tal como habían hecho con nosotros.

Aunque yo había meditado largamente y había atormentado mi espíritu muchísimas veces, no había podido encontrar el medio de poner mi dinero a buen recaudo. No podía esperar ni remotamente que el tribunal me conservara su posesión, ni siquiera de una parte. Aun cuando los jueces de la Inquisición tenían reputación de ser hombres graves y prudentes, que rendían gran servicio a la fe contra la perversidad herética, era cosa muy conocida que no habían hecho voto de santa pobreza, a diferencia de los monjes de San Francisco o de los hermanos predicadores, y no cesaban de lamentarse sobre las necesidades del tribunal, haciendo creer que estaba casi en la miseria. Como decretarían el secuestro de mis bienes hasta la conclusión del proceso, no me devolverían nada, a no ser alguna menudencia como ofrenda, haciendo alarde de su misericordia con un apóstata, con un cruel enemigo del pueblo cristiano, a quien habían tenido a bien reconciliar porque había hecho penitencia. No podía salvar mis bienes más que escondiéndolos.

Pero encontré un remedio a mis tormentos, aunque sin duda fuera difícil llevar el asunto a buen puerto. Pedí a Miquel si había en Mallorca algún santuario famoso situado en un lugar alejado, separado de la primera ciudad por varias leguas. Su respuesta fue más allá de mis esperanzas, y vi en ello como una bendición del cielo. Me dijo que el más famoso santuario de Mallorca era el de Lluch, en el norte de la isla, situado en tierras ocultas entre montañas, pero distante del mar a lo sumo tres leguas, y mucho más alejado de las ciudades, siendo las más cercanas las de Pollensa y la de Sóller, a seis y diez leguas, aunque desde la cala de Teix, que era desierta y desprovista de gente, y el lugar más cerca de la costa, el camino para llegar al santuario era empinado, pedregoso y difícil. Me contó que un joven pastor moro que se había hecho cristiano unos trescientos años atrás, había encontrado en el bosque una estatua de Nuestra Señora completamente negra, por lo cual era llamada la Moreneta, y que en aquel lugar se había erigido una ermita dedicada a su devoción, a la que acudía gente de todas las partes de la isla. Y me pareció que era un signo indudable que aquella imagen la encontrara un turco que se había hecho cristiano, como la estrella de Belén, y que debíamos ir allí. Pues acababa de descubrir la manera de esconder mi tesoro.

Yo conocía bien la figura de la isla de Mallorca por las empresas que había llevado a cabo al servicio de Sinan. Al norte, las montañas son tan altas que forman como una muralla que cae al mar, con tan poca tierra que el pueblo no puede producir grano suficiente, de manera que el país es casi desierto, aunque no faltan las fracturas en las rocas donde los barcos pueden echar el ancla. Así, a la caída del día, ordené que la galeota entrara en la cala de Teix, donde no hay vigilancia alguna ni torre de

vigía, puesto que no contiene nada que pueda ser robado.

Cogí a Miquel aparte y, bajo juramento, le revelé que había disimulado un tesoro en la cala, y había resuelto conservarlo, juzgando que bastante penitencia había hecho al liberar a tantos esclavos, y le ofrecí la décima parte si consentía en ayudarme, pidiéndole sólo que guardara el secreto por su honor. Miquel mostró al principio gran sorpresa, pero cuando le confié cuál sería su parte concibió gran alegría de ello, pensando en todas las ventajas que obtendría de la aventura, y trazamos un plan que nos pareció sin falla.

En el momento de abordar hice saber a nuestros hombres que les proponía ir en peregrinación a la ermita de Lluch. Los renegados depositarían delante de la imagen de la Virgen sus vestidos de turco y los esclavos sus cadenas, mientras todos daríamos gracias a la Moreneta por el feliz desenlace de nuestro proyecto. Miquel se quedaría guardando la galeota y si venía alguna persona, cosa muy poco probable, al conocer la lengua mallorquina, que era la suya propia, no tendría dificultad alguna en explicar nuestra piadosa intención. Hecho lo cual regresaríamos a la playa para embarcar y dar la vuelta a la isla hasta la ciudad de Mallorca, donde los renegados irían junto conmigo a presentarse al tribunal del Santo Oficio, mientras que los demás podrían celebrar públicamente su libertad. Lo que no les dije es que, aprovechando nuestra ausencia, Miquel tendría tiempo de encontrar un escondrijo seguro para ocultar nuestros reales y plata, y que más adelante, cuando la prudencia lo aconsejara, volveríamos para recoger el tesoro.

Nuestra peregrinación fue una santa procesión, como un vía crucis por el perdón de nuestros pecados, y no puedo acordarme de ellos sin que las lágrimas se me asomen a los ojos. Todos mis esclavos se veían al término de sus miserias y tribulaciones, ponían los pies en tierras cristianas y algunos hubo que besaron con amor el polvo del camino, y otros cantaban a pleno pulmón de pura alegría. Cuando después de tres horas de dificultosa ascensión divisamos el bosquecillo en el que se alza la capilla de la Moreneta de Lluch, hubo clamores de gozo y decidimos recorrer descalzos el resto del camino a modo de acción de gracias. No pude convencer a dos viejos esclavos, que eran de Mallorca, de que regresaran a la galeota, tal era su felicidad al hallarse de nuevo en su isla como hombres libres, de modo que los dejamos en Lluch y les recomendé que hicieran saber a todas las personas que encontraran las circunstancias de nuestra venida, y la resolución que habíamos tomado de ir hasta la ciudad de Mallorca.

El regreso se hizo sin daños ni dificultad de ningún orden, y sin que encontráramos gente ninguna. Ya íbamos vestidos a la manera de los cristianos, por la precaución que había tomado de traer desde Argel ropajes de cristiano, después de abandonar en Lluch los signos de nuestra antigua condición. Apenas llegados a la cala de Teix, donde nos esperaba Miquel, éste me dio a entender con una simple

bajada de los párpados que había cumplido su misión sin dificultad, y en el momento de aparejar, cuando estábamos a solas, me dio una especie de papel en el que había dibujado el lugar del escondrijo, usando indicaciones evidentes y duraderas, a fin de que yo pudiera hallar mi tesoro sin ayuda de nadie cuando estuviera en condiciones de regresar a la isla.

Partimos a eso de las siete de la mañana, cuando la noche se aclaraba y sobre las nueve se levantó un suave viento de tramontana; pusimos proa a poniente navegando a través. Habíamos izado la insignia del reino de Aragón, cosa que no representaba seguridad alguna, pues bien sabíamos que los corsarios suelen poner falsas insignias para sorprender a sus víctimas, y podía creerse que éste era nuestro caso. Navegábamos a la vista de la costa, pero lejos de ella, y no había mucho que temer, pues Sóller es el único puerto de consideración en la costa septentrional. El riesgo empieza cuando se dobla la punta de Mallorca que da a Occidente, en los parajes de la isla Dragonera, por donde pasan las naves que van de Barcelona y las costas catalanas hacia los puertos de Andraitx y de la ciudad de Mallorca o que hacen la ruta contraria. Vimos algunas barcas y no dimos ninguna señal de querer acercarnos a ellas. Entonces cambiamos de rumbo y pusimos proa a gregal o a Levante, que viene a ser lo mismo. La noche fue perfectamente tranquila y mandé reducir la marcha pues quería entrar en la bahía de Mallorca a pleno día, para no ocasionar ninguna alarma. Y ello se hizo del mejor modo, de manera que abordamos el veinticuatro de noviembre del año mil seiscientos seis en el muelle del puerto de la ciudad de Mallorca.

Había aconsejado a mis hombres que fueran descalzos, y apenas llegamos a tierra firme cuando, sin más dilación, caímos de rodillas dando gracias a Dios y Nuestra Señora y pidiendo misericordia, y pronto se reunió gran cantidad de gente a nuestro alrededor. Los mallorquines que iban con nosotros explicaron en su lengua que veníamos de Argel y que deseábamos ir cuanto antes al Santo Oficio para declarar quiénes de nosotros éramos renegados, que queríamos abjurar de la ley de Mahoma, y quiénes eran esclavos que habían permanecido fieles a la fe de Nuestro Señor Jesucristo. Y hubo tantos hombres y mujeres dispuestos a mostrarnos el camino que fuimos en procesión entre aclamaciones de alegría hasta el tribunal.

No contaré con detenimiento lo que aconteció en los días siguientes. El ujier del Santo Oficio inscribió nuestros nombres en un registro. Los inquisidores mandaron llamar a varios familiares y cuatro o cinco cirujanos-barberos para asistir al reconocimiento de los cristianos, con el fin de asegurarse de que no había entre ellos ningún renegado o algún espía escondido. Pero en realidad no creían mucho en ello, pues nos habíamos presentado voluntariamente, después de haber escapado de los turcos con gran peligro de nuestras vidas, y habíamos declarado que éramos veinticinco renegados dispuestos a confesar nuestra apostasía y grandes pecados, y a

hacer penitencia. Corría en la isla el rumor de la buena obra que yo había hecho al emplear mis riquezas en comprar y liberar tan gran número de esclavos cristianos, que no había memoria ni noticia de semejante prodigio, en lo que se conocía el seguro efecto de la gracia divina, de modo que los inquisidores sentían gran curiosidad por verme y todavía más por escucharme.

Habían tenido la precaución de mandarme encerrar inmediatamente y solo en una celda de la cárcel secreta, y mis compañeros eran tres o cuatro en las demás celdas, en lo que yo conocí que no estaban los jueces del todo libres de desconfianza, y que tenían especial consideración en mi asunto. A pesar de todas estas precauciones, llevaron mi proceso con gran celeridad, hasta el punto de que el interrogatorio y el discurso de mi vida, las tres audiencias, los interrogatorios y la escucha de los testigos, que fueron ocho de entre los otros renegados, diez esclavos redimidos y el guardia de la ermita de Lluch, además de cuatro mallorquines que habían estado cautivos en el penal de Argel, en total veintitrés testigos, sus ratificaciones, los cargos y descargos, la defensa del abogado que había sido designado por el tribunal, por fin la sentencia, todo ello no ocupó más de cuatro meses.

Había decidido acercarme lo más posible a la verdad, temiendo que los inquisidores se informaran, tal como hicieron, preguntando a antiguos cautivos, pues es sabido que no faltan los mallorquines en Argel, pues la isla sufre frecuentes ataques de los corsarios. Así, al contar yo el discurso de mi vida en francés, pues el tribunal había nombrado a un intérprete, les dije que había sido preso por los moros a los dieciséis años en una nave española que iba de Les Martigues a Alicante, que había permanecido firme en mi fe durante seis años, aunque hubiese sufrido mil muertes como galeote durante tres años al servicio de Sinan Rais, que entonces me había confesado con un religioso cautivo en el penal del Rey y había comulgado en el tiempo de la Pascua de Resurrección. Al no poder soportar ya más el sufrimiento, había tomado la decisión de renegar con la boca y no con el corazón, a fin de ir a las expediciones para encontrar alguna oportunidad de huida, para poder regresar a mi patria, y que en secreto había seguido diciendo las oraciones que me había enseñado mi madre en el pueblo de Six-Fours, en el condado de Provenza, donde todos éramos buenos católicos, y que tal era la razón por la cual todavía me sabía dichas oraciones.

Añadí, no obstante, que debía confesar un gran pecado. Pues, si bien era cierto que en el tiempo de mi abjuración yo tenía por muy cierto que no tenía en modo alguno la intención de salvarme en la fe de Mahoma ni creía que esta secta fuera buena, también era verdad que al cabo de tres años cambié de opinión. Y que practicando con los moros y los turcos piadosos, que tenían gran conocimiento del Corán, había llegado a la creencia de los mahometanos y me había convencido de salvarme en esta religión, olvidando la fe de mi bautismo. Que por dicha razón iba regularmente a la mezquita para hacer las ceremonias de moros y turcos, las

abluciones y la *salat*, y que había ayunado durante el ramadán, había sido circuncidado con mi consentimiento, que había realizado numerosas incursiones y había causado gran daño a los cristianos. Sin embargo, de unos años a esta parte, me habían asaltado las dudas, estaba turbado por los crímenes que había cometido, de modo que había empezado a conversar con algunos religiosos cautivos, había largamente deliberado con ellos antes de rendirme a sus argumentos y al fin había comprendido mi pecado, de donde me había venido la idea de nuestra empresa, sabiendo que había en Argel otros renegados de distintas naciones que nada deseaban tanto como regresar a la cristiandad para abjurar, vivir y morir. Y en este punto de mi discurso tomé mi calzado, le quité la suela y pude sacar el certificado del hermano Gaspar, que mostré a uno de los inquisidores que me escuchaban. Y no dije nada más, pues tenía la intención de esperar las preguntas que no dejarían de hacerme. Y bien pude ver que el escrito del hermano Gaspar producía un muy buen efecto sobre mis jueces.

Me mandaron declinar mi genealogía, padre, madre, abuelos por línea paterna y materna, tíos, tías, hermanos, hermanas. Tuve que decirles que no sabía quién de mi familia seguía vivo en aquellos momentos, si es que quedaba alguno, pues no había tenido noticia de ellos desde mi captura, de la que habían transcurrido treinta años. Tres días más tarde tuvo lugar la primera audiencia, y me preguntaron enseguida si me había acordado de algún hecho que hubiera omitido al narrar el discurso de mi vida. Y respondí que una de las razones de mis dudas había sido la muerte de mi esposa, a quien profesaba gran cariño, y que en ello entendí que podía ser un aviso del cielo. Me dijeron que no les había informado de mi matrimonio. Me extrañé de ello y respondí que el hermano Gaspar no había dejado de mencionarlo y que incluso había indicado que el matrimonio se hizo a la usanza de los moros, cosa que yo no tenía ninguna intención de disimular. Quisieron saber más sobre el caso. Les dije que Yasmina era mora, ni renegada ni hija de renegados, y que era viuda de un rais, que me había dado tres hijos y que había traído conmigo en la galeota al mayor, a fin de que fuera bautizado en nuestra santa religión, y que estaba en Mallorca, bajo la custodia de uno de los antiguos esclavos que yo había rescatado, y que mis otros dos hijos eran demasiado pequeños para salir a la fortuna del mar.

Uno de los inquisidores me preguntó entonces cómo había podido hacerme tan rico para poseer una galeota, que era una nave considerable, y para comprar tantos esclavos, pues éstos habían dicho todos que eran míos y que les había querido liberar para hacer penitencia. Era preciso que hubiera cometido grandes crímenes y horrendas tropelías, con gran daño de los cristianos, para haber amasado tantas riquezas. Respondí que no quería negar que, en efecto, durante mis años de corsario había cometido grandes maldades y había reunido un buen botín de esclavos y mercancías, pero que sin embargo había obtenido gran parte de mis bienes

capturando una barca de contrabandistas españoles que entregaban lingotes de plata a los holandeses, y que la otra parte me había venido del comercio honrado que había hecho con los puertos de Túnez, Constantinopla y otros lugares durante diez años, y que hacía ya más de diez años que no había hecho correría alguna, pues juzgaba que un buen musulmán no debía matar a la gente, aunque fueran cristianos, si no estaba obligado a ello. Puse alguna malicia en mi respuesta, para dar a entender a mis jueces que los mahometanos podían ser muy buenas personas, tanto como los cristianos y más que algunos de ellos.

Sólo durante la segunda audiencia les dije que había ido en peregrinación a La Meca, con el padre de mi esposa, en el tiempo en que estaba convencido de salvarme en aquella secta y que al ver que en aquel país se hacía gran comercio de todas las cosas, había resuelto vivir pacíficamente del comercio, en vez de salir al mar. Y añadí que me había olvidado decirles que hice donación del resto de mis bienes, es decir, diez mil reales de a ocho, al hermano Gaspar, a fin de que los padres redentores pudieran redimir a algunos cautivos, sabiendo bien que mi empresa era de lo más incierta. Y como me preguntaran lo que deseaba hacer, yo respondí que ante todo me incumbía cumplir la penitencia que ellos juzgaran conveniente ordenarme. No obstante, les rogué que me permitieran asistir, aunque fuera como preso, al bautismo de mi hijo, y que consintieran en que la galeota fuera vendida a beneficio de los demás renegados que lo habían abandonado todo para la expiación de sus pecados. Y que si al término de mi penitencia me devolvían la libertad, deseaba regresar a mi patria y hacer la peregrinación de Sainte-Baume para rezar allí ante María Magdalena, que también había sido gran pecadora.

Supe que los testigos mallorquines habían declarado que yo era uno de los hombres más ricos de Argel y que hacía ya muchos años que no era corsario, y que no dijeron nada malo de mí. De modo que los inquisidores, cuando dictaron sentencia, hicieron saber que habrían podido condenarme a las más severas penas, tan enormes eran mis crímenes, pero que, no obstante, al haberme presentado por propia voluntad y sin haber sido llamado, vista la sinceridad de mi arrepentimiento y las buenas obras que había hecho, visto el edicto de gracia que habían proclamado, llevados por la compasión y proclives a la indulgencia, habiendo recibido mi abjuración, decidían reconciliarme en el seno de la Iglesia, con secuestro de mis bienes, y me concedían la absolución *ad cautelam*, aunque debería permanecer recluido en un convento durante un mes para completar mi instrucción cristiana. Y al término de este mes, recibiría un salvoconducto con el certificado de mi absolución y sería libre de regresar al reino de Francia.

El día de mi liberación, después de haber estrechado entre mis brazos a Alí, que ahora se llamaba Gilles, pues tal era el nombre de mi padre, que yo le había hecho dar en su bautismo, tuve un mal encuentro, que no era en modo alguno una casualidad,

pues el hombre en cuestión me estaba esperando. Era uno de los renegados que había venido conmigo y del que yo no me fiaba mucho. Me dijo que sabía muy bien que había escondido dinero, porque había visto esclavos en Argel que subían a bordo de la galeota grandes cajas y bajaban de ella con las manos vacías. Y aunque ignoraba dónde lo había escondido, no dudaba de que el dinero se encontraba en Mallorca. No había dicho nada a los inquisidores, pero si me negaba a pagarle una buena suma, me denunciaría ante el tribunal, diciendo que había olvidado este extremo, de modo que, al estar yo absuelto *ad cautelam*, mi proceso volvería a abrirse. Tuve la tentación de matar al traidor, pero dominé mi cólera y, después de haber meditado largamente, le dije que su información era veraz, pero que mi fortuna no era tan grande como para que hubiera para todos, y que le juraba entregarle mil reales de a ocho en el lugar que él me indicara, cuando yo tuviera ocasión de ir a recuperar mis bienes, cosa que no podía ser antes de tres o cuatro meses. Y que si se negaba, iría yo mismo a confesar ante el tribunal que había omitido esta declaración, de modo que él no sacaría ni un ochavo de ello. Me pidió que jurara por mi hijo, yo lo hice, y no se habló más.

Pude embarcar al cabo de un mes, acompañado de Gilles, en una nave con destino a Marsella, desde donde llegué a Six-Fours. Era el dieciocho de junio del año mil seiscientos siete. Yo estaba en el cuadragésimo octavo año de mi vida y hacía treinta y uno que no veía nuestra aldea. Tuve la alegría de encontrar a mi madre en vida y buena salud, aunque anciana, pero mi padre no estaba ya entre los vivos, y a un hermano mío, quien con su esposa y sus hijos vivía con mi madre. Lloramos de alegría y les conté someramente mis aventuras. Al cabo de dos meses, tuve ocasión de regresar a Mallorca secretamente, con una tartana de mi hermano, que él había heredado de mi padre, y abordé al amanecer en la cala de Teix, donde encontré mi tesoro, menos la parte de Miquel, que ya había cogido con mi permiso. Fui a la ciudad de Mallorca, donde entregué las mil piastras al renegado que había amenazado con traicionarme. Había yo meditado que podía guardarme rencor por no haberle avisado de la intención de mi empresa y el precio convenido no era muy elevado. Ahora ya no podría hablar sin arriesgarse a perder su parte del tesoro.

Junto con mi hermano Jean creamos una compañía de transportes, en la que coloqué unos miles de piastras, y en la que también entró Antoine, el renegado de Six-Fours que había venido conmigo, y Gilles, mi hijo, en cuanto hubo aprendido nuestra lengua, y se colocó de aprendiz. No quería demorar por más tiempo el ponerme a buscar a Yasmina.

Advertencia

El manuscrito termina aquí. Ésta es su última página. Existía sin duda un segundo cuaderno, puesto que la página de guarda indica que la relación de François Cocardon fue escrita en el año mil seiscientos veintiocho, mientras que la relación de los acontecimientos se acaba en mil seiscientos siete, al regreso de François Cocardon a Six-Fours. Además, en este momento tiene cuarenta y siete años, y anuncia unos viajes que prosiguieron hasta la edad de sesenta y cuatro años, es decir, hasta el mil seiscientos veinticuatro. Por fin, la relación indica que dichos viajes se extendieron por diversas provincias de Europa, y la última línea anuncia claramente la partida de François Cocardon, así como sus razones. Pero ha sido imposible hallar la menor huella de este segundo cuaderno.

Postfacio

Éste es el manuscrito. ¿Auténtico o fabulación? Al público le corresponde decidir. Para aclarar las cosas, se proponen a continuación algunos elementos de información.

El texto se refiere a acontecimientos muy mal conocidos, así por ejemplo la expedición de Morat Rais a Lanzarote en mil quinientos ochenta y seis, que se desarrolló exactamente tal como lo cuenta François Cocardon, alias *Mustafá de Six-Fours*. El personaje de Pedro de Lugo existió realmente. Asimismo, la expedición de la que fue víctima la aldea portuguesa de Sao Teotonio en las circunstancias relatadas por Mustafá, es decir, mientras todos los aldeanos estaban en misa. Añadamos que en mil seiscientos seis, un tal Antoine de Naus (o Nahous), originario de Six-Fours, de veinte años de edad, renegado, llegó realmente a Mallorca, donde fue absuelto *ad cautelam* por el tribunal de la Inquisición. Las historias del calabrés Giuseppe, del polaco Sebastian y de muchos otros son perfectamente históricas. Estamos ya en condiciones de concluir que sólo existen dos hipótesis: o bien el manuscrito es auténtico, o bien el falsario es un historiador.

Se hallarían otras confirmaciones de la fiabilidad de esta historia en los relatos de Manuel de Aranda (con una historia de contrabando de plata muy parecida a la que hizo la fortuna de François, alias *Mustafá*), del inenarrable marsellés Vincent Leblanc y del portugués João Mascarenhas, *Esclavo en Argel* (1621-1626), recientemente traducido al francés por Paul Teyssier (Chandeigne, 1993). La magna obra de André Zysberg, *Les Galériens* (Le Seuil, 1987), otorga fundamentos científicos indiscutibles a la experiencia de la chusma y de las correrías narradas por François-Mustafá. El libro de Pierre Berthier, *La Bataille de l'oued El-Makhazen* (Editions du CNRS, 1985), demuestra que la batalla de los Tres Reyes se desarrolló tal como la cuenta el manuscrito. El libro de Salvatore Bono, *Corsari nel Mediterraneo* (Arnaldo Mondadori, Milán, 1993), y el de Paul Sebag, *Tunis au xvii e siècle* (L'Harmattan, 1989), hablarían a favor de la autenticidad.

Pero cabe abrigar algunas dudas. Resulta extraño no encontrar ninguna alusión a la muerte de Sinan Rais, que fue un rais «turco de nación», presente en la lista establecida en 1580 por Diego de Haedo, como otros rais que aparecen en el relato: Morat, Mami Arnaut, Maltrapillo, etcétera. Y sobre todo, ¿cómo es que no existe ninguna mención en los archivos de la Inquisición, ni en Mallorca ni en Madrid, del proceso de François Cocardon, alias *Mustafá de Six-Fours*, que debió de causar sensación, habida cuenta de las circunstancias extraordinarias que habían rodeado su regreso a la cristiandad? Ello es más asombroso porque sí existe documentación sobre Antoine de Naus y Honorat de Toulon, presente en el manuscrito. ¿Documentos extraviados, series incompletas o pura invención?

BARTOLOMÉ BENNASSAR

Glosario

AGÁ (de los jenízaros) capitán de la milicia de los jenízaros, cargo efímero que sólo se conservaba durante dos meses.

ALCAIDE gobernador de una fortaleza.

ANDULILA contracción de *Al-hamdu li-Lah*, es decir, «Loor a Dios».

APOSTIS hombre de chusma que rema al lado del bogavante, en la segunda posición del banco.

BAJÁ la más alta dignidad de Argel, aunque vasallo del sultán (o Gran Señor).

BANCO (de galera) madero de pino donde se sentaban los galeotes. Una galera (o una galeota, una fragata, un bergantín) se define por el número de bancos. El número de remeros por banco aumenta con el número de bancos.

BATISTAN barrio de Argel donde se celebraba el mercado de esclavos.

BAZESTAN gran bazar de Estambul (o Constantinopla).

BIZMILA (O VIZMILA) en realidad *Basmala*. Es la invocación: «En nombre de Dios clemente y misericordioso», dicha en voz alta, que figura al principio de las suras del Corán.

BOGAVANTE el primer remero del banco, que marca el ritmo.

BORSA especie de cerveza de consumo autorizado.

CAUTELAM (AD) forma de absolución de la Inquisición, que indica que la persona permanece bajo vigilancia (al menos teóricamente) y que su proceso puede volver a abrirse en caso de producirse algún elemento nuevo.

CRUCIFIXIÓN es sabido que los musulmanes no pueden soportar la idea de la cruz y de un dios muerto en ella.

DISCURSO DE MI VIDA los inquisidores pedían a los acusados que hicieran el relato de su vida. Este discurso figura en todos los procesos.

EJECUTAR aquí significa detener por la fuerza.

FACTOR agente y corresponsal de una compañía comercial, al frente de una sucursal.

FAMILIARES agentes laicos del Santo Oficio que reciben después de una investigación el privilegio de «familiaridad» que les permite ser jueces en todos los casos para el tribunal del Santo Oficio, y llevar día y noche armas ofensivas y defensivas.

FATIHA primera sura (o capítulo) del Corán, rezo de obertura que contiene una invocación a Dios Todopoderoso.

FRANCA (LENGUA) lengua hablada por todos los marineros del Mediterráneo y que utiliza el vocabulario de varias lenguas.

GALEOTA galera pequeña (menos de veinte bancos) pero mayor que la fragata o el bergantín.

GRACIA (EDICTO DE) edicto promulgado por la Inquisición para fomentar el regreso de los renegados, y que les fijaba un plazo para ello.

GUADOC nombre que se da a las abluciones anteriores al rezo.

KERVANSEY especie de estación de caravanas.

LEVANTES soldados que se enrolaban libremente para luchar en los barcos expedicionarios.

MAR TENEBROSO apelación del Atlántico antes de los Grandes Descubrimientos y cuyo uso persistió durante cierto tiempo.

MARABUTO designa a la vez a un hombre (personaje comparable a un santo) y a un edificio sagrado.

MARCO (de plata o de oro) medida de peso utilizada para los metales preciosos, equivalente a unos 230 gramos aproximadamente.

MARRUECOS en la Edad Moderna designa la actual ciudad de Marrakesh.

MASTABA especie de paredes muy anchas con la parte superior plana, que sirve para dormir y para cocinar.

MOISÉS (LEY DE) la religión judía.

NÁPOLES (MAL DE) la sífilis.

NUEVA ESPAÑA México y América Central.

OCHALI (léase Edjalí) famoso renegado calabrés.

ORÁN (FUERZA DE) presidio de Orán donde los españoles permanecieron desde 1509 hasta finales del siglo XVIII.

PANTELLERIA isla pequeña cercana a Sicilia, de importancia estratégica.

PATACHE velero pequeño, provisto de dos mástiles con velas cuadradas.

PEAÑA madero de pino, de la misma longitud de la banqueta, en el que reposaban los pies de los galeotes, situado un poco más arriba que aquella y que servía de punto de apoyo.

PENAL DEL REY lugar donde se agrupaba durante la noche y bajo vigilancia a los esclavos, después de los trabajos del día.

PERVERSIDAD HERÉTICA según sus propias actas, la Inquisición había sido creada para combatir la «perversidad herética».

POLACRA velero grande, de tres mástiles con velas cuadradas.

RAIS capitán corsario.

SAICA O SAETA nave de la clase de las fragatas o de los bergantines (galeras pequeñas, con puente o sin él).

SAINTE-BAUME montaña provenzal donde se celebra una gran peregrinación, y supuesta sepultura de santa María Magdalena.

TAIFA DE LOS RAIS corporación de los capitanes corsarios de Argel.

TARTANA pequeño navío usado sobre todo para el comercio pero que también podía ir armado.

TURCO (HACERSE) convertirse al islam.

TURCO DE NACIÓN turco (o musulmán) nacido en el islam.

TURCO DE PROFESIÓN musulmán convertido. Suele decirse al referirse a los corsarios renegados.

USCOQUES peligrosos piratas instalados en el extremo del Adriático (eslavos, al parecer).

VIZMILA véase *Bizmila*.



BARTOLOMÉ BENNASSAR. El hispanista francés Bartolomé Bennassar nació en 1929. Estudió en la Universidad de Toulouse donde hoy enseña el Siglo de Oro español, parte de la Historia en la que es uno de los más reconocidos especialistas. Diversos ensayos —como *La Inquisición española: poder político y control social y América española y América portuguesa del siglo XVI y XVIII*— muestran el pensamiento de una época, tanto de las instituciones como de la sociedad entera. Es miembro de la Real Academia de la Historia y en 2005 le fue concedido el Premio Nebrija por la Universidad de Salamanca.

Notas

[1] Enrique II de Francia. <<

[2] Carlos V, que había abdicado en favor de su hijo, Felipe II. <<

[3] Catalina de Médicis. <<

[4] Carlos IX. <<

[5] Galeras de Toscana con el pabellón de San Esteban. <<

[6] Se trata de los caballeros de Malta. <<

[7] Francisco I de Francia y Solimán el magnífico. <<

[8] Jaime I de Inglaterra, que reinó de 1603 a 1625. <<